



HQN™

Raquel
Arias
Suárez

LA PRIMAVERA
EN UNA CAJA
DE MÚSICA

LA PRIMAVERA
EN UNA CAJA
DE MÚSICA

Raquel Arias Suárez

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2018 Raquel Arias Suárez
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La primavera en una caja de música, n.º 202 - agosto 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-9188-720-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)
[Dedicatoria](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Epílogo](#)
[Si te ha gustado este libro...](#)

A mi padre, por tanto.

1

Plantación Everett. Carolina del Sur Madrugada del 6 de diciembre de 1905

El lamento de Elinore Everett atravesó la negrura nocturna y recorrió cada estancia de la mansión, situada de forma estratégica en medio de la plantación de algodón. El humo invadía cada estancia, cubriendo los lujosos muebles y las antigüedades como un pesado velo que comenzaba a borrar las riquezas acumuladas durante años. Los ricos tejidos y los suelos de maderas nobles desaparecían engullidos por la neblina, mientras los escasos criados que aún permanecían en la casa luchaban por huir para salvar sus insignificantes vidas.

La dama volvió a gritar, esta vez con mayor intensidad, y sus lamentos se convirtieron en alaridos, prueba fehaciente de que el fuego sanador se había ensañado con su cuerpo.

Nadie miró atrás, ni los criados ni su propia doncella. Se escabulleron aprovechando la noche sin luna que los ocultaba al ojo humano, no al divino que tal vez había propiciado todo aquel desastre.

Aaron Everett yacía inerte en su propio despacho, donde se había originado el incendio. Había ardido junto a sus preciados documentos de compraventa, que tantos desvelos le habían causado. Horas antes se vanagloriaba de sus decisiones, que le habían llevado a convertirse en uno de los hombres más ricos del estado. Sus fábricas textiles le proporcionaban ingresos cada vez más elevados, otorgándole un estilo de vida lleno de privilegios.

Las mellizas, de pocas semanas de vida, ni siquiera lloriquearon. El humo actuó como un sedante, accediendo a su dormitorio con exagerada lentitud hasta transportarlas con facilidad al otro mundo. Las cunas, desprovistas ya de vida, se consumieron entre las llamas anaranjadas, convirtiéndose muy pronto en cenizas.

El pequeño Adrien despertó tras el primer chillido de su madre, con la frente perlada de sudor tras regresar de una horrible pesadilla. Por un momento no supo si continuaba soñando, y observó su dormitorio sin pestañear. Se incorporó en su lecho y corrió para acudir en auxilio de Elinore, pero la puerta no se abrió. Alguien se había asegurado de que estuviera bien cerrada con llave, al igual que el resto de aposentos.

—¡Madre! —llamó, a la vez que aporreaba la gruesa madera tallada con sus puños. Comenzó a propinarle puntapiés al comprobar que nadie respondía a sus llamadas de socorro, pero se detuvo petrificado al

observar el humo accediendo por la rendija inferior.

Adrien se apartó de forma instintiva, como si aquella bruma de olor ligeramente picante le hubiese quemado la punta de los dedos de sus pies descalzos. Sin apenas comprender el grave peligro que le acechaba, se dio la vuelta y se abalanzó sobre la ventana. Tiró de ella, pero estaba atascada. Lo intentó de nuevo, hasta hacerse daño en las yemas de los dedos. Miró aterrorizado hacia la puerta. El humo la cubría casi por completo, convirtiéndola en una borrosa mancha blanquecina.

—¡Que alguien me ayude! —gritó, justo antes de cubrirse los oídos con las manos para no escuchar más los alaridos de dolor de su madre.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y se acurrucó bajo el alféizar de la ventana. Comenzó a tararear la nana que su nodriza le cantaba durante las noches de tormenta, cuando el pavor se instalaba en su cuerpecito.

Podía vislumbrar por debajo de la puerta el juego de luces anaranjadas y rojizas que se acercaba por el pasillo. Los destellos parecían danzar, sin prisa por llegar hasta su cuarto. Tarareó con más fuerza, mientras se cubría los oídos hasta hacerse daño. ¿Dónde estaría su padre? ¿Habría sucumbido al fuego al igual que su madre? Los ojos le escocían, envuelto ya por completo en aquel humo asfixiante. Tosió, intentando que el escaso oxígeno que quedaba en aquella estancia accediera a sus pulmones. Recordó a sus hermanas, Margaret y Virginia, que dormían en otro cuarto no muy lejos de allí.

La puerta se consumió, al igual que todo cuanto el incendio había encontrado a su paso.

«Canta, Adrien, canta. Los temores se marcharán», se dijo a sí mismo, justo antes de desplomarse. Ni siquiera le dolió el golpe en la cabeza contra los lustrosos listones de madera del suelo; ya no podía sentir dolor alguno. Las lenguas de fuego hipnotizadoras le cegaron, pero no cerró los ojos. Quería presenciar su hipnótico baile hasta el momento en que lo atraparán.

Cuando por fin sus párpados cayeron, apenas pudo sentir la mano que tiró de él hacia el centro mismo del incendio. Justo después, todo se volvió oscuridad.

2

Nueva York, mayo de 2016

La notificación de un nuevo correo sobresaltó a Nora, que daba los últimos retoques a su maquillaje frente al espejo. Recogió el lápiz de labios en su neceser floreado, cerró la cremallera con rapidez para guardarlo en la maleta y repasó con la vista su equipaje para verificar que no se olvidaba nada en la habitación del hotel. Abrió su portátil y el buzón de correo para constatar que acababa de recibir la documentación que esperaba y sonrió satisfecha. La operación había salido a las mil maravillas, y Richard estaría satisfecho cuando supiera que aquel pez gordo al fin era suyo. Ella solita lo había conseguido, aquel cliente formaba parte por fin de la exclusiva cartera de Wilkins and Co.

La gruesa moqueta del pasillo mitigó el sonido de sus tacones en el recorrido hasta el ascensor, que no tardó en llegar. Nora consultó su reloj de pulsera, las siete en punto. En apenas tres horas estaría volando al sur. Regresaría a casa tras unos días de duras negociaciones que a punto habían estado de costarle la salud. Últimamente se había sentido cansada, con sueño a todas horas, pero estaba segura que tras las palmaditas en la espalda que iba a recibir por parte de su jefe cuando aterrizara en Washington todos sus males desaparecerían como por arte de magia. El ascenso era suyo.

Las puertas de acero del ascensor se abrieron ante sus ojos y el hombre que viajaba en el interior le dedicó una amplia sonrisa. Tenía que reconocer que era muy atractivo, aunque sin duda tendría por lo menos cuatro o cinco años menos que ella. Le pareció escuchar en su mente las palabras de Bridget: «Cuando salta la chispa la edad es lo de menos». Casi pudo escuchar la risa musical de su mejor amiga, a la que, según ella, ningún hombre conseguiría hacer sentar la cabeza.

—Buenos días —saludó Nora con una sonrisa, incapaz de dejar de imaginar lo que Bridget y su calenturienta mente le recomendarían en ese momento, y se vio obligada a contener una carcajada.

El hombre respondió con un saludo y después comentó algo relativo al tiempo, a lo que Nora no prestó demasiada atención. Ella, al contrario que Bridget, tenía un novio al que quería y con el que vivía desde hacía siete años, y desde luego no pensaba hacer ninguna tontería.

Ya en recepción se limitó a cancelar la cuenta y después aguardó hasta que llegó un taxi para llevarla al aeropuerto, en el que no tardó en refugiarse de la incesante lluvia.

—Al JFK, por favor —pidió Nora mientras observaba las gruesas gotas que resbalaban por el cristal de la ventanilla del coche. Todo se desdibujaba a través del vidrio, como si la ciudad entera no fuese más que una acuarela de colores pálidos. Respiró hondo y se acomodó en el asiento, que olía a limpiador de tapicerías.

Intentó relajarse pero le resultó imposible, el conductor llevaba la música demasiado alta y su conducción no era muy suave, de modo que abrió su agenda y revisó las citas para el resto de la semana, que no eran muy abundantes. Entonces reparó en el cumpleaños de su tía abuela Annie, ese domingo, rodeado con rotulador amarillo. Le compraría un ramo de crisantemos, que le encantaban, y le llevaría una caja de galletas de mantequilla. Aquella mujer era una auténtica golosa.

Un agudo pitido y un frenazo la sacaron de sus divagaciones y su agenda y su teléfono móvil se precipitaron hacia la alfombrilla. Los recogió y aguardó, no sin antes intentar que su corazón recobrara el ritmo normal.

—¡Aparta tu maldito coche del medio de la calle! —vociferó el taxista con la cabeza asomada por la ventanilla. Poco le importó la lluvia que caía con fuerza sobre ellos.

Nora intentó ver algo a través de la luna delantera, pero solo pudo observar el frenético ritmo de los limpiaparabrisas. Más adelante un coche se había detenido en el semáforo, ahora verde, y no se movía un ápice. Por eso se habían detenido de una forma tan brusca.

—Seguro que es un estúpido que está hablando por su teléfono móvil sin pensar un comino en los demás —se quejó el taxista, justo antes de poner el freno de mano para bajar de su vehículo con cara de pocos amigos.

Nora le vio acercarse a la ventanilla del conductor que había despertado su ira y golpear el cristal con los nudillos. Le miró mientras aguardaba y pudo ver cómo abría la puerta del coche y se echaba las manos a la cabeza tras comprobar algo. Después regresó al taxi con rapidez, justo cuando otros conductores se dirigían al lugar para saciar su curiosidad.

—Llame a emergencias —pidió el taxista al ver a Nora con su teléfono en la mano—. Ese hombre ha muerto.

—¿Cómo dice? —acertó a decir Nora, abrumada.

—Haga lo que le digo, se lo ruego.

—¿Cariño? —dijo Nora tras entrar en casa. Abandonó su maleta junto a la puerta y se quitó los zapatos con gran placer—. Ya estoy en casa.

—Estoy en el dormitorio —respondió una voz mitigada por la distancia.

Nora respiró hondo y sonrió levemente. Se alegraba de estar por fin en Washington. Desde el incidente con aquel hombre en Nueva York no había logrado relajarse, impactada por la desgraciada situación. Subió las escaleras del moderno loft y asomó la nariz en la habitación, donde

David se estaba cambiando de ropa.

—Hola, cariño. Te he echado de menos —musitó él, sin demorarse en abrazarla. La besó en los labios y después se deleitó en su aroma, que tanto había extrañado.

—Y yo a ti —reconoció ella, deslizando las palmas de sus manos por la espalda desnuda de su novio—. Ha sido una semana agotadora.

—Pero todo ha salido como esperabas. Enhorabuena, sé cuánto deseabas ese ascenso —dijo mientras la miraba a los ojos.

—Gracias. Aunque debo confesar que ahora mismo lo único que deseo es un buen baño —soltó mientras fruncía el ceño—. No me encuentro demasiado bien. Ha ocurrido algo de camino al aeropuerto y aún estoy conmocionada —explicó de forma atropellada mientras se deshacía de su blusa.

—¿Y qué ha sucedido? —preguntó David mientras terminaba de abrochar los botones de su camisa.

Nora se sentó en la cama y cruzó los pies con expresión pensativa. Aquel hombre había muerto de camino al trabajo, allí, frente a sus narices, y nadie había podido hacer nada para evitarlo. Era de locos.

—Un hombre ha fallecido al volante de su coche esta mañana. Estaba parado en un semáforo dentro de su berlina de lujo.

David abrió los ojos, perplejo.

—Dios mío, qué forma tan extraña de perder la vida.

—Desde luego. Llevaba un montón de carpetas en el asiento del copiloto, así que imagino que sería un hombre de negocios muy ocupado. Supongo que habrá sido un infarto o algo parecido.

David tomó su americana y miró hacia su novia con expresión taciturna.

—Sería el estrés.

Ella asintió mientras se liberaba de las medias.

—Estas situaciones te hacen replantearte muchas cosas. Y más teniendo en cuenta que no me he encontrado muy bien últimamente...

—Cariño, tengo que irme —interrumpió David—. El caso McAdams va a terminar con medio bufete, y Robert me hizo prometer que me pasaría esta tarde por allí para ultimar los detalles de la declaración del lunes.

—Pero es viernes —protestó ella, arrugando el gesto. David se inclinó y la besó fugazmente.

—Lo sé, pero esto es importante. Tú ya tienes tu ascenso, es un hecho, y yo también quiero el mío —sentenció, sonriente—. Nos veremos más tarde.

—¿Podremos al menos ir a cenar?

Él negó con la cabeza con lentitud.

—No. Cuando terminemos iré a tomar un par de copas con Anthony y Brad, nos lo hemos ganado.

Nora asintió cabizbaja y le observó recoger su maletín y esfumarse. Ella se dedicó a desnudarse y después se sumergió en el agua caliente de

la bañera. Su mente se fue lejos, y por un momento consiguió relajarse y olvidar lo sucedido en Nueva York.

Ese domingo Nora se dirigió a la floristería y compró los crisantemos para Annie. Ya se había hecho con una preciosa caja de galletas decorada, que estaba segura le encantaría. Era su ochenta cumpleaños, y por nada del mundo iba a faltar a su cita con ella. La hermana gemela de su abuela era una mujer extraordinaria que había dedicado su vida a la literatura como maestra en un instituto y como autora. En su pequeño apartamento en el barrio de Adams Morgan había dado forma a sus más de cincuenta títulos entre novelas y cuentos, y todavía le hablaba igual de emocionada cuando ponía fin a una de sus historias.

Cuando su abuela falleció, Nora tan solo tenía siete años, y Annie ocupó a la perfección aquel papel. Soltera y sin descendencia, los hijos y nietos de su hermana Karen pasaron a ser suyos, y los trató como tal. Ahora que todos estaban desperdigados por diferentes estados la veían muy poco, pero eso no era impedimento para que ella estuviera al tanto de todo cuanto les ocurría en su vida diaria.

El metro la dejó en su estación casi sin darse cuenta, y después recorrió caminando el trecho que le quedaba hasta Belmont Road. Observó con aire meditabundo los edificios de ladrillo visto y las alegres flores plantadas en los parterres delanteros.

—Buenos días, Nora —saludó una sonriente Annie, con la puerta entreabierta—. Adelante.

—Buenos días, Annie. Feliz cumpleaños —respondió ella a la vez que le entregaba las flores y los dulces.

—Oh, cariño. Conoces muy bien a esta vieja chocha —bromeó con satisfacción mientras la guiaba hasta el saloncito del pequeño apartamento—. Por favor, siéntate. Prepararé café.

Annie estaba tan guapa como siempre, con uno de sus vestidos de colores alegres y su cabello blanco y ondulado recogido en un moño bajo. Parecía como si la edad se resistiese a estropear su cuerpo, y Nora la recordaba igual de enérgica que cuando era niña.

—Y bien, ¿cómo te ha ido por Nueva York? ¿Has logrado convencer a ese cliente tan importante? —dijo mientras cacharreaba en la cocina.

—Sí. Todo ha ido fenomenal. Estoy segura de que mañana Richard me recibirá con una alfombra roja en la oficina —reconoció sonriendo. Después respiró hondo al sentir un dolor en el pecho. Hacía días que sentía cierta presión y en ocasiones incluso pinchazos, pero lo había achacado al estrés. Paseó la mirada por el aparador repleto de fotografías familiares y ralentizó su respiración en un intento de recuperarse.

—Esa es mi niña —añadió Annie, que regresó para sentarse en el sillón frente la ventana—. ¿Te ocurre algo, Nora? Pareces cansada.

—No es nada. Es solo que los últimos días han sido extenuantes. La presión por que todo saliera como estaba previsto, ya sabes —afirmó Nora mientras sacudía la mano.

El viejo reloj de cuerda de la alacena dio las once, y después enmudeció de nuevo.

—Y ahora que sin duda has conseguido tu ascenso, ¿por qué no te tomas unos días de vacaciones y me llevas a la vieja casa en la que Karen y yo nos criamos? Sabes que hace años que quiero ir allí. Christa nos recibiría con los brazos abiertos. Mi hermana es una nostálgica que sueña con vernos a todas las hermanas reunidas, y ya que Karen no va a regresar desde allá donde se encuentre, desea que Ruby, ella y yo pasemos una temporada en la casa familiar. Se siente muy sola desde que Alfred falleció.

—Lo comprendo, pero ahora debo centrarme más que nunca en mi carrera. No es el momento de tomarme unas vacaciones. Creo que pasar una temporada en Brasil es un lujo que no me puedo permitir. ¡El tiempo es oro!

Annie se levantó para preparar una bandeja con el café y aprovechó para colocar algunas de las galletas que Nora le acababa de regalar en un platito de porcelana decorada con delicadas peonías.

—Puede que esta sea la última oportunidad de vernos a todas reunidas menos a tu abuela. Ya vamos teniendo una edad y...

—Estás estupenda, no digas tonterías. Habrá muchas oportunidades en el futuro de emprender ese viaje —interrumpió Nora mientras observaba a su tía abuela servirle el café.

—Como quieras —zanjó Annie, sentándose con su taza—. Y dime, ¿cómo van las cosas con David? Hace siglos que no os veo juntos.

—Bien. Está inmerso en un caso complicado. El hijo de un congresista se ha metido de nuevo en problemas y su padre no quiere que ello pueda perjudicarle en su carrera política. Últimamente David solo respira McAdams —dijo ella poniendo los ojos en blanco y resoplando—. McAdams, McAdams, McAdams.

—Vuestras carreras son muy importantes, por Dios que lo son, pero no deberíais permitir que dominaran toda vuestra vida. En ocasiones pienso que no existe nada más para vosotros que vuestros clientes, inversores para ti y tipejos de dudosa reputación para tu novio. ¿Me equivoco?

—Por supuesto que te equivocas. Nuestro tiempo libre es escaso, pero lo disfrutamos plenamente. De hecho ya estamos planeando nuestras vacaciones de verano. David quiere que vayamos a las Seychelles.

—De acuerdo, Nora. Me tranquiliza escuchar eso. No quisiera que perdieras de vista el verdadero valor de las cosas, y no me refiero a las materiales —añadió con una sonrisa cargada de ternura. Acarició el dorso de la mano de su sobrina nieta y continuó—: Sabes cuánto te quiero y cuánto me preocupo por ti, ¿verdad? Tanto tú como tu hermana

Stella sois como las nietas que nunca pude tener.

Nora asintió.

—Sí. Y te lo agradezco mucho. —Desvió la mirada y repasó los volúmenes que atestaban las estanterías del apartamento. Algunos de ellos eran ejemplares raros o únicos, que Annie atesoraba con devoción —. Aunque tú también te tomaste tu carrera como algo importante, no has parado de escribir desde que aprendiste en el colegio.

—Escribir para mí es un placer, de los mayores de la vida. Es diferente, no es un trabajo o una obligación. No es lo que me ha dado de comer, y eso me ha proporcionado cierta libertad.

—Pero...

—No lo olvides —zanjó Annie—. A veces pensamos que vamos a estar aquí eternamente, pero te aseguro que eso no es así. Intenta disfrutar de tu vida tanto como puedas, mañana quizá sea tarde.

—Lo sé. Siempre me lo dices. Pero tengo treinta años, todavía me queda mucho por hacer. Sé que puedo llegar muy lejos en Wilkins and Co.

Annie suspiró con fuerza. A veces pensaba que Nora no entendía nada. Se empeñaba en trabajar sin pensar en nada más. Hacía tiempo que ganaba más dinero del que podía gastar, y sin embargo todos sus objetivos se centraban en aquella empresa. ¿Y David? Otro necio que no reparaba en las cosas verdaderamente importantes de la vida. Sí, desde luego parecían estar hechos el uno para el otro, los dos igual de ciegos.

En ocasiones se lamentaba al constatar que el destino no tenía nada especial guardado para Nora: un amor que le hiciera perder la razón, una pasión arrolladora que le nublará los sentidos.

—Me alegro de que todo marche bien entre los dos, cariño. Es importante para mí saber que todo va como la seda.

—Por supuesto que todo está bien. No te preocupes de forma innecesaria, y dame un abrazo de esos tuyos que apartan todas las preocupaciones.

Annie abrió los brazos y Nora se enterró en ellos, como cuando era niña y había tenido un mal día en la escuela. En aquel refugio nada podía perturbar su paz.

La calle bullía de actividad cuando Nora abandonó el apartamento de Annie. Parecía que la gente estaba celebrando una especie de procesión y todos bailaban al ritmo de la música.

Echó a andar entre la multitud y de repente sintió mucho calor en el rostro. Las conversaciones de los viandantes se mezclaron en su cabeza, como si estuviera a punto de tragarla un torbellino.

—Pero, ¿qué...? —balbució confundida.

Su corazón palpitó apresurado y después pareció detenerse durante unos instantes. El bolso se deslizó desde su hombro y cayó al suelo; sus pertenencias se desparramaron sobre la acera gris.

«Ayuda», pareció musitar dentro de su mente. Sintió cómo sus piernas dejaban de sostenerla y se precipitó sobre el enlosado. Instantes después, todo se volvió negro.

3

Charleston, 24 de diciembre de 1905

El caballero esperó a que el carruaje se detuviera y aguardó a que el cochero le abriera la portezuela. Cruzó la calle intentando no manchar sus pulcros zapatos en los charcos, mientras con sus dedos intentaba ajustar la bufanda alrededor del cuello. Recorrió un trecho maldiciendo para sus adentros y se internó en el callejón no sin antes verificar que nadie le seguía. Sin duda un carruaje tan elegante desentonaba en aquella parte de la ciudad, pero no había tenido alternativa, aquel estúpido de Harry Miller le había hecho salir de su cama sin curar el resfriado de forma adecuada. En cualquier otra situación se lo habría hecho pagar con creces, pero no entonces. Había cumplido su cometido a la perfección y no era momento de regañinas, sino más bien de disfrutar del dulce sabor de la victoria.

La tarde se volvió noche entre aquellas viejas paredes, que apenas dejaban espacio suficiente para una carreta. El hombre llamó a la puerta mientras miraba de forma despectiva hacia la basura que se acumulaba contra los muros de ladrillo y torció el gesto. Seguro que había ratas cerca viviendo entre la inmundicia de aquella gente sin escrúpulos capaz de vender a su propia madre a cambio de unas pocas monedas. Se preguntó qué más podría conseguir con una pequeña parte del dinero que llevaba encima y sus ojos brillaron de malicia.

La puerta se abrió y una mujer con expresión malhumorada le dedicó una mirada nada tranquilizadora. Colocó los brazos en jarras sobre el viejo delantal lleno de manchas y abrió la boca para preguntarle qué estaba buscando allí, mostrando sus dientes torcidos y amarillos. Parecía que el corpiño estaba a punto de reventar para liberar sus carnes apretadas, aunque ella parecía perfectamente cómoda. Sus manos regordetas mostraban unas uñas con más mugre de la que el caballero había visto en su vida.

—Quiero ver a Miller —gruñó el visitante, sin disimular su aversión por aquella mujer cuyo pelo parecía una sucia maraña oscura sobre la cabeza. Apoyó el peso de su cuerpo sobre el bastón de dorada empuñadura y resopló con hastío. No debería haber ido hasta allí, pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? Cuanto antes saldara su deuda con aquel mequetrefe, mejor para todos.

—¿Para qué? —repuso ella, altanera. Odiaba a los hombres como aquel, que siempre la miraban por encima del hombro solo porque

creían que su dinero les daba derecho a ello. No eran distintos a ellos, solo que les dejaban el trabajo sucio y se llevaban la gloria pagándoles de forma miserable. Sí, así se enriquecían esos caballeros de pacotilla, aprovechándose de la necesidad ajena.

Dos chiquillos salieron tras las faldas de la mujer, y ella les increpó con energía:

—¡Decidle a padre que hay un *caballero* que lo busca! —vociferó sin mesura alguna, recalcando la palabra justo antes de lanzarle un puntapié al mayor de ellos —. ¡Y dejad de gritar, sabéis que no lo soporto!

El invitado a punto estuvo de decirle que ella misma era una indeseable sin modales envuelta en ropas pestilentes, pero se contuvo. Consultó su reloj de bolsillo y la siguió al interior de la casa cuando ella le invitó con un gesto. Soportó el olor que reinaba en la casucha, mezcla indistinguible entre humo del hogar, humedad y demasiados cuerpos hacinados en muy poco espacio. Según le había contado Miller, esa mujer y él habían tenido un total de diez hijos por el momento, de los cuales sobrevivían seis. A eso había que sumar los inquilinos que habitualmente moraban en la parte alta de la casa, el tercer piso y el abuhardillado, que suponían una suma considerable cada semana. Su casa era famosa por albergar todo tipo de delincuentes a su paso por Charleston, así como prostitutas para prestarles a esos hombres un mejor servicio. Con todo ello, aquel lugar constituía un crisol muy rico en matices, en el que poder hallar lo más decadente de la sociedad de Carolina del Sur.

—Puede sentarse. Mi esposo vendrá enseguida —indicó la mujer con desgana, a la vez que cargaba un balde lleno de ropa contra la redonda cadera. Después desapareció sin más comentarios.

El caballero asintió y tomó asiento en uno de los sillones de aquel oscuro salón. Hacía frío y además no pensaba demorarse mucho en aquella visita, por lo que decidió no despojarse del abrigo. Se concentró en las voces que le llegaban desde no muy lejos, niños gritando, la señora Miller reprendiéndoles a su vez, tratándolos como las ratas que eran.

—Señor, no le esperaba aquí —musitó un hombre, que había bajado las escaleras con rapidez. No era muy alto y estaba muy delgado, en contrapunto a la mujer. Los pantalones, demasiado anchos para sus piernas y raídos allí donde se encontraban con los zapatos, parecían colgar de un palo en lugar de hacerlo de un cuerpo masculino. Se alisó la chaqueta e inclinó el mentón hacia el suelo en señal de respeto, como si de repente se avergonzara de recibir a una visita de aquellas características en su humilde hogar—. No era necesario...

—¡Oh, por supuesto que lo era! O al menos eso comprendí yo al recibir tu visita en mi casa durante el día de ayer. Creí habértelo prohibido de forma expresa, corrígeme si me equivoco, Miller —respondió el caballero sin moverse un ápice del incómodo sillón—. Si mi esposa hubiera llegado a encontrarte merodeando por allí, preguntando por mí,

habrías tenido un serio problema. No me gusta dejar cabos sueltos.

El hombrecillo tragó saliva y aguardó, consciente de su mala decisión. Pero su esposa le había instado a acudir al caballero, pues tenían muchas bocas que alimentar y ningún ingreso más a la vista. Sin embargo, él debería haber aguardado a que se realizara el pago, tal y como lo habían convenido.

—Por fortuna, nadie más que mi mayordomo sabe que me hiciste una visita. Y además, todo salió a las mil maravillas, ¿verdad, amigo mío? Has eliminado de mi vida el mayor de los obstáculos —añadió mientras extraía una bolsa del interior de su abrigo.

Miller abrió los ojos y el corazón se le aceleró. Al fin tendría el dinero con el que tanto había fantaseado. Restregó sus manos con impaciencia y no se atrevió a dar un paso, no quería parecer demasiado ansioso, aunque lo cierto era que lo estaba. Aquel montante significaba poder saldar algunas de las deudas que lo estaban ahogando, salvar el pellejo al apaciguar a los prestamistas que le estaban acosando desde hacía semanas. Sí. Aquello significaba mucho para él.

—Toma, Miller —insistió el caballero al percatarse de la inmovilidad del hombrecillo—. Y de ahora en adelante espero no volver a ver tu fea cara nunca más.

La casa se encontraba en completo silencio cuando el caballero regresó tras su desagradable excursión por uno de los peores agujeros de Charleston. Le entregó las prendas de abrigo a su mayordomo y se retiró a su despacho sin que la expresión de satisfacción se hubiese borrado aún de su rostro. Encendió un puro y se arrellanó en el sillón mientras degustaba el dulce sabor de la victoria. Quedarse al fin con aquellos terrenos para poder expandir su negocio no era nada comparado con haber enviado a Aaron Everett y a toda su familia al infierno.

Alguien llamó suavemente a la puerta, sacándole de sus divagaciones.

—¿Quién es? —preguntó de mala gana, justo antes de exhalar con parsimonia una bocanada de humo.

—Buenas tardes, padre, soy yo —dijo el pequeño de cabellos castaños, cara pecosa y pequeña estatura para su edad.

—Por supuesto. Ven, te enseñaré varias cosas que debes saber si quieres triunfar en este mundo de hipócritas —repuso el caballero, recostándose en el sillón—. La primera, tú eres lo primero. Que nadie intente convencerte de lo contrario. Actúa siempre en tu propio beneficio y regodéate en la derrota de los demás. Segunda, no dejes que ninguna estúpida mujer te nuble el juicio. Hay algunas que saben bien cómo engatusarnos y eso no debe sucederte jamás, ¿lo entiendes? No sirven para nada más que para parir a nuestros hijos, no lo olvides.

El niño asintió mientras miraba aquel rostro medio oculto tras la

cortina de humo y sonrió con malicia. Ya sabía que lo más importante eran los negocios, eso y los billetes que proporcionaban los negocios. Se apresuró a tomar asiento junto a su padre, que continuó con sus directrices.

Sin duda estaba creando un monstruo a su imagen y semejanza.

4

Washington, mayo de 2016

Nora abrió los ojos con lentitud e intentó hacer funcionar de nuevo su mente, aturdida. Levantó la mano para frotarse los ojos y se percató de que llevaba puesta una vía en el dorso.

—Pero, ¿qué...?

—Cariño, ya has despertado —saludó David, precipitándose hacia la camilla.

—¿Qué ha pasado?

Él le acarició la mejilla con lentitud y la miró con sus ojos oscuros. Después pasó una mano por su corto cabello y respondió:

—Perdiste el conocimiento al salir del apartamento de Annie.

—Recuerdo haber escuchado las voces de la gente cada vez más lejos, como mezcladas en mi cabeza. Y después la ambulancia como en un sueño.

—Los médicos dicen que el síncope puede haber sido causado por el estrés, pero deberán hacerte más pruebas para verificarlo.

—Llevaba días sintiéndome extraña —reconoció, observando el gotero que enviaba líquido hasta su mano.

—¿Qué? ¿Y no habías dicho nada? —la reprendió David, con el ceño fruncido.

Ella se encogió de hombros.

—No le di importancia, lo achaqué al nerviosismo por todo lo de Nueva York, ya sabes. Pensé que era únicamente agotamiento general.

En ese momento una sonriente enfermera entró en la habitación.

—Buenas tardes, señorita Ashford.

—Debo irme. Te quedas en buenas manos —se despidió David. Le dio un beso en la mejilla a Nora y sacó su teléfono móvil.

—Pero es domingo —protestó ella, pese a ser consciente de que no había nada que hacer.

—He quedado con Brad y Anthony, ya sabes, para preparar el juicio —reveló justo antes de desaparecer con un gesto de la mano.

Nora miró hacia la enfermera con expresión de contrariedad e intentó sobreponerse.

—Buenas tardes —le dijo, con una terrible sensación de soledad.

—¿Cómo se siente?

—He estado mejor —repuso con una sonrisa triste—. Pero al menos el mareo ha cesado.

—El doctor Sanders ha recomendado reposo. Ha programado dos pruebas más para mañana por la mañana.

—De acuerdo.

La enfermera verificó el gotero y se despidió con un gesto.

—Si necesita algo, no dude en llamarme.

Nora alargó la mano hasta la mesita y cogió su teléfono móvil, que justo en ese instante comenzó a sonar.

—¿Stella? —soltó Nora, aún confundida.

—¿Nora? ¿Estás bien? —respondieron atropelladamente al otro lado.

—Sí. Tan solo me desmayé, nada más.

—¡Y nada menos! Te dije que te tomaras con calma todo ese asunto de Nueva York. Te había notado cansada durante las últimas conversaciones y eso que ...

—Stella...

—Sí, ya me callo. Cuéntame tú. ¿Conseguiste ese cliente?

—¡Por supuesto! ¿Qué esperabas?

Stella se echó a reír al otro lado de la línea.

—Esa es mi chica. Estoy orgullosa de ti.

—Gracias —respondió Nora con satisfacción—. Mañana me harán más pruebas para descartar, ya sabes. Te iré informando, pequeñaja.

—Bien. Y ahora descansa.

—A sus órdenes —respondió Nora con una sonrisa justo antes de pulsar el icono de colgar—. ¿Cómo está mamá?

—Bien, aquí, justo a mi lado intentando robarme el teléfono para mandarte un millón de besos.

—¡Cariño! —saludó Suzanne.

—Mamá, hola.

—¿Estás bien? David dijo que...

—Estoy bien, no te preocupes. Esto se arregla con descanso, nada más —respondió con una mueca.

—Bien, pues obedece a los médicos, o no me quedará más remedio que recorrer medio país para reñirte, como cuando eras una niña.

Nora se echó a reír.

—Sí, mamá. De verdad, no tienes de qué preocuparte.

—¿Estás segura? Puedo coger un avión y...

Alguien llamó a la puerta en ese momento.

—Segura. Del todo. Te llamaré en cuanto tenga alguna novedad. De momento hay que esperar por los resultados de las pruebas.

—De acuerdo.

—Pase —invitó Nora con desgana, abriendo los ojos de forma desmesurada al ver aparecer un enorme ramo de rosas rojas—. Un segundo, mamá.

—¿Nora Ashford? —preguntó el mensajero, con la tarjeta en la mano.

—Sí. Soy yo.

El chico le entregó las flores y después se esfumó casi sin despedirse.

Nora se apresuró a leer la nota:

*Enhorabuena por tu ascenso.
Te quiero.
David*

Nora no pudo evitar sonreír, y su sensación de abandono desapareció momentáneamente. Todo mejoraría en cuanto pasara todo ese tema del caso McAdams, estaba segura.

—Te llamaré más tarde, mamá. Dale un beso a Stella de mi parte.

Nora acercó las preciosas flores a su nariz y respiró hondo. Le vendría bien descansar.

—¿Puedo pasar?

—¡Bridget, hola! No te esperaba hoy. ¿No estabas en Newark visitando a tu padre?

Bridget entró como una exhalación en la habitación y se abalanzó sobre Nora. Dos enfermeras que pasaban en ese momento por el pasillo no pudieron evitar girar la cabeza para observar a la joven de cuerpo escultural. Al verla era fácil imaginar que fuese una cotizada modelo de las más prestigiosas marcas de moda.

—¿Cómo iba a dejar de venir a visitarte? Me quedé muy preocupada cuando David me llamó para contarme lo que te había sucedido. Preparé la maleta, me despedí de mi padre y tomé el primer tren. —La abrazó con fuerza y después la observó detenidamente, apretando los labios—. Tienes mal aspecto.

—¡Oh, gracias! ¡Cuánto me alegro de que hayas dejado a tu padre para venir corriendo a visitarme y a levantarme el ánimo! —sentenció con ironía. Después sonrió al comprobar el afecto de su amiga—. Estoy agotada. Quizás Annie tenga razón y este sea el momento de hacer un receso.

—Hace tiempo que lo pienso —repuso Bridget tomando asiento en una silla junto a la cama. Dejó su bolso sobre la mesita y miró hacia Nora—. Nadie puede soportar el ritmo de vida que tú has soportado durante los últimos meses, es demencial.

—Y me lo dices tú, que unes campaña con campaña y no has dejado de trabajar desde hace... no sé, meses —dijo Nora frunciendo el ceño.

—Precisamente por eso no puedo parar ahora. Toda mi carrera se iría al traste. Pero tú sí. Richard no se desharía de ti ni en un millón de años, sabe que eres una apuesta segura. ¿Cuántos inversores has conseguido solamente en los últimos seis meses? Yo ya he perdido la cuenta.

Nora asintió.

—Bueno, si el martes puedo regresar a la oficina tal vez me plantee

pedirle a Richard unos días libres. Lo pensaré. Desde luego Annie se alegraría mucho de saber que voy a acompañarla a Brasil. Su hermana Christa está deseando reunirse con Ruby y con ella. Piensa que tal vez sea la última vez que se vean las tres, ya que Karen no está entre nosotros.

—Deberías hacerlo. Un cambio de aires te vendrá fenomenal.

—Habrá que esperar a conocer los resultados de las pruebas. Después le comentaré al doctor Sanders mis intenciones, si es que decido viajar finalmente.

—Bien.

—Y dime, ¿qué ha pasado con Ethan? —preguntó Nora mientras alisaba maquinalmente el embozo de la sábana.

Bridget sonrió con picardía.

—Nada en especial. ¿Por qué lo preguntas? —Y cogió el bolso para sacar su barra de labios rojo pasión. Abrió el espejo y comenzó a retocarse el maquillaje haciéndose la despistada.

—¿Cómo que por qué lo pregunto? Mientras yo hacía la maleta para ir a Nueva York tú volabas hacia Miami para rodar esa campaña. Y sabes de sobra que cuando os contratan a los dos saltan chispas en las sesiones de fotografía, y después de ellas.

—¿Ethan? No sé de qué me hablas —continuó la modelo, sin poder contener la risa.

—¡Bridget Moore! ¡Te ordeno que me cuentes ahora mismo todos los detalles de los días con ese bombonazo! —soltó Nora, y a punto estuvo de salirse de la cama a causa del énfasis de sus palabras.

Bridget estalló en carcajadas, guardó su maquillaje y limpió una lágrima con el piquito de un pañuelo de papel.

—Me haces llorar de risa.

—La culpa es tuya, que te aprovechas de una pobre enfermita desvalida —dramatizó Nora—. Apíadate de la curiosidad de esta mujer —pidió con los labios curvados en una mueca de desencanto fingida.

—Vale, vale. Te lo contaré todo —respondió Bridget, con una sonrisa pícara en los labios—. Ha sido la campaña más caliente que he rodado nunca. Y no porque las fotos así lo exigieran, sino porque en el *backstage* ardía el fuego de la pasión más desenfrenada.

Nora abrió los ojos y fingió estar escandalizada.

—Cuéntamelo todito todo.

El lunes a primera hora el doctor Sanders le explicó a Nora en qué consistirían las pruebas a las que se debería someter, tanto neurológicas como cardíacas. Todas ellas servirían para descartar anomalías causantes del síncope que había sufrido.

Durante todo el día se sintió como un ratón en un ensayo clínico, pero aguantó de forma estoica todos los procesos. Finalmente el doctor la

recibió en su despacho, ya con el alta.

—Señorita Ashford, tengo buenas noticias. Todo ha resultado normal. Su cuerpo no presenta causa alguna para el desmayo que sufrió ayer por la mañana, por lo que creemos que todo se debió al estrés. Su novio indicó que había vivido unos meses de mucha tensión laboral, y eso ha podido desencadenar el episodio que la trajo aquí.

Nora asintió y observó al médico, un hombre de unos cincuenta años con el cabello espeso y rizado enfundado en una bata blanca.

—No obstante, pensamos que le vendrían bien unos días de descanso. La naturaleza es sabia, y tal vez esto haya sido un aviso para que ralentice su estilo de vida. Es joven, pero los excesos pueden pasar factura a cualquier edad, me temo —añadió con una sonrisa.

—Gracias, doctor Sanders. Me voy mucho más tranquila. Veré qué puedo hacer, aunque ahora no es el mejor momento para abandonar mis quehaceres.

—Pues le recomiendo que lo sopesa con detenimiento. El descanso le hará bien, y sobre todo apartar durante unos días las preocupaciones cotidianas y laborales —dijo justo antes de ponerse de pie para despedirla—. Cuídese.

Nora asintió de nuevo y le estrechó la mano.

—Adiós, doctor.

Se despidió con una sola cosa en la cabeza: al día siguiente al fin podría ver a Richard y él le comunicaría su ascenso. Ardía en deseos de encontrarse de nuevo en la oficina, en su nuevo y flamante despacho con espectaculares vistas.

El edificio donde se ubicaba Wilkins and Co. era una construcción de ocho plantas en Pennsylvania Avenue, con abundantes cristaleras que hacían del lugar uno de los más luminosos de los alrededores.

Nora miró hacia arriba y visualizó a su jefe, que la estaría esperando a esa hora, y no pudo evitar sentir un cosquilleo en el estómago. Al fin había conseguido todo por cuanto había luchado desde la entrada en la universidad. Todos sus esfuerzos y desvelos habían merecido la pena.

Subió en uno de los ascensores con el nerviosismo cómodamente instalado en su cuerpo, consciente de que aquel era su día. Sujetó bien el maletín entre las manos y salió en su planta para sumergirse en la actividad frenética de Wilkins and Co.

—Buenos días, Patty —saludó a la recepcionista, que la miró con una sonrisa.

—Señorita Ashford, buenos días.

Continuó por el pasillo que la llevaba hasta su despacho y observó los cubículos tras las cristaleras, donde los empleados de menor categoría se afanaban para cumplir con los objetivos marcados. Saludó a algunos compañeros y llegó hasta el final del corredor, donde se encontraba su

oficina.

—Nora, buenos días.

—Miranda, hola.

—¡Qué gusto verte! Richard me comentó que habías sufrido un desvanecimiento —dijo con dos carpetas repletas de documentos bien sujetas contra su blusa. Echó la cabeza hacia atrás y su melena oscura y ondulada se agitó en el aire como en un anuncio de colonia. Había rumores de que aquella mujer estaba enredada con el jefe, que para más señas estaba casado y tenía dos hijos de su edad.

—Sí, aunque por suerte ya me encuentro mejor —respondió Nora con una sonrisa.

—¿Ibas a ver a Richard? —soltó al verla dirigirse hacia el final del pasillo.

—Sí. Quiero hablar con él sobre el tema de Nueva York.

—Es cierto, lo de Nueva York. Permíteme que te felicite, ha sido una alegría para todos que lo consiguieras.

—Gracias, Miranda —dijo Nora consultando la hora en su reloj—. Y ahora, si me disculpas, no querría retrasarme...

—Oh, no tengas prisa. Richard está reunido con Caleb Martin. Y entre nosotras, creo que van a tardar un buen rato en terminar la reunión —susurró mirando a un lado y a otro para verificar que nadie las escuchaba—. Ya sabes, quería comunicarle que él va a convertirse en el nuevo director financiero.

El tiempo se detuvo. Pareció que los tacones de Nora se habían pegado al suelo enmoquetado, y sus piernas se volvieron rígidas e inmóviles. Su corazón comenzó a latir con rapidez y su respiración se aceleró. Observó los labios de Miranda, que continuaron moviéndose, pero no fue capaz de escuchar una palabra más.

«No puede ser», pensó. Todos sus esfuerzos habían sido en vano. ¿Caleb Martin había conseguido el puesto por el que ella llevaba tres años luchando? Si hacía apenas seis meses que había llegado a la empresa.

Nora se dirigió hacia su despacho con todo su mundo desmoronándose bajo los pies.

Miranda la observó alejarse por el pasillo, perpleja, pensando qué demonios le había pasado.

Nora cerró la puerta y puso el pestillo. Bajó las persianas y se desplomó sobre su asiento de cuero color crema.

—¿Señorita Ashford? —Escuchó que llamaba Abigail, su secretaria, desde fuera. La había visto entrar tan malhumorada que no se había atrevido a decirle nada—. ¿Se encuentra bien?

¿Qué demonios había pasado? ¿Qué se había perdido?

Se tapó el rostro entre las manos y no supo qué hacer, si romper a llorar como una niña o emprenderla a golpes contra todo lo que le rodeaba.

El teléfono sobre la mesa de Nora sonó una vez, dos, tres veces. Finalmente lo cogió, todavía conmocionada.

—El señor Grant la recibirá ahora, señorita Ashford —informó Sylvia, la secretaria de Richard, siempre tan profesional.

Nora se puso de pie como una autómatas y se dirigió hacia la oficina de su jefe con la moral por los suelos. Entró y cerró la puerta tras de sí con la sangre hirviéndole en las venas.

—¡Nora, bienvenida! Y déjame darte la enhorabuena por tu trabajo en Nueva York.

—Muchas gracias —contestó ella intentando hacer de tripas corazón.

—Siéntate, por favor —pidió él desde su sillón mientras señalaba una de las sillas frente a su mesa.

Ella obedeció con desgana.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Richard mientras dejaba a un lado su pluma, sobre los documentos en los que trabajaba.

—Bien, tan solo ha sido un susto. El doctor ha dicho que no tengo nada de qué preocuparme —repuso Nora mirando la fotografía que había sobre la mesa, en la que posaban sonrientes la esposa y los hijos de su jefe. Él hacía tiempo que trataba de disimular los claros de su cabeza peinándose el cabello plagado de canas hacia un lateral. Se rumoreaba que estaba en proceso de efectuarse un tratamiento de microinjerto capilar para aparentar menos edad, aunque la prominente barriga que presionaba los botones de su americana de firma no ayudaba a rejuvenecer su aspecto. Un poco de ejercicio no le vendría nada mal.

—Me alegro. Por aquí haces mucha falta, de modo que espero que hayas abandonado el hospital con las pilas cargadas. —La miró con una sonrisa y aguardó una respuesta.

—¿Puedo hablarte abiertamente, Richard?

—Desde luego, Nora. Sabes que sí.

—Me preguntaba cómo había ido tu reunión con Caleb Martin —soltó sin ambages.

Richard tragó saliva y respiró hondo.

—Sí, Nora, ya sé que te había prometido el ascenso tras conseguir a ese pez gordo, pero las cosas han cambiado —se excusó. Y Nora pudo ver que comenzaba a sudar bajo su carísimo traje a medida.

—¿Han cambiado? ¿Desde hace una semana? —añadió ella, contrariada—. Me he dejado la piel por esta empresa, lo sabes tan bien como yo. ¿Y me dices que las cosas han cambiado?

—Lo siento, es cuanto te puedo decir. Tal vez la próxima vez...

—Sí. La próxima vez —repitió ella mientras se ponía de pie con la sangre hirviendo.

Se dirigió hacia la puerta con Richard tras ella.

—¿De veras quieres saber por qué le he concedido el ascenso a

Martin?

Ella se volvió, echando chispas por los ojos, y asintió.

—Es un hombre, entre nosotros nos entendemos mejor.

Nora farfulló diversos improperios, que apenas salieron de sus labios. Se dio la vuelta, iracunda, y se dispuso a recoger todas las pertenencias de su despacho, bajo la anonadada mirada de Abigail.

—Me largo. No aguanto ni un solo segundo más en este lugar —escupió, cargando con la caja con sus cosas.

—¿Está... segura, señorita Ashford? —contestó Abigail, perpleja.

Nora marcó el número de Richard una vez en su despacho. Pensaba decirle cuatro cosas a ese...

—Despacho de Richard Grant, ¿en qué puedo ayudarle? —respondió Sylvia con tono solemne.

—Soy Nora Ashford. Ponme con Richard, por favor.

—Lo siento, señorita Ashford, el señor Grant está reunido. ¿Desea dejarle algún recado?

Nora apretó los dientes y musitó:

—No.

Sujetó la caja contra su pecho y recorrió el pasillo hasta llegar a los ascensores. Le pareció una eternidad lo que tardó en llegar a su coche, arrancar y esfumarse de aquel lugar. Y entonces dejó que lágrimas de impotencia corrieran libres por sus mejillas.

Charleston, Carolina del Sur. 12 de febrero de 1905

Aaron Everett bajó del carruaje frente a la fábrica y se quedó mirando uno de los automóviles que tanto le gustaban, que pasó ante sus ojos. La semana pasada había podido conducir el de su amigo Albert Higgins, y la cuestión no le había defraudado en absoluto. La sensación de velocidad era apabullante, nada que ver con el carruaje. Y si había tardado en encargarse un automóvil para él era porque Elinore se lo había pedido, y no quería contrariarla. Estaba en la recta final de su embarazo y a él le gustaba colmarla de atenciones. Ella había oído historias en las que la velocidad había tenido un desenlace fatal, y por ello se había sentido reacia al principio. Pero tras probarlo también en compañía de Aaron, le había dado su beneplácito.

—Buenos días, señor Everett.

El saludo de uno de los encargados de su fábrica textil le hizo regresar a la realidad. Más tarde llamaría a Albert y hablarían del tema mientras degustaban un buen brandy en el club.

Otro carruaje se detuvo y de él descendió un caballero vestido de forma impecable. Pagó al cochero y enseguida subió los escalones de acceso a la fábrica.

—Buenos días, Nathan —le saludó Aaron con energía.

—Buenos días, señor Everett —respondió el joven con una amplia sonrisa en los labios—. Tengo noticias.

Aaron sonrió a su vez, y los pliegues alrededor de sus ojos claros se marcaron levemente. Consultó su reloj y le hizo un gesto a su abogado.

—Espero que sean buenas. Hablaremos en el despacho, si te parece.

El joven asintió y le siguió, consciente de que el patrón siempre daba una vuelta de reconocimiento en su negocio antes de enclaustrarse en su despacho para dedicarse al papeleo. No podía evitarlo, era igual que el difunto Roger Everett, disfrutaba tanto con la cosecha del algodón como con la manufactura del mismo. Se sentía orgulloso envuelto en el trajín de los telares a pleno rendimiento, entre las motas blancas que lo sobrevolaban como si de copos de nieve se tratase, orgulloso entre sus empleados, como el gran hombre de negocios que era.

El despacho se le antojó a Aaron más silencioso y oscuro que de costumbre. Dejó su chaqueta sobre el sillón, se acercó a la ventana y comprobó que iba a llover. El cielo, oscuro y con los nubarrones que parecían hacinados sobre sus cabezas, amenazaba con descargar en

cualquier momento. Se cruzó de brazos y, sin volverse, dijo:

—¿Has conseguido los terrenos?

—Está todo apalabrado, señor. Mi padre se ha encargado de visitar personalmente a los dueños de los edificios que, ni que decir tiene, no son más que agujeros de miseria. Las familias que allí viven no perderán mucho cuando las construcciones se reduzcan a un montón de escombros.

—Bien. ¿Te has asegurado de que ese pajarraco no tenga acceso a ninguna negociación con esa gente?

—Desde luego. Todo se ha llevado a cabo tal y como usted dispuso, señor. No habrá contratiempos en este caso, se lo aseguro.

Aaron se dio la vuelta y miró hacia el abogado con expresión sombría, los brazos aún cruzados sobre el elegante chaleco.

—Eso espero. Aunque tratándose de un gusano como ese, no debemos dejar nada a la improvisación. ¿O debo recordarte que la última vez se quedó con los terrenos que tanto necesitábamos en...?

—Esta vez no tiene de qué preocuparse, señor, se lo aseguro. Todo está atado. Si es necesario, adelantaremos la firma de la compra y procederemos a la demolición antes de que su contrincante pueda darse cuenta.

«Contrincante» era una forma de llamarlo. Aunque la realidad era que aquel hombre era alguien sin escrúpulos y que no se detendría ante nada. Necesitaba los terrenos para ampliar su negocio, al igual que él, y haría lo que fuera para conseguirlos. La última vez que se habían enfrentado le había ganado, y no limpiamente, pero esta vez no se dejaría arrebatar el botín. Su fábrica pasaría entonces a ser la colosal máquina de hacer dinero que siempre había soñado.

—Bien.

Aaron entró en la casa y le entregó su sombrero al mayordomo, que aguardaba solícito a su lado.

—¿Dónde está mi esposa? —le preguntó, mientras le entregaba también su maletín.

—En el saloncito, señor Everett, junto a su hijo —respondió Conrad.

El señor de la casa asintió y se dirigió hacia la luminosa y amplia estancia tras atravesar el vestíbulo. Enseguida divisó a su mujer, que leía mientras su hijo jugaba sobre una de las mullidas alfombras con motivos vegetales.

—Buenas tardes, querida —dijo, sin poder evitar sonreír al observar a Adrien jugando embelesado con sus soldados de plomo.

La hermosa mujer levantó la cabeza y le miró con afecto, a la vez que el niño corría hacia los brazos del elegante caballero.

—¡Padre!

—Hola, pequeño. ¿Has cuidado bien de tu madre como te pedí? —le

preguntó, haciéndole sentirse todo un hombre.

El niño asintió, mirándole muy serio con sus ojos claros.

—Claro que sí. He cuidado muy bien de ella tal y como le prometí, padre. Ya tengo cinco años —repuso, orgulloso.

Aaron le revolvió el cabello.

—Así me gusta, que cuides bien de ella y de tu hermanito.

Elinore hizo una mueca y dejó el libro reposando sobre su regazo.

—Tengo el presentimiento de que será una niña esta vez —afirmó con rotundidad.

—O puede que sean dos, tal y como aquella vieja vaticinó durante nuestra luna de miel en Europa —repuso Aaron con un guiño.

—Sería bonito —opinó Elinore, a la vez que acariciaba su vientre con suavidad sobre la gasa blanca del vestido—. Tres pequeños correteando por aquí.

—¿Dos hermanitas? —intervino Adrien con energía, descendiendo ya por las piernas de su padre y comenzando a dar vueltas por el salón—. ¡Será muy divertido!

Aaron asintió mientras desviaba su mirada hacia la puerta, donde acababa de aparecer una doncella con uniforme blanco y azul.

—Señor Everett, es la hora de la merienda del señorito Adrien —anunció, con las manos juntas sobre el delantal immaculado—. Constance lo espera en el comedor.

Adrien corrió hacia ella y se despidió de sus padres con solemnidad. Después, desapareció tras las puertas dobles decoradas con hermosas vidrieras.

—¿Cómo va la compra de los terrenos? —dijo Elinore mientras su esposo caminaba hacia el ventanal tras darle un casto beso en la mejilla. Se quedó de espaldas a ella, observando el hermoso jardín. Dos de sus hombres podaban los setos y otro apilaba las ramas a un lado del sendero de gravilla blanca, junto a los arriates de verbenas y siemprevivas.

—No quisiera que te preocupases por temas de negocios, pues nada debe perturbar tu paz en estos momentos. Déjalo todo en mis manos —respondió pensativo, mesando su barba oscura con los dedos. Nathan le había asegurado que todo transcurriría con absoluta normalidad, aunque, si era sincero consigo mismo, él no le había creído. Tratándose de aquel malnacido que siempre competía con él en cada negocio que emprendía, todo era posible.

En el amor y en la guerra todo valía, por ello Aaron había salido victorioso de su último enfrentamiento. Aunque lo había hecho con las manos manchadas por unas tretas no demasiado claras y que le habían acarreado algunos problemas de conciencia y con su esposa, cuya bondad no entendía de traiciones ni de enredos. Al fin y al cabo, la mujer de aquel hombre, su peor enemigo hasta la fecha, había sido una buena amiga durante años.

—¿Sería mucho pedir que no volvieras a enfrentarte a él? Estoy harta de callar cada vez que veo a Lily. ¿Es que no podéis dejar de hacer de los negocios algo personal? —dijo Elinore, realmente preocupada por aquella situación.

—Esta será la última vez, te lo prometo —repuso él a la vez que se giraba para mirarla. Nathan le había advertido también sobre las elaboradas venganzas que aquel desgraciado sin escrúpulos perpetraba contra sus enemigos, que no solían salir impunes tras sus afrentas.

A Aaron se le erizó el vello de la nuca bajo el caro tejido de su camisa y en aquel momento temió por Elinore y por Adrien. Debía dejar de competir con ese hombre o todos terminarían enfrentados en una absurda guerra, o aún peor. Sacudió la cabeza e intentó apartar aquellos oscuros pensamientos de su mente. Tan solo pensar en que alguien pudiera hacer daño a su esposa e hijo le provocaba verdadero pavor.

—Voy a comprar un automóvil, Elinore. He hablado con Albert y se ha alegrado mucho. Dice que así podremos hacer escapadas más a menudo con Claire y con él —afirmó, tratando de cambiar de tema—. ¿Qué te parece?

—Eso me gustaría mucho.

Adrien apuró el vaso de leche y engulló a toda velocidad el último pedacito de pastel para poder ir a jugar. Ni siquiera se limpió las comisuras de los labios tal y como Constance le rogaba que hiciera, pues hacía unos minutos que había desaparecido en la despensa con la excusa de traerle más leche y aún no había regresado.

«No puede reñirme si no me ve», pensó el pequeño con una sonrisa en los labios pegajosos por el azúcar de la merienda. Miró a su alrededor y constató que no había nadie en los alrededores, ni Conrad ni la besucona de Prudie. Ningún empleado parecía estar cerca. Se deslizó y sus pies aterrizaron sobre la alfombra sin ruido, percatándose por vez primera en la mirada de reprobación de su abuela, que lo miraba fijamente desde el retrato que presidía el comedor. Sentada en su sillón con las manos en el regazo y ataviada con un deprimente vestido negro parecía un enorme cuervo de mofletes inflados. Le dirigió una mueca que le hubiese acarreado una buena reprimenda de su nodriza y avanzó hacia la cocina cuidando de no ser visto.

En la estancia no había nadie. Aún era pronto para preparar la cena, de modo que Prudie estaría en su cuarto, dormitando. Adrien escuchó un ruido procedente del exterior y la curiosidad le abrumó. ¿Estaría la señorita Constance escondida para que él jugara a encontrarla?

Salió al jardín y divisó una azada en el suelo. ¿La habría perdido algún jardinero? Había también unas tijeras de podar, y el pequeño las cogió. Cortó dos ramitas del frondoso seto que delineaba el sendero y observó las hojas que cayeron al suelo.

—¿Señorita Constance? —musitó, con expresión preocupada.

Un ruido no muy lejos llamó su atención. Se giró y se quedó muy quieto, con la frente fruncida bajo el sol y los pies clavados en la gravilla blanca. Lo escuchó de nuevo, algo parecido a un siseo, unas voces amortiguadas. Dejó las tijeras donde las había hallado y caminó en la dirección de los sonidos.

Se quedó boquiabierto. Constance besaba a uno de los jardineros, un hombre negro llamado Sam. Adrien había hablado con él en alguna ocasión. La joven abrazaba su cuello mientras una de las manos de él se colaba bajo su blusa.

—¿Constance? ¿Te encuentras bien? —balbució el muchacho, preocupado al escuchar los gemidos de la mujer.

Ella se volvió conmocionada, con las mejillas encendidas.

—¿Señorito Adrien? ¿Qué está haciendo... aquí? —musitó Constance mientras alisaba la tela de su vestido e intentaba recomponerse el peinado, sin demasiado éxito—. Le pedí que me esperase en el comedor.

Le miraba con temor y vergüenza. Si su señor llegara a saber de aquella relación no dudaría en ponerlos a ambos de patitas en la calle, y necesitaban el empleo.

—Pero tardabas mucho —se excusó el niño, con una mueca. Dio una patada a las piedrecillas y la miró con el semblante oscurecido—. Había terminado el pastel y quería decirte que me apetecía otro pedazo. — Adrien miró entonces hacia el joven, que vestía pantalón y chaleco oscuros sobre una vieja camisa.

Sam le miraba sin dar crédito. Su impetuosidad a punto había estado de costarles un disgusto, de haber sido otra persona la que los hubiera sorprendido.

Los tres permanecieron durante unos instantes en silencio, con el canto de las aves como único acompañamiento.

—Sam, te he cogido tus tijeras, espero que no te moleste. Quería probar a recortar el seto. Me gustaría hacer figuras tan bien como tú — repuso Adrien con picardía.

—Eso es peligroso. Pero si quiere puedo enseñarle los nombres de las plantas —contestó el jardinero, enviándole a Constance una mirada de complicidad.

El niño asintió.

—¡Estupendo!

Adrien tomó de la mano a Sam mientras Constance los observaba con alivio. Debían ser más cuidadosos en el futuro.

Seis meses después

Adrien buscó a Sam con la mirada a través de las cristaleras del salón grande y enseguida lo vislumbró, arreglando los arbustos de uno de los

parterres junto al porche. Dio la vuelta por detrás de los cómodos sofás y atravesó el porche a toda velocidad.

—¡Hola, Sam! —saludó con energía, y no dudó en reunirse con él.

—Hola, señorito Adrien —respondió el jardinero de forma afectuosa. Llevaba meses ayudándole a su manera en sus tareas, aprovechando los momentos en los que la señora Everett atendía a las gemelas, de pocos meses de edad. Le había enseñado los diferentes tipos de flores que alegraban los rincones del jardín, hasta la linde misma de la plantación algodonera.

—¿Estás arreglando las clematis?

Sam sonrió y miró al despierto muchachito desde debajo de su enorme sombrero claro.

—Sí. Me vendría estupendamente un poco de ayuda —dijo el hombre, acercándole a Adrien un par de guantes que tenía para él en el bolsillo de sus viejos pantalones.

—Pues no se hable más —repuso Adrien con una enorme sonrisa en los labios, sin dejar de observar las flores violetas que llenaban el parterre con sus preciosos tonos violeta y blanco.

—Y dígame, ¿cómo están sus hermanas, señorito Adrien?

—Oh, bien. Pero son muy pequeñas. Yo pensé que podría jugar con ellas nada más que nacieran, pero solo saben llorar y dormir —reveló el niño con un gracioso gesto en los labios.

—Debe darles un poco de tiempo —respondió Sam con su característica tranquilidad.

—¿Como a las plantas?

Sam asintió.

—Igual que a las plantas. Deberá tener paciencia con la señorita Margaret y la señorita Virginia.

—Tendré paciencia —afirmó Adrien entonces, con las manos hundidas en el esponjoso sustrato.

Largo rato después, Constance se dirigió al jardín en busca del pequeño. Observó a Sam charlando con él y no pudo evitar sonreír. Aquel hombre era maravilloso.

—Es la hora de merendar, señorito Adrien —advirtió con los brazos en jarras sobre el delantal color azul cielo. El corazón le palpitó con fuerza cuando Sam le dirigió una mirada de complicidad, y tuvo que contener el impulso de acercarse para besarlo—. Su madre lo estará buscando.

—Me tengo que ir, Sam. Ya sabes que a madre no le gusta que te ayude a cuidar las plantas —dijo con expresión de fastidio. Se quitó los guantes y se los devolvió con pesar—. Gracias.

—No hay de qué, señorito Adrien. Ha sido un placer compartir tiempo con usted. Mañana podemos seguir si gusta.

—Adiós.

Le dio la mano a Constance y la acompañó al interior de la mansión, no

sin antes dirigir una última mirada hacia el jardinero, que observaba a su nodriza con un brillo especial en los ojos.

5 de diciembre de 1905

Sam recogió las herramientas y las guardó en el cobertizo. Tomó la chaqueta y se caló su vieja gorra. La tarde era fría y el viento arreciaba como si se avecinara una tempestad. No tardaría en llover.

Estaba a punto de salir cuando escuchó voces. Alguien trataba de explicarse entre siseos que subían y bajaban de tono. Se colocó tras la puerta y escudriñó entre las tablas añejas. Parecían dos de las criadas que atendían las dependencias de los señores. Sí, eran Roxanne y Martha, que cuchicheaban muy excitadas. Sam empujó la puerta y ellas enmudecieron al instante.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Martha apretó los gruesos labios y enjugó una gota de sudor que había escapado de su gorrito blanco, que hacía destacar aún más su piel oscura. Había acudido corriendo para desvelarle la desafortunada verdad a su compañera de fatigas, y apenas había recuperado el resuello.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó el jardinero con la frente fruncida. La criada miró con aprensión hacia la casona y él hizo lo mismo—. ¿El señorito Adrien está bien?

Las dos criadas asintieron con celeridad.

—Sí, sí, el señorito Adrien se encuentra bien —musitó Martha, mientras Roxanne restregaba sus manos con nerviosismo.

—¿Me vais a decir qué es lo que ocurre, par de negras chismosas?

Martha miró hacia el cielo y se santiguó sobre su uniforme sin una sola mancha.

—La desgracia se cierne sobre esta casa, Sam. La familia Everett está condenada —dijo entre susurros.

Los ojos oscuros de Sam se abrieron con estupor.

—¿Qué disparate es ese?

—Ningún disparate, Sam. El servicio entero sabe que esta noche debe ausentarse tras la cena, pues la furia divina caerá sobre los Everett en claro castigo por sus pecados. Y caerá también sobre cualquiera que les alerte de esta situación —dijo la criada con los ojos casi cerrados e inclinada sobre sí misma—. Tal y como Dios nuestro Señor le reveló a Abraham que destruiría Sodoma por medio de fuego y azufre, así destruirá estas tierras y arrasará todo lo que encuentre a su paso, purificando cada rincón.

Un escalofrío recorrió la espalda del jardinero, que miró hacia la mansión. Debía avisar a su señor cuanto antes. No permitiría que nadie infligiera daño alguno al señorito Adrien y a las gemelas.

—Hay que alertar al señor Everett. Yo mismo me encargaré de hacerle llegar la noticia para que tome las medidas pertinentes.

Pero justo cuando iba a darse la vuelta para acudir al despacho del señor, algo le golpeó la cabeza. Lo último que vio fue unos viejos zapatos, demasiado grandes para los pies que los calzaban. Escuchó una plegaria de labios de Martha y se desvaneció.

Sam abrió los ojos y un latigazo en el cuello se encargó de recordarle que alguien le había atizado bien. Se movió ligeramente y se palpó la frente. Ya era noche cerrada.

La cabeza le estallaba de dolor, pero el sonido de las cadenas llamó su atención y dejó de concentrarse en su malestar por un instante. Estaba encadenado en el cobertizo, junto a sus herramientas de trabajo. Quienquiera que fuera el que había orquestado todo aquel asunto se había encargado de no dejar cabos sueltos. Agitó las manos y solo consiguió que las negras cadenas se agitasen removiendo la tierra bajo su cuerpo.

—Oh, Dios mío, si en verdad eres misericordioso permíteme que auxilie al pequeño Adrien y a su familia. No consientas que esas personas pierdan la vida esta noche, te lo ruego —rezó, con los ojos brillantes.

Pensó en Constance. ¿Sabría ella algo de lo que estaba a punto de suceder? No. De haberlo sabido se lo habría revelado. Un alma buena como ella no permitiría que algo así sucediera a aquellos niños, ni tampoco a los señores Everett.

Se acarició las sienes, intentando recobrar algo de calma que le impidiera pensar con claridad. Y entonces vio la pala. No estaba lejos, si se estiraba lo suficiente tal vez podría alcanzarla y de ese modo liberar sus muñecas. Debía conseguirlo.

De repente, el olor picante del humo le llegó hasta las fosas nasales, dejándolo petrificado.

«Ya ha empezado», pensó con amargura.

El frío de la noche había dejado sus miembros casi insensibles, como si estuvieran hechos de madera. Movié todo su cuerpo para obligar a la sangre a circular de nuevo por sus venas, para desentumecer sus músculos. Necesitaría de todos y cada uno de ellos para acometer la empresa que tenía entre manos.

Estiró las piernas cuanto pudo, hasta casi descoyuntarse las caderas. Casi la tenía. Un poco más y sería suya.

Resopló como un animal enjaulado, y una gruesa gota de sudor se deslizó por los surcos de su frente. La tenía. Ahora solo tenía que arrastrarla hasta él, cosa que le llevó más tiempo del que hubiera deseado.

Una vez la tuvo entre sus manos, comenzó a golpear con saña las cadenas. Apenas tenía juego por el escaso movimiento que le permitían los grilletes, pero no desfalleció.

Golpe.

Golpe.

Golpe.

Y las cadenas que resistían cada envite.

—¡Maldición! —gruñó el jardinero, jadeando como si estuviese huyendo de alguien.

—¿Sam?

—¿Constance?

La nodriza abrió la puerta del cobertizo y se arrojó en los brazos del hombre, que daba gracias a Dios por la fortuna que había derramado sobre ellos. Tenía que llegar a tiempo de salvar al pequeño.

—Hay que romper las cadenas. ¡Rápido! ¡No hay tiempo!

Constance no contestó. Se limitó a coger el hacha, medio oculta entre tinieblas, y a golpear con ella sobre el metal. El golpe resonó en la estancia y la joven cerró los ojos, horrorizada por el temor de haberle causado algún daño a su amado. No podría soportar haberle herido. Cuando los abrió, Sam asestaba un golpe a la otra cadena con la pala y la miraba agradecido.

Los dos se fundieron en un abrazo y se miraron después con una profunda tristeza.

—Debo intentarlo —dijo él solamente, y ella asintió con pesar.

Corrieron hacia la casa, que estaba envuelta en llamas, convirtiendo la noche en día.

—Aguarda aquí —ordenó Sam, justo antes de escabullirse arropado por las luces y las sombras que parecían un monstruo a punto de engullirle.

El pasillo donde se ubicaba el despacho del señor Everett era un auténtico infierno, y el jardinero avanzó prácticamente a tientas, con el calor lamiendo su piel y arrancándole gemidos de dolor. Avanzó escaleras arriba, cegado por el terror de lo que podía hallar al llegar a su destino. Las llamas lamían las paredes, arrasándolo todo a su paso, ávidas de más cuerpos que consumir.

Sam no veía nada, y no escuchaba más que los crujidos del gigante anaranjado que calcinaba sin distinciones, como lava de un volcán ardiente. Por fin, tras lo que le pareció una eternidad, halló la puerta que buscaba.

Se abalanzó sobre la madera y se precipitó al interior, gritando el nombre del pequeño Adrien. Solo acertó a ver un bulto junto a la ventana y, alargando el brazo, cargó con él como si se tratara de una pluma.

Tenía que sobrevivir.

Debía hacerlo.

6

Washington, mayo de 2016

Nora cerró la puerta del lujoso *loft* que compartía con David y se apoyó contra ella, aún con los ojos enrojecidos. Allí dentro el silencio era total.

¿Qué había hecho? Se había despedido del trabajo que había constituido la razón de su existir durante los últimos tres años y se sentía como si fuese una planta a la que hubiesen arrancado de raíz de su maceta. Dejó con cuidado la caja con sus pertenencias en el suelo y suspiró con fuerza.

Se sentía estúpida, engañada y estúpida. Y sobre todo estúpida, estúpida, estúpida. Confiar en la palabra de Richard había sido la peor decisión de toda su vida. Sí, señor. Aquel hombre no era más que un gusano egocéntrico y, para más señas, machista.

Le dieron ganas de gritar su rabia, patalear, golpear la pared. Pero se resistió. En lugar de eso se deshizo de sus zapatos, sacó una tarrina de helado del congelador y llamó a Bridget.

—Me llamas en un mal momento. Estoy a punto de comenzar una sesión de fotografías —respondió sin saludarla siquiera—. ¿Quieres que te felicite por tu ascenso? —Y rio como si se tratara de un dibujo animado que acaba de cometer una travesura.

—Me he largado de Wilkins and Co.

—¿Es una broma? —soltó Bridget, escandalizada.

—Por el amor de Dios, jamás bromearía con algo así. ¿Crees que lo haría?

Se hizo el silencio al otro lado.

—Le han concedido el ascenso a Caleb Martin, el nuevo. *Mi* ascenso —añadió Nora con ganas de llorar de nuevo.

—¿Qué? —rugió Bridget sin dar crédito—. ¡Ese Richard es un cabronazo! No puede...

—Según él, entre hombres se entienden mejor.

—Cariño, en dos días estaré de vuelta en Washington y seré toda tuya. Despellejaremos a tu jefe si es preciso.

Nora asintió compungida.

—Gracias, Bridget. No quiero interrumpir más tu trabajo. Hablaremos por la noche, si quieres.

—Claro que sí. Te llamaré cuando llegue al hotel.

—Adiós, amiga.

Nora dejó el teléfono sobre la moderna mesita de metacrilato, abrió la

tarrina de helado de cacao con trocitos de bizcocho de chocolate y hundió la cuchara en el delicioso contenido. Se recostó y se dedicó a degustar aquel manjar en un intento de enterrar sus penas por un rato.

—Cariño, ya estoy en casa —dijo David, a la vez que dejaba su maletín sobre el mueble del vestíbulo.

—Estoy en la cocina —respondió con desgana Nora.

—¿Cómo ha ido tu día? —preguntó el abogado tras darle un beso a su novia. Después se sentó en uno de los taburetes de la barra y observó a Nora, que terminaba de aliñar una ensalada.

—Estupendamente. Me he despedido de Wilkins and Co. —repuso ella con desagrado. Apretó los dientes y aguardó una reacción por parte de David, que no se hizo esperar. Este abrió los ojos como platos y la miró como si estuviera ante una desequilibrada.

—¿Bromeas?

—¿Por qué todos os empeñáis en que estoy de broma? Jamás bromearía con esto, David —añadió ella, molesta. Colocó el bol con la mezcla de lechugas y tomate y después se dejó caer sobre el otro taburete—. Richard no me estaba esperando para concederme el ascenso por el que tanto había luchado. Por el contrario, estaba reunido con Caleb Martin cuando llegué a la oficina esta mañana, informándole de que él va a ser el nuevo director financiero. ¿Qué te parece? ¿Genial, verdad? A mí también —resopló, justo antes de enterrar la cara entre las manos, con los codos bien apoyados sobre la encimera negra de diseño.

—Nora, no sé qué decirte. Te merecías ese ascenso —musitó David, compungido. Se acercó a ella y acarició su espalda con suavidad—. Mañana mismo hablaré con ese necio, seguro que...

—De eso nada. Lleva toda la tarde llamándome al móvil y no ha contestado. No quiero saber nada que tenga que ver con ese tío, te aseguro que si lo veo sentiré náuseas. ¿Sabes lo que me dijo, el muy desgraciado? Que le había concedido el ascenso a Martin porque era un hombre y que entre vosotros os entendéis mejor —soltó, arrugando el entrecejo—. Así que mi problema es haber nacido mujer, fíjate.

Nora se puso de pie y colocó dos platos sobre los manteles individuales de bambú trenzado sin decir una sola palabra más. Sirvió un poco de ensalada en cada uno y se dejó caer sobre el taburete.

—Tienes mucho talento, Nora. Encontrarás otro trabajo en el que te valoren como mereces, estoy seguro.

Ella asintió.

—Richard no es más que un patán y no merece ni uno solo de tus desvelos, ¿me oyes? No quiero que te preocupes más por eso. Y ahora, abramos esa botella de vino que nos regaló Bridget.

Richard llamó incontables veces durante los días siguientes al teléfono de Nora y su secretaria le dejó varios mensajes de su parte en el buzón de voz. Quería hablar con ella en su despacho, y le rogó que no se dejara llevar por sus emociones (sí, las emociones femeninas que tanto le molestaban). También dijo algo relativo al valor que poseía para la empresa y otras estupideces por el estilo. Nora ni siquiera terminó de escuchar el segundo de los mensajes, y finalmente decidió ignorar las llamadas y lo demás.

David se marchaba cada día temprano al bufete, de modo que Nora se quedaba en casa sin nada que hacer salvo lamentarse por su situación. Annie le había pedido que fuera a visitarla a su apartamento para hablar acerca de lo sucedido, y le había repetido que aquel era el momento de hacer una pausa en su ajetreada vida y escaparse a casa de Christa. Tanto insistió que Nora no tuvo más remedio que aceptar. ¿Qué ganaba con permanecer en Washington, lamentándose por su estado laboral? David estaba sumergido en sus asuntos y ni siquiera podría verlo durante el tiempo que se prolongase el asunto de los McAdams. Era absurdo continuar allí. De modo que el viernes abrió su portátil y buscó vuelos a Brasil, ese gigante desconocido que tantas veces había protagonizado las historias de Annie. No tardó en encontrar dos billetes para el día siguiente y llamó enseguida a su tía abuela para comunicárselo. No podía verla desde su *loft*, pero la imaginaba con una sonrisa de oreja a oreja. Al fin había conseguido llevársela con ella a su tierra natal.

Esa misma tarde preparó la maleta y después encargó comida china para cenar. David no llegó muy tarde, cosa rara en los últimos tiempos, y los dos cenaron en un ambiente enrarecido.

—¿Te ocurre algo, Nora?

Ella sacudió la cabeza.

—Me siento extraña sin un lugar al que dirigirme mañana temprano, sin tener que consultar mi agenda, sin que el teléfono suene cada cinco minutos para sobresaltarme —repuso ella mientras terminaba sus fideos salteados.

—¿Estás segura de que quieres viajar justo ahora? Dentro de dos meses nos iremos a las Seychelles, algo que no es comparable a meterte en la vieja casa familiar, entre recuerdos cubiertos de polvo —dijo arrugando la nariz—. Imagina nuestra habitación de hotel, situada sobre el agua turquesa. Serán unos días para desconectar de todo.

Nora le miró con expresión severa.

—Christa es una mujer maravillosa, y Ruby no se queda atrás. Me encantaría ver a las tres hermanas reunidas. Annie tiene razón, y es posible que esta sea la última vez. Además, me gustaría conocer la casa familiar de la que tanto me han hablado y el lugar que vio nacer a mi abuela Karen.

—Bien —respondió él de mala gana—. ¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte?

—No lo sé, solo he comprado los billetes de ida. Sé que Annie desea pasar una temporada junto a sus hermanas, y puesto que tú estás inmerso en el proceso McAdams, no creo que regresemos antes de un mes. Creo que me hará bien alejarme de Richard y de todo lo demás, por salud mental. Así pondré en orden mis ideas y al volver me replantearé cuál es el mejor camino para mi futuro laboral.

—Si quieres puedo hablar con Robert, sabes que tiene muchos contactos. Ser el dueño de uno de los más importantes bufetes de Washington hace que muchos hombres influyentes te deban favores, ya sabes —añadió con un trozo de rollito de primavera trabado entre los palillos.

—Te lo agradezco, pero me las arreglaré sola. Al regresar tocaré algunas puertas y empezaré a hablar con gente. Pero ahora lo único que quiero es olvidarme de todo.

—Te echaré de menos —musitó David.

—Ni siquiera tendrás tiempo de hacer tal cosa, no con tu ritmo de vida actual.

Nora le miró de reojo y se preguntó cuánto tiempo llevarían así. Mientras ella trabajaba apenas se daba cuenta de las ausencias cada vez más prolongadas de David. Ella misma se había visto obligada a viajar mucho durante el último año, y vivía con el convencimiento de que si hubiera podido quedarse más tiempo en la ciudad todo marcharía mejor. Pero ahora que llevaba unos días en casa se había dado cuenta de que apenas había nada que la conectara con David. Se veían para cenar, a veces ni eso, puesto que él a menudo comía algo rápido en el bufete y continuaba trabajando hasta muy tarde. ¿A eso se refería Annie cuando le hablaba de ralentizar su ritmo de vida? Pero si los momentos en los que estaban juntos tampoco había mucho de lo que hablar aparte del trabajo. Y su corazón hacía tiempo que no latía con fuerza al verlo, ni se aceleraba cuando la besaba. La magia había desaparecido y ella no se había percatado de ello, sumida como estaba en su acelerada existencia.

Suspiró y apuró el postre. Tal vez sus sensaciones fueran tan solo causadas por el estrés vivido durante los últimos días. Quizás su subconsciente lo estaba inventando todo, y David viera las cosas de forma diferente. Rogó para que así fuera. Para que al regresar todo fuese de nuevo como la seda entre ellos.

Una voz de mujer anunció un vuelo por la megafonía del aeropuerto justo cuando Nora y Annie accedieron a su avión por la puerta de embarque.

—Estoy impaciente por llegar a casa —dijo Annie, ya acomodada en su asiento de clase *business*.

Nora no había escatimado en gastos. Aquel viaje era su regalo para ella, que tanto la había cuidado durante años, y quería que sus traslados

fuesen lo más cómodos posible. Tendrían que hacer escala en São Paulo para coger sus vuelos a Belém, primero, y a Macapá, después. Allí buscarían un transporte que las llevara hasta Laranjal do Jari y más tarde hasta el apartado paraje en el que se encontraba la casa familiar. Ella apenas había visto una docena de fotos en las que aparecían su abuela y sus hermanas, y alguna en la que estaban retratados sus bisabuelos. La verdad era que conocía muy pocos detalles de sus años en tierras brasileñas. Su abuela, Annie y Ruby habían viajado para estudiar en los Estados Unidos y allí se habían quedado. Allí su abuela Karen había conocido a su gran amor, Albert Ashford, y también en ese país habían nacido tanto sus hijos Albert y Jack, como Frank, padre de Nora.

—Lo comprendo —repuso Nora con una sonrisa mientras se ajustaba el cinturón.

—Tengo tantas ganas de volver a ver a Ruby y a Christa... ¿La casa seguirá igual que cuando me marché hace sesenta y tres años? Ahora, desde la perspectiva que proporciona mi edad, me parece increíble no haber regresado antes al hogar que me vio nacer y en el que pasé diecisiete años de mi vida. El hogar en el que Christa se quedó para hacer su vida. —Suspiró con fuerza y después miró por la ventanilla del avión con la mente muy lejos de allí—. Tal vez las cosas no hayan cambiado tanto.

—¿Por qué nunca os habéis reunido todas en la casa familiar? Siempre lo habéis hecho en tu casa, en la de Ruby en Carolina del Sur o en la de la abuela cuando vivía. ¿Por qué?

—Supongo que todas teníamos nuestras razones. Demasiados recuerdos agridulces, tal vez —reveló ella con un halo de misterio—. Pasaron tantas cosas entre aquellos muros que en ocasiones podías sentir cómo te contagiaban su pesadumbre y parte de sus oscuros secretos.

—¿Secretos? ¿De qué estás hablando? —preguntó Nora con curiosidad—. Pensé que te habías marchado de Brasil para estudiar y que después habías encontrado trabajo en los Estados Unidos, igual que Ruby y que la abuela.

—No es tan simple como eso, pero a grandes rasgos es así.

—¿Entonces? —continuó indagando Nora, que se había quedado con cara de póquer.

—Dame tiempo, te lo contaré todo una vez instaladas en casa. Debes tener paciencia, tal vez este viaje te desvele cosas de tu abuela o de cualquiera de nosotras que ni siquiera intuías. Estoy segura de que te servirá también para conocer mejor a tus bisabuelos. Vivieron una relación tan tormentosa como apasionada.

—¿Sí? ¿Y por qué nunca me lo habías contado?

—Todo a su debido tiempo, Nora, todo a su debido tiempo. No te adelantes a los acontecimientos. He hablado con Ruby y con Christa y las dos están a favor de contarte los entresijos de la historia familiar de los

Everett, una trayectoria con intrincados secretos y elaboradas venganzas, amor y dolor a partes iguales.

—Hoy estás especialmente misteriosa, Annie —se resignó Nora con una mueca, y estiró el cuello para observar la pista a través de la ventanilla—. Pero eso no ha servido más que para avivar mi curiosidad, lo reconozco. Todo eso de los secretos familiares y demás me ha descolocado. Pensaba que proveníamos de una familia de lo más común, no que nuestros antepasados habían tenido vidas épicas.

—Nuestras acciones siempre tienen consecuencias, Nora, y en ocasiones traspasan la frontera de las sucesivas generaciones. También las tuvieron las de nuestros antepasados, algunas irreparables, me temo.

—¿Consecuencias irreparables? ¿De qué estás hablando, Annie? —preguntó Nora, que cada vez comprendía menos lo que su tía abuela le estaba diciendo. ¿Acaso había enloquecido?—. No hablarás de alguna de tus novelas, ¿verdad? ¿Estás intentando confundirme?

Annie movió la cabeza a un lado y a otro con lentitud.

—La estancia en Brasil no te defraudará, te lo aseguro —aseveró con una amplia sonrisa mientras observaba a las azafatas ultimar los detalles para el vuelo—. Ponte cómoda y disfruta de tu viaje en el más amplio sentido de la palabra.

Charleston, 5 de mayo de 1929

Millicent Wells se apresuró para no llegar tarde a su cita en la librería de King Street. El señor Bell la había llamado esa misma mañana para anticiparle que aquella sería una agradable velada. La revista que publicaba sus relatos había convocado a una gran cantidad de lectores que la escucharían con avidez, y también podría promocionar su novela.

Esperó a que un Cadillac Phaeton negro immaculado pasara ante ella y cruzó la calle adoquinada justo delante de una de las joyerías que poseían los padres de su gran amiga Amanda Kate Peterson. Se ajustó el sombrero y entró en el establecimiento, que vendía libros desde hacía tres generaciones.

—Señor Bell, buenas tardes —saludó mientras hacía sonar la campanilla de la puerta, que tintineó durante unos instantes hasta detenerse. El olor a libros nuevos y a otros que llevaban décadas en aquellas estanterías de gruesa madera deleitó los sentidos de la dama, que sonrió agradecida por la oportunidad de reunirse con sus lectores.

—Señorita Wells, bienvenida —murmuró el hombrecillo de baja estatura y elevado peso. Agitó la mano en el aire para apremiarla a entrar y señaló hacia la parte trasera de la tienda—. Los lectores aguardan, le ruego que no les haga esperar —dijo mientras la miraba desde detrás de sus anteojos redondos. Pasó la mano por la coronilla desprovista de cabello y después repitió el gesto para que su invitada se dirigiera al lugar del encuentro.

—Oh, desde luego que no lo haré —repuso ella con una amplia sonrisa—. Es un honor para mí que me haya invitado a este encuentro en su establecimiento, señor Bell—. Buenas tardes a todos. Soy Millicent Wells —se apresuró a decir con el corazón palpitante ante la gran cantidad de personas que aguardaban en la parte trasera de la tienda. Se sentó y comenzó su charla, que se prolongó durante casi una hora.

Tras firmar varios ejemplares de su novela al fin se levantó y se acercó para agradecer al librero la confianza depositada en ella. Los dos se habían quedado solos, cosa de agradecer tras tanto murmullo.

—Señor Bell, ha sido un placer asistir a este encuentro con mis lectores. Podemos repetirlo en el futuro, si usted lo tiene a bien —dijo, ya con su sombrero en la mano.

El hombrecillo estaba a punto de responder algo cuando la campanilla de la puerta captó su atención. La dama también se giró. Un caballero

vestido con traje marrón, corbata a juego con pequeños rombos y camisa blanca los miraba desde la puerta. Sus ojos azules se quedaron fijos en los de Millicent, que sintió los latidos acelerados de su corazón golpeándole en las sienes.

—Buenas tardes —saludó a la vez que se despojaba de su sombrero gris. Su espeso cabello castaño, peinado cuidadosamente con la raya a un lado, se enroscaba de forma rebelde en la nuca.

—Buenas tardes, caballero. ¿En qué puedo ayudarle? —repuso de inmediato el señor Bell.

—Pues verá, busco un libro para hacer un regalo a una mujer muy querida para mí. Tal vez un libro de viajes o una novela, no lo sé. Esperaba que pudieran ayudarme en mi elección.

—En ese caso puede que mi invitada de hoy pueda auxiliarle. Es una escritora reconocida, en especial gracias a su última novela, *Cantos del sur* —reveló satisfecho el librero, sacando pecho—. Le presento a Millicent Wells.

El caballero se acercó a ella y le estrechó la mano sin dejar de mirarla a los ojos ni un solo instante. Observó fascinado sus delicados rasgos: el cabello claro y ondulado que rozaba sus hombros, los labios carnosos, la frente despejada.

—Señorita Wells, un placer conocerla. Soy Adrien Everett.

Una descarga recorrió el cuerpo de Millicent y la sangre se agolpó en tromba en sus mejillas. Aquel hombre la turbaba sobremanera.

—Es un placer para mí también, señor Everett. Si gusta, puedo firmarle mi novela, si finalmente decide comprársela a esa mujer tan querida —repuso ella sin poder dejar de sonreír.

—Se lo agradecería.

—Por aquí, por favor —indicó el señor Bell, conduciéndoles hacia la parte trasera de la tienda donde había tenido lugar la pequeña recepción. En ese momento la campanilla de la puerta sonó de nuevo, y el librero los dejó a solas con una disculpa.

—¿Qué nombre escribo en la dedicatoria? —preguntó Millicent mientras tomaba una de sus novelas del montón que aún había sobre la mesita. Empuñó la pluma y se sentó, sin atreverse a mirarlo de nuevo. Había algo en él que la atraía de forma irresistible. Su mano tembló levemente cuando apoyó el instrumento de escritura sobre la hoja de papel.

—Claire Higgins —respondió él, con una mano sobre la mesa.

Millicent la miró de reojo y se preguntó qué sentiría si aquella mano le acariciaba el rostro. Se sonrojó y hubo de respirar hondo para recuperar la compostura. Al fin y al cabo aquel hombre estaba comprando un libro para una mujer, de modo que ella no debía imaginar necedades.

—Es como una madre para mí, y por desgracia está enferma.

Millicent sintió alivio al escuchar tales palabras de sus labios, y no acertó a comprender sus reacciones. ¿Había sentido celos de una

extraña? Terminó de garabatear la dedicatoria y se puso de pie para entregarle el libro, mejor sería que se despidiera de él cuanto antes.

Pero sus manos se rozaron y sus ojos se tropezaron de nuevo.

—Gracias, señorita Wells.

—No hay de qué. Espero que la señora Higgins se recupere pronto.

Él asintió y se puso el sombrero.

—Se lo agradezco. Le transmitiré sus buenos deseos.

Millicent le observó mientras abandonaba la librería, aunque ella aún se demoró un rato en abandonar el establecimiento. Parecía que sus piernas se negaban a sostenerla, como si aquel encuentro hubiera trastocado todo su equilibrio existencial.

Cuando al fin logró sobreponerse y se despidió del señor Bell salió a la calle como subida en una nube. Con paso lento, tomó el camino hacia casa, sin demasiadas ganas de regresar al hogar.

Esperaba que padre no hubiera descubierto el motivo de su ausencia, de ser así se vería obligada a escuchar su palabrería barata durante toda la cena: las mujeres no debían dedicarse a ninguna tarea fuera del hogar, y mucho menos a pensar y a plasmarlo por escrito. Sí. Se lo había escuchado cientos de veces: sus artículos, sus historias, no eran más que estupideces.

Su cabeza estaba llena de pájaros, su imaginación había funcionado de maravilla desde bien pequeña. Tal vez aquella había sido la única vía de escape que su mente había hallado para soportar la infelicidad que reinaba en su hogar. Madre no era más que una víctima en manos de un hombre sin corazón y sin escrúpulos, y ella una niña no deseada, pues solo su hermano importaba para padre.

Millicent encaró la calle donde se erigía orgullosa la casa de los Wells y, en un arranque de rebeldía, se felicitó mentalmente por el trabajo realizado. Su novela era una gran historia, cargada de emociones y de amor, y nada ni nadie podrían hacerle creer lo contrario.

8

Brasil, junio de 2016

Cuando el avión tomó tierra en São Paulo las dos mujeres estaban exultantes, y así continuaron tras los dos transbordos que realizaron al día siguiente. Recorrían con la vista el arrebatador paisaje de aquel agreste país, que había visto nacer a Annie hacía ochenta años. Empapadas de la belleza de aquellas tierras apenas se dieron cuenta de los trayectos, hasta que llegaron a Laranjal do Jari y buscaron un transporte hacia la casa Everett. Finalmente se vieron obligadas a pernoctar en la ciudad con la intención de partir al día siguiente, pues el viaje era largo y no era conveniente hacerlo a esa hora.

Los caminos de tierra y más frecuentemente de barro hacían que la camioneta se moviera con lentitud para desazón de Annie, que ansiaba el momento de abrazar a Christa. Ruby llegaría en dos o tres días para unirse a ellas.

Nora sacaba de tanto en tanto la cabeza por la ventanilla bajada con intención de refrescarse, porque el calor húmedo y pegajoso de aquella zona dominada por el clima ecuatorial no le daba tregua. Tenía los pantalones cortos pegados a los muslos, y la camiseta de algodón empapada de sudor. Miró hacia Annie y observó que apenas sudaba. Demonios, ¿cómo lo hacía?

—*A casa é aqui, D. Everett*[\[1\]](#) —dijo de repente el chófer de la camioneta.

Nora miró hacia donde el hombre dirigía su mirada, pero no fue capaz de divisar nada entre la exuberante vegetación del lugar. Sin embargo, Annie respondió, con los ojillos brillantes por la emoción:

—*Obrigada*[\[2\]](#), João.

El camino se abrió, dando paso a una explanada, y la vieja casa pareció darles la bienvenida. Sus paredes color ocre contrastaban con las contraventanas pintadas de un verde intenso y su tejado inclinado cubierto de tejas con el verdor del frondoso jardín. Una amplia escalera daba acceso a la puerta principal, flanqueada por maceteros de piedra llenos de campanillas rosas y blancas.

—Ahí está —musitó Annie con la voz entrecortada—, tal y como la recordaba.

La camioneta se detuvo ante la escalera y João le abrió la puerta a Annie, primero, y a Nora, poco después. Se disponía a bajar el equipaje cuando la puerta principal se abrió y salió por ella una mujer tan anciana

como menuda, seguida por un hombrecillo también entrado en años.

—¿Annie?

—¡Christa! —exclamó la escritora, echando a correr hacia su hermana con toda la rapidez que le permitían sus piernas. Por su parte, la otra mujer bajó la escalera a toda velocidad y las dos se fundieron en un abrazo.

—Benditos mis ojos que te ven, hermana querida —dijo Christa, con lágrimas en los ojos. Annie también lloraba, mientras Nora las observaba no menos emocionada. Pagó al conductor y lo despidió con un gesto y un escueto «obrigada», que era lo único que sabía decir en portugués. Después observó a la camioneta abandonar el idílico lugar.

—¿Te acuerdas de Nora? —repuso Annie, mientras enjugaba sus lágrimas con un pañuelo que había extraído de su bolsillo.

—¿Cómo iba a olvidar a una de las nietas de nuestra querida Karen? Aunque debo reconocer que la última vez que la vi no era más que una chiquilla —recordó, con una amplia sonrisa—. Estás preciosa, Nora. Tengo que confesarte que has heredado la belleza de tu abuela, y la de Annie, claro, que para algo son gemelas.

Nora rio y estrechó a Christa.

—Es un placer estar aquí, Christa. A Annie le ha costado convencerme, pero me alegra haber venido al fin —miró hacia la casona, cuyo aire de decadencia no le aportaba sino mayor encanto, y se preguntó qué secretos habrían presenciado aquellas viejas paredes.

—También lo es para mí. Y ahora, pasad, seguro que estaréis cansadas. Es casi la hora de comer.

Ellas asintieron.

—Este es Geraldo, es un tesoro. Sin él hace tiempo que debería haber abandonado este lugar, hay siempre tantas cosas por hacer... —añadió Christa con una mueca.

—Un placer, señoras. Estoy a su entera disposición —saludó el hombre, cuyo cabello y perilla, de un color blanco inmaculado, contrastaban con su piel tostada. Era de baja estatura y de complexión muy delgada, casi como si de un niño se tratase.

Annie agradeció sus palabras con un gesto y todos entraron en la casa, cuyos detalles confirmaban su edad: los muebles de madera oscura, los vetustos personajes de los retratos, las paredes desconchadas en algunos lugares. Incluso el perfume parecía hacer retroceder atrás en el tiempo a los invitados, un olor a libros añejos, a madera vieja y a humedad, mezclado con el almizcle de platos exóticos y aromáticas flores. Los salones se abrían al exterior y eliminaban toda barrera arquitectónica, haciendo del jardín una estancia más de la construcción.

—Es impresionante —reconoció Nora, maravillada, sin poder dejar de mirar a su alrededor.

—Me alegra que te guste. Este fue el hogar de tus bisabuelos —intervino Christa mientras comenzaba a subir las escaleras hacia el piso

superior—, y el nuestro —remató mirando hacia su hermana.

Annie asintió pensativa y respondió, con los ojos brillantes por la emoción:

—Hay muchos recuerdos encerrados entre estas cuatro paredes.

—Por aquí, por favor —dijo Geraldo haciendo una seña con la mano al llegar al pasillo superior—. Sus dormitorios se encuentran en el ala este, es la zona más fresca de la casa.

Annie se quedó en su cuarto y Geraldo le indicó a Nora el suyo justo antes de esfumarse para ultimar la comida. Esta se desnudó y se dio una ducha rápida, no sin antes constatar la grandiosidad del lugar a través de la ventana. Aquella franja de Brasil, fronteriza con la Guayana Francesa, era de una belleza incomparable. Los árboles, de frondosas copas de diferentes tonos de verde, parecían solaparse unos con otros, como si lucharan por el protagonismo. Los arbustos repletos de flores parecían estallar en rosas, blancos y naranjas bajo su ventana, semejando un paraíso.

Nora se puso una camiseta limpia y unos pantalones cortos y bajó a comer a la hora convenida, con los ojos aún empapados de aquella flora exuberante. Disfrutó de una agradable conversación en la que las dos hermanas le contaron anécdotas de su infancia y en la que se pusieron de acuerdo en que el tiempo separadas había sido un tormento, y después se retiraron a sus dormitorios para descansar un rato. Nora se echó en la cama sin intención de dormir, pero despertó casi para la hora de la cena. Se lavó la cara para espantar los últimos vestigios de sueño, se recogió el pelo en una coleta y bajó a toda prisa al comedor, temerosa por si llegaba tarde.

—Disculpad mi tardanza —dijo asomándose al comedor.

Pero allí no había nadie, de modo que decidió dar un paseo. El sol abrasador se estaba ocultando, y Nora lo agradeció. Se dirigía al exterior a través de la casa desierta cuando una voz la sobresaltó.

—*Boa noite.* [3]

Nora se dio la vuelta, con una mueca provocada por la sorpresa.

—Me ha asustado —dijo con una mano en las costillas. Su corazón acelerado amenazaba con salirse del pecho.

—*Não era a minha intenção.* [4]

Era un hombre joven, de unos treinta años, con el cabello rubio oscuro y una amplia sonrisa en los labios. Vestía pantalón caqui con múltiples bolsillos y camisa de manga corta.

—No comprendo...

—No era mi intención asustarte. Eres Nora, ¿verdad? —añadió en inglés con un fuerte acento portugués.

—Sí —respondió ella, todavía con el corazón acelerado. Él se acercó y le estrechó la mano, que sin embargo no consiguió borrar la sorpresa de su rostro.

—Soy Bruno Oliveira, un invitado de la señora Everett. Mi madre y ella

son amigas desde hace años y me alojo aquí de forma temporal, por motivos laborales.

Nora sonrió aliviada.

—Un placer.

—El placer es todo mío —repuso él, sin perder la sonrisa en ningún momento—. ¿Nos veremos en la cena?

Ella asintió.

—Muy bien. Hasta entonces, Nora.

—Hasta entonces, Bruno —musitó ella todavía desconcertada, mientras le observaba subir la escalera de dos en dos peldaños.

—Estaba todo delicioso, Geraldo —dijo Annie mientras levantaba su copa—. Por tan maravilloso cocinero.

Los demás levantaron sus copas y después bebieron a la salud del hombrecillo, que rio entre dientes.

—De modo que has conocido a mi querido Bruno, Nora —repuso Christa, complacida—. Es mi invitado desde hace cuatro meses. Voy a extrañarle mucho cuando termine su trabajo.

Bruno asintió.

—Y yo a usted. Echaré de menos nuestras conversaciones sobre la vida. Sus consejos, sus enseñanzas, todo en general. Es una compañía magnífica —apostilló mientras inclinaba la cabeza sin perder la sonrisa. Levantó su copa y después la acercó a sus labios con lentitud.

—¡Adulador! —bromeó Christa, sacudiendo la mano—. A mi edad, mis conversaciones son un puro aburrimiento.

—No para mí, se lo aseguro.

—Seguro que preferirías conversar con nuestra sobrina nieta, ¿no es así? —añadió la mujer con una pícara sonrisa en los labios.

Su hermana abrió los ojos como si de repente tuviera cincuenta años menos, y Bruno no pudo menos que sonreír también.

—¿A que es preciosa? —Siguió el juego Annie.

—¡Annie! —reprendió Nora, sonrojada.

—Además de inteligente, trabajadora y entregada —continuó enunciando la anciana, con la mirada desviada hacia el maravilloso techo de madera con filigranas.

—Bueno, la cena se ha terminado —anunció Christa poniéndose de pie, al reparar en la incomodidad de su sobrina nieta—. Los jóvenes deben dar un paseo y conversar, y punto final. Las viejas nos vamos a la cama, ¿verdad, Annie?

—Verdad —soltó Annie a la vez que se reunía con su hermana y la tomaba por el brazo—. Buenas noches, Bruno. Buenas noches, Nora.

—Pero bueno... —comenzó Nora, perpleja—. ¿Esto qué es? ¿Una confabulación contra nosotros?

Bruno le hizo un gracioso gesto y observó a las dos hermanas

mientras abandonaban el salón dejándolos a solas.

—Creo que debemos dar un paseo, de lo contrario son capaces de castigarnos como si fuésemos dos mocosos —opinó él, dirigiéndose a la salida—. ¿Vamos?

Nora asintió.

—¿Acaso tenemos otra opción?

Caminaron hacia el jardín, que bajo la luz crepuscular lucía aún más espectacular, y se deleitaron en las diversas formas de la caprichosa naturaleza que reinaba en el lugar.

—Y dime, ¿a qué te dedicas? Christa habló de tu trabajo aquí, y tú también te referiste a tu labor cuando me explicaste el porqué de tu alojamiento en este lugar —comenzó Nora, consciente de que el calor que ella pensaba que disminuiría al anochecer continuaba siendo exactamente igual de sofocante que el que había padecido durante el día.

—Soy ingeniero forestal. En 2015 terminé una maestría en Planificación Energética y Ambiental en la Universidad Federal de Río de Janeiro, donde también he desarrollado trabajos en el área de medioambiente. Aquí desempeño varias labores, como consultor ambiental y como investigador para dos instituciones de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Trabajo principalmente en las áreas de cambio climático, desarrollo sostenible, uso de la tierra, biocombustibles y bosques energéticos.

—Muy interesante —opinó Nora.

—Mis padres viven en São Paulo, de modo que la noticia de que la señora Everett me cedía una habitación en su casa para desarrollar mi labor en la zona fue muy positiva para mí. Mi madre no quería que terminase con mis huesos en cualquier parte, palabras textuales —reveló entre risas.

—Entiendo.

—¿A qué te dedicas tú, Nora?

—Trabajo en una empresa de inversiones. —Se quedó callada por un instante, consciente de que no había dicho toda la verdad—. En Washington. Un trabajo muy interesante —recitó de forma atropellada—. Hacía años que Annie quería traerme aquí, en parte para reunirse con sus hermanas y en parte para que conociera la casa familiar. Y aquí estoy. Debo reconocer que me encuentro un poco fuera de lugar, un poco perdida.

—Pues si es así yo me ofrezco con gusto como guía. Recorro grandes extensiones de terreno por mi trabajo, así que cuando lo desees puedes acompañarme y así conocer la región con tus propios ojos —afirmó mirándola de reojo con las manos en los bolsillos de sus pantalones de sarga caqui—. Te aseguro que no te defraudará. Este lugar es de una belleza sublime.

—Eso me ha dicho Annie, aunque ella lo abandonó hace muchos años. Siempre me repite que esto es un edén —respondió Nora haciendo una

mueca.

—Y lo es. Solo que la explotación maderera, durante siglos sin control alguno, ha hecho mella en el ecosistema. Por fortuna hay personas en el gobierno y en las universidades que están haciendo todo lo posible para que las cosas cambien. Debemos proteger y conservar nuestro legado.

Nora le miró, realmente parecía apasionarle su trabajo. Y por un momento sintió la punzada de la decepción. Decepción por haber dejado que ese novato de Caleb Martin le hubiese levantado el puesto por el que tanto había luchado. Tal vez debería haber hecho más, aunque no sabía cómo. Durante los últimos meses se había dejado la piel para que Wilkins and Co. se pusiera a sus pies, y todo para nada. La frustración invadió de nuevo su cuerpo y la enfureció, y por un instante pudo ver de nuevo la cara de su jefe mientras abandonaba airada su despacho.

—¿Nora?

Bruno la miraba con los labios apretados, como si algo le preocupase.

—¿Te encuentras bien?

—Oh, sí. Es solo que estoy cansada. Ya sabes, el viaje y todo lo demás.

Nora enmudeció avergonzada. Bruno le debía haber hablado y ella ni le había escuchado, sumergida en sus amargos recuerdos.

—Será mejor que me vaya a la cama —dijo al fin—. Es tarde.

Él asintió y dio la vuelta hacia la casa.

—Vamos.

[1] La casa está aquí, señora Everett.

[2] Gracias.

[3] Buenas noches.

[4] No era mi intención.

Charleston, Carolina del Sur. 19 de junio de 1929

La fiesta de cumpleaños de Amanda Kate Peterson había congregado a la flor y nata de la sociedad de Charleston. Los Peterson eran conocidos en todo el estado por el refinamiento de sus eventos, lo que hacía que ninguna familia de clase alta se permitiera faltar a ninguno de ellos.

La orquesta tocaba una alegre melodía en una de las esquinas del gran salón, cuyo suelo brillaba bajo los caros zapatos de los invitados. El murmullo y las risas podían escucharse desde el vestíbulo, donde los criados se encargaban de bastones, sombreros y demás complementos.

—Señorita Wells, bienvenida —saludó el mayordomo con la mano a la espalda sobre el uniforme sin una sola arruga. Una criada atravesó el amplio recibidor cargada con una bandeja de pastelillos, y ni siquiera volvió el rostro hacia la recién llegada.

—Gracias, Leonard —respondió Millicent con una sonrisa—. ¿Has visto a Amanda Kate? —añadió tras entregarle su sombrero y guantes.

—La última vez que vi a la señorita estaba bailando con el señor Bright —repuso el mayordomo, cuyo bigote tembló ligeramente. Se inclinó y despidió a la dama con un gesto para atender a los siguientes invitados.

Millicent atravesó el pasillo y a punto estuvo de tararear la canción que estaba interpretando la orquesta cuando divisó a su amiga bailando en el centro mismo del salón. Vestida como siempre de forma impecable, con un traje de crepé de seda en color verde pálido bordado en tonos verdes y con un pequeño tocado de plumas en su cabello negro sujetándole las ondas en la frente, era la protagonista aun sin quererlo. Sus penetrantes ojos castaños, maquillados con sombras oscuras, parecían atravesar a cuantos hombres se acercaban para pedirle un baile. El largo collar de perlas se movía a un lado y a otro con los movimientos felinos de la joven, que enseguida levantó la mano en señal de saludo al divisar a su amiga.

—Feliz cumpleaños —dijo Millicent en cuanto Amanda se acercó a ella. La observó mientras tomaba ágilmente una copa de champán de la bandeja que pasaba ante ellas y la vaciaba de un solo trago.

—Gracias, querida —respondió ella, todavía sin aliento. Sujetó la fina pieza de la cristalería familiar y resopló—. Me alegra que hayas decidido venir a pesar de todo. Imagino que habrá sido difícil.

La escritora frunció el ceño y su sonrisa perenne se borró de forma instantánea de sus labios bien delineados con carmín.

—Padre piensa que estos eventos no son más que estupideces, una pérdida de tiempo.

—Lo sé. Por eso me extraña que hayas podido venir —respondió con alivio Amanda, mientras movía el pie al ritmo de la música—. Ya sabes cuánto quería que vinieras. Sin ti nada es igual.

—Pues aquí estoy, aunque debo decir que no cuento exactamente con la aprobación de mi padre —reveló con una graciosa mueca. Recordó la airada conversación que había tenido esa misma tarde con su progenitor, en la que él le había prohibido de forma expresa asistir a aquella fiesta. Muy pronto él le buscaría un esposo apropiado a su posición, de modo que ella debía permanecer en la casa—. Me dijo que la diversión hoy en día es la perdición de los jóvenes, poco menos que echar a perder el alma.

—De modo que...

—Sí, mi querida amiga. He venido a pesar de su prohibición.

Amanda abrió los ojos y la miró como si estuviera convencida de que había enloquecido.

—¡Pues entonces, bailemos! Antes de que el señor Wells nos detenga —apostilló con ganas antes de estallar en carcajadas. Tomó de la mano a Millicent y las dos se perdieron entre los bailarines al ritmo de la desenfadada música.

—Me duelen las plantas de los pies de tanto bailar —se quejó Amanda largo rato después.

Millicent estiró las piernas en el sillón donde estaba sentada y miró hacia su amiga.

—Y a mí. No debí haberme dejado llevar por ti. Ese señor Bright es todo un bailarín, y su socio no lo es menos —opinó la joven con un suspiro. Estaba agotada. Tomó un sorbo de champán y se dedicó a mirar hacia los invitados que aún bailaban.

—¿Será la edad? —reflexionó Amanda con una graciosa mueca en el rostro—. Mi madre dice que a mis años ya estaba encinta de mi hermano Andrew. Y poco después nació Marianne. Y yo ni siquiera he encontrado un pretendiente decente que me lleve al altar.

—¿Pretendiente, dices? Pero si medio Charleston está deseando emparentar con los Peterson. Sabes que hay docenas de caballeros interesados en ti —repuso Millicent con una sonrisa—. Lo que pasa es que ninguno te complace.

—¿Lo dices por Anthony O'Malley? No es más que un patán sin modales —contestó Amanda arrugando la frente en señal de desagrado.

Pero Millicent ya no la escuchaba. Los invitados que charlaban de forma animada junto a la puerta del salón abrieron paso al recién llegado, que miró hacia la multitud en busca de un rostro conocido. El corazón de la dama se aceleró, y de forma instintiva colocó la palma de su mano sobre el pequeño escote de su vestido.

—¿Me estás escuchando, Millicent? —dijo Amanda, contrariada—.

¿Querida?

—Disculpa, no esperaba ver aquí a ese hombre.

—¿Hombre? ¿Qué hombre?

—Adrien Everett —dijo, y el corazón le dio un vuelco. Tan solo pronunciar su nombre, su cuerpo se estremeció. Todavía podía recordar su tacto, su perfume, sus penetrantes ojos azules.

—¿Conoces al señor Everett? No podía imaginar tal cosa, querida. Está haciendo negocios con el socio de mi padre. Por lo que he oído quiere invertir parte de su más que jugoso patrimonio en la región.

Millicent la escuchó con atención, alentándola a continuar.

—Llegó hace pocos meses a la ciudad, al parecer alguien le había hablado de mi padre y del señor Blake, y enseguida se presentó aquí para hablar de negocios. Posee abundantes tierras en Brasil, por lo que he oído se dedica al negocio maderero —añadió Amanda—. Es muy atractivo, ¿verdad? Y, hasta donde yo sé, no tiene ninguna esposa que le espere en tierras brasileñas —añadió con una sonrisita—. Y ahora dime, ¿de qué lo conoces tú?

—Le firmé un ejemplar de mi novela en mi última presentación. Ya sabes, aquella tarde en que los compromisos con los O'Malley no te permitieron acompañarme —explicó Millicent. El señor Everett había atravesado el salón para saludar a Clark Peterson y a Bill Blake, y ahora conversaba con ellos y con algunos caballeros más que se les habían unido—. Será mejor que me vaya. Como padre descubra que he salido me ganará una buena reprimenda —soltó mientras se ponía de pie. Amanda se levantó también.

—De eso nada, querida. Vayamos a saludar al señor Everett, lo contrario sería una auténtica grosería —repuso Amanda tras tomar el brazo de su amiga—. ¿No te parece?

Millicent no pudo negarse. Sintió que Amanda tiraba de ella y al instante se encontraba ante Adrien Everett.

—Señor Everett, qué alegría verlo de nuevo —saludó Amanda, interpretando su papel a la perfección. Le estrechó la mano y continuó—: ¿Ya conoce a mi amiga, la señorita Wells?

Millicent esbozó una tímida sonrisa y por un momento deseó estrangular a Amanda, que sonreía como si nada ocurriese.

—Señorita Peterson, un placer verla —dijo Adrien, sin poder apartar sus ojos de Millicent—. En efecto, la señorita Wells y yo ya nos conocemos. Y déjeme decirle que es un placer verla de nuevo. A la señora Higgins le encantó su novela.

Los dos se estrecharon la mano y sintieron que la electricidad fluía a través de sus dedos. Millicent tragó saliva y deseó que la sangre que había acudido a borbotones a sus mejillas regresara a su lugar.

—Es un placer para mí también —añadió ella finalmente.

—¿Me concedería usted el honor de un baile?

Millicent le miró como si no pudiera dar crédito a sus palabras. Pero

asintió con la cabeza, ante la imposibilidad de articular palabra. ¿Qué diantres le sucedía con ese hombre?

Adrien tomó su mano con firmeza y la condujo entre los bailarines hasta el centro del salón. La sujetó por la cintura y los dos se movieron al compás de la música.

—Veo que es usted una gran bailarina —reconoció él con una sonrisa que aceleró aún más el pulso de la dama. Sus rasgos eran tan dulces, tan perfectos y delicados, que le habían robado el sueño desde su encuentro en la librería.

—Gracias, señor Everett —acertó a decir ella, sin poder dejar de centrar su atención en el punto en su cintura en que le quemaba la mano de aquel hombre. El vaporoso tejido de su vestido no ejercía resistencia alguna ante su roce, tan descarado como sensual. Se preguntó de nuevo qué sentiría una mujer cuando un hombre como aquel, tan arrebatadoramente masculino y poderoso, te estrechaba entre sus brazos. Sin duda los sentidos se desbocarían y ello podría provocar un colapso en los corazones más frágiles.

Adrien se dejó llevar por los alegres acordes de la orquesta, consciente del turbador efecto que le causaba. De no ser por la gente que los rodeaba o por la inconveniencia momentánea de ser un caballero, la besaría allí mismo. Se moría de ganas de morder esos labios llenos y suaves, de bajar su mano hasta delinear la curva voluptuosa de su trasero. Aun así, se contuvo e intentó mantener sus pensamientos fríos y ordenados. No solía ser un hombre pasional, sino más bien uno pragmático que aprovechaba las oportunidades que la vida le brindaba. No obstante, desde su encuentro con aquella mujer, todo se había descolocado en su interior. Sentía que dentro de él ardía un fuego desconocido, tan inexplicable como abrumador.

La canción terminó y los invitados se apresuraron a aplaudir. Algunos se apartaron de la pista para beber algo, otros continuaron con la siguiente melodía.

—¿Le apetece beber algo, señorita Wells? —preguntó Adrien con galantería, mientras los dos regresaban a su lugar junto a los Peterson.

Ella negó con la cabeza.

—Por desgracia debo irme ya.

—¿Tan pronto? —protestó él sin ocultar su desagrado ante tal noticia.

—Mi padre no es amigo de fiestas y eventos, me temo que no le ha parecido demasiado bien que yo quisiera asistir al cumpleaños de mi querida Amanda Kate. De modo que regresaré a casa a tiempo para no desatar su cólera cuando me sepa fuera —explicó Millicent con pesar.

—Es una pena.

—Adiós, señor Everett —se despidió ella con pesar—. Adiós, señor Peterson. Señor Blake. Amanda, gracias por tan agradable velada.

—Buenas noches, señorita Wells —dijo Bill Blake, casi al unísono con su socio Clark Peterson.

—Adiós, Millicent —despidió Amanda, con la tristeza reflejada en el rostro—. Recuerda que mañana iré a tu casa a las cinco.

Millicent asintió y desvió su mirada por última vez hacia Adrien, que bebía con lentitud de su copa. Después abandonó la sala a paso rápido para regresar a su hogar, con la esperanza de que su padre no se hubiera percatado de su ausencia.

—¡Al fin regresa la desvergonzada de tu hija! —exclamó Theodore Wells con su pipa en la mano, mientras se ponía en pie de un salto y abandonaba su sillón. Increpó a su esposa con las manos en alto y le dedicó una mirada preñada de aversión—. Estarás orgullosa de ella, ¿no, Lorianne? —Escupió con asco, sus ojos inyectados en sangre. Resultaba extraordinario contemplar a un anciano como aquel dando saltos encolerizado ante las dos damas. Sus piernas delgaduchas y arqueadas amenazaban con no sostener su peso por más tiempo, pero por el momento continuaron sujetándolo. Sus anteojos resbalaron por la nariz aguileña y le otorgaron un aire decadente, no mayor que el causado por sus cabellos blancos y sus espesas cejas y barba del mismo color.

Millicent se quedó quieta frente a la doble puerta que daba acceso al salón, con la mirada fija en su padre. Sujetó su sombrero con fuerza entre los dedos y respiró hondo para soportar la reprimenda que se avecinaba. Su madre observaba impasible la escena, con las manos juntas sobre el regazo en el pequeño sofá tapizado en terciopelo verde.

—Padre, yo...

—¡No te atrevas a abrir la boca, embustera! ¡Te prohibí de forma expresa que asistieras a esa fiesta! —El escaso cabello que le crecía en la coronilla en forma de rizos blancos vibró con sus movimientos desordenados.

La joven apretó los labios con pesar y dio dos pasos hacia el salón.

—Eres una deshonra para esta familia, alguien de quien me avergüenzo cada día. No mereces ni mi consideración ni uno solo de mis pensamientos. Ojalá hubieras muerto como el resto de tus hermanas —repuso con odio.

Millicent sintió que las lágrimas comenzaban a asomar a sus ojos cansados, y se limitó a intentar controlar su aparición. Su padre siempre se refería a los dos embarazos de su madre, que por desgracia habían desembocado en los abortos de dos niñas.

Lorianne ahogó un quedo sollozo y ocultó su rostro tras un fino lienzo bordado con sus iniciales. Como siempre, se mantuvo callada, respetuosa con las acciones de su esposo. Jamás había actuado con coraje frente a él, quedando siempre en un segundo plano en el hogar y en la vida. Tanto Theodore como su hijo Warren eran dos tiranos que gobernaban la familia de forma inflexible, tratando a las mujeres como seres inferiores indignos de su respeto.

—Tienes la cabeza llena de pájaros, de estupideces que no te llevarán más que a la ruina. ¿Acaso crees que algún hombre decente puede sentirse interesado por una mujercita como tú? —preguntó con repugnancia mientras la señalaba con su dedo huesudo—. ¡Nadie en su sano juicio se arrojaría a un matrimonio contigo!

El llanto de Lorianne Wells subió ligeramente de volumen, pero ella continuó encorvada en su asiento, entre los cojines bordados con motivos vegetales. Ella misma no era más que un aderezo decorativo, un mero maniquí en aquella casa.

—Vete a tu dormitorio y no salgas de ahí hasta que yo lo diga, ¿lo has entendido, niña estúpida? Vas a aprender a obedecer a tu padre, vaya si lo harás —ordenó blandiendo el dedo amenazante. Respiraba de forma ruidosa y parecía a punto de desplomarse, pero continuó impertérrito ante su hija.

—Sí, padre —contestó Millicent, que ya sabía cómo iba a terminar aquella conversación. Se dio la vuelta y a punto estaba de abandonar la estancia cuando Theodore añadió:

—No volverás a escribir ninguna de tus ridículas historias. Le he ordenado a Phyllis que quemara todo el papel que tenías en tu buró y que guardase bajo llave plumas y demás utensilios del demonio. Te quedarás en tu aposento y reflexionarás sobre todo el mal que has causado a nuestro noble apellido.

Millicent se mordió el labio inferior en un vano intento de controlar sus lágrimas, que brotaron sin remedio de sus ojos y recorrieron sus mejillas encendidas. Después echó a correr escaleras arriba y se encerró en su prisión particular, sin esperanza alguna dentro de su corazón.

10

Brasil, junio de 2016

Nora abrió los ojos y miró hacia la pared del dormitorio que su abuela había utilizado, donde una vieja fotografía de las hermanas Everett parecía observarla desde su posición privilegiada. El papel ajado y amarillento no restaba belleza a Karen y a Annie, que posaban ante el coche familiar muy cerca la una de la otra. Christa y Ruby, apostadas a un lado del lujoso automóvil, parecían sonreír a alguien que no aparecía en la imagen, como si una persona las hubiera sorprendido en el momento en que el fotógrafo hacía su trabajo. La casona aparecía al fondo, desdibujada, y el jardín, aun en blanco y negro, lucía en todo su esplendor. La imagen había sido tomada en 1954, antes de la partida de Ruby y de las dos gemelas para estudiar en Estados Unidos.

—¿A qué secretos se referiría Annie? —susurró Nora sin darse cuenta. Estiró los brazos y las piernas y abandonó el lecho para darse una ducha.

Bruno no desayunó esa mañana con ellas. Al parecer debía madrugar mucho los días en que sus desplazamientos eran más importantes.

—Señora Everett, acaba de llegar su hermana Ruby —anunció con solemnidad Geraldo justo cuando las tres mujeres se disponían a abandonar el comedor.

—¿Tan pronto? —exclamó Christa sin poder disimular su alegría. Salió disparada hacia el vestíbulo, acompañada por Annie, y las tres se fundieron en un abrazo con la recién llegada. Nora lo observó todo con los brazos cruzados, satisfecha. Ya estaban todas reunidas. Por un momento deseó que su abuela Karen no hubiera muerto y pudiera reunirse con sus tres adoradas hermanas.

—Buenos días, Nora —dijo Ruby una vez todas hubieron reído, llorado de alegría y dado saltos abrazadas. La mediana de las cuatro hermanas era la que mayor parecido guardaba con su padre. Era el vivo retrato de Adrien Everett, con la salvedad de ser mujer. Su cabello espeso y castaño, ahora encanecido, no restaba atractivo a sus rasgos. Continuaba siendo alta y esbelta a pesar de sus ochenta y dos años, y su paso todavía era firme como lo había sido el del patriarca de los Everett.

—Ruby, es un placer verte de nuevo —repuso Nora mientras se acercaba para darle un beso en la mejilla—. Es un placer veros a las tres juntas de nuevo —rectificó con una amplia sonrisa.

—Cada vez te pareces más a Karen. Y por ello también a nuestra madre. ¿Verdad que su rostro recuerda a los rasgos de mamá? —

preguntó dirigiéndose a las demás—. Sí, definitivamente, sí —añadió mientras la sujetaba por las manos—. Y dime, ¿cómo estás?

Nora se encogió de hombros.

—Atravieso un momento un tanto delicado de mi existencia. Acabo de despedirme de mi empleo, el cual me llenaba por completo, o al menos eso creía yo. Me siento confusa, esa es la verdad.

Christa abrió los ojos como platos.

—¿Por qué no me lo dijiste al llegar?

—Francamente, no me apetecía mucho recordarlo. Mi trabajo ha sido lo más importante para mí durante los últimos años, y...

—Doy fe —intervino Annie, con los brazos en jarras—. Esta chiquilla es una necia que no se da cuenta de lo importante de la vida. Permanece atascada en un error y no es capaz de ver más allá.

—¡Annie! No me riñas así —se quejó Nora, fingiendo enojo—. Mi trabajo es importante.

—¡Oh, es cierto! Pero te aseguro que tu estancia aquí te abrirá lo ojos. Vaya si lo hará —añadió mientras les hacía una mueca de complicidad a las demás—. ¿Verdad?

Ellas asintieron de forma categórica.

—Tienes mucho que saber aún —apostilló Christa con los ojos entrecerrados.

—¿Saber? ¿De qué estáis hablando? Annie también se puso muy misteriosa antes de tomar el vuelo que nos trajo aquí.

—Pasemos al salón. Hablaremos con más calma.

Pero una vez acomodadas en el sofá, las tres hermanas se dedicaron a recordar viejos tiempos. Y, entre anécdotas y risas, pasaron las siguientes horas, olvidando lo que le tenían que contar a Nora.

Esa misma tarde, después de la siesta, Christa, Ruby y Annie fueron en busca de Nora y la llevaron con ellas al despacho de su padre. Ni siquiera le explicaron los motivos, solo le dijeron que tenían que enseñarle algunas cosas.

—Este misterio que os traéis entre manos comienza a parecerme propio de una película de suspense, tías —se quejó mientras la arrastraban por el amplio pasillo que conducía al ala este de la mansión. Ellas rieron entre dientes por toda respuesta—. ¿No pensáis decirme de qué va todo esto?

—Annie nos contó en sus cartas que el rumbo de tu vida era un poco... ¿incierto? —respondió pensativa Christa, con un dedo en su barbilla—. Entre las tres convinimos que lo mejor era mostrarte el árbol genealógico familiar con todos sus entresijos.

—Pero...

—¡Chist! Calla y abre bien los ojos y los oídos —la reprendió Annie, a la vez que pellizcaba su brazo con suavidad.

Las cuatro mujeres accedieron al despacho que había pertenecido a Adrien Everett, desde el cual había dirigido su negocio maderero así

como los demás asuntos e inversiones que poseía en Carolina del Sur. Las paredes, forradas de una madera oscura y exótica, estaban cubiertas por magníficas escenas de lo que parecía ser una plantación algodonera. En ellas se podía observar a los braceros en diferentes tareas, así como a los dueños tomando el té en los amplios porches de la casa o paseando por los alrededores ataviados con hermosos trajes y sombrillas de encaje. Nora los repasó abstraída, uno tras otro, hasta llegar a un cuadro cuyo lateral se mostraba ennegrecido.

—Unas bellas pinturas —reconoció—. ¿Qué le ocurrió a esta en particular? Tiene un color tostado, parece como si el marco hubiera sido pasto de las llamas.

Ruby asintió.

—Así es. Nuestro abuelo, Aaron Everett, encargó toda una serie de pinturas de su plantación a un reputado artista local. En cuanto la primera estuvo terminada, el pintor se la hizo llegar a Aaron, y este se mostró satisfecho. Colgó el cuadro en su despacho y aguardó a que el artista tuviera terminado los demás. Por desgracia, un incendio arrasó la casa pocos días después, terminando con la vida de todos los miembros de la familia salvo uno.

—Lo del incendio lo sabía. Annie me lo dijo en una ocasión —repuso Nora, con expresión pensativa—. Dijo que Aaron y su esposa Elinore murieron aquella noche, junto a las gemelas Margaret y Virginia. Solo mi bisabuelo Adrien sobrevivió, ¿no es así?

Ahora fue Christa quien asintió.

—Veo que conoces la historia. Este cuadro también sobrevivió, de forma inexplicable, al incendio. Y digo inexplicable porque estaba colgado en el despacho de Aaron, al parecer el lugar exacto donde comenzó el fuego. Nuestro padre lo recuperó años más tarde, junto al resto de las obras, y decidió traerlas aquí, a su nuevo hogar.

—¿Cómo terminó aquí mi bisabuelo? —continuó Nora, curiosa.

—Un matrimonio lo acogió en su casa tras el fuego, Albert y Claire Higgins. Sentían un gran afecto por los Everett y decidieron que hacerse cargo del pequeño Adrien era lo mejor que podían hacer, pues estaba solo. Lo criaron en Carolina del Sur, como ya sabes —explicó Ruby, justo antes de tomar asiento en el sillón de cuero que había pertenecido a su padre—. Cuando tenía diecinueve años supo de un conocido que había invertido en tierras muy cerca de aquí, algo lucrativo en aquellos momentos. Decidió hacer lo mismo para crear un negocio maderero. Tenía bastante dinero ahorrado proveniente de la venta de la plantación Everett y de la fortuna de sus padres, y decidió apostar todo, hasta el último centavo.

—Le salió muy bien —continuó Annie con expresión soñadora—. A los veintinueve años era uno de los terratenientes con mayor poder y fortuna de la zona. Su negocio generaba ganancias millonarias, y fue entonces cuando decidió diversificar su capital invirtiendo en Carolina

del Sur. Viajó hasta allí para conocer de primera mano las mejores opciones del momento. Corría el año 1929.

Nora se sentó también, entusiasmada por la historia que sus tías le estaban contando. Y se dio cuenta de que era muy poco lo que conocía de su familia, solo algunos retazos sueltos de unas vidas largas y prósperas. Ruby tomó asiento en una silla junto a la ventana, con Annie a su lado.

—De modo que viajó hasta Carolina.

—Sí —respondió Christa—. Se reencontró con Claire Higgins después de varios años. Su esposo Albert murió de forma repentina y nuestro padre no pudo acudir al sepelio, cosa que sé que le dolió. Toda su vida se sintió agradecido con aquel hombre que le tendió su mano cuando más lo necesitaba.

—Por desgracia, tampoco la señora Higgins gozaba de buena salud, y nuestro padre le ofreció venir con él a Brasil. Después de todo, no tenía hijos ni nada que la atase a Carolina del Sur, y ella aceptó de buen grado.

—De modo que regresó acompañado por esa buena dama —intervino Nora.

—Bueno, eso no es cierto del todo —dijo Annie con voz musical—. En realidad...

—Señoras, siento interrumpir, pero la cena está servida —anunció Geraldo con su característica solemnidad, una mano a la espalda.

Nora hizo una mueca de desagrado.

—Es una pena. Estaba disfrutando mucho de vuestro relato.

—Continuaremos en otro momento, no te preocupes —repuso Annie, que enseguida se dirigió hacia la puerta acompañada por sus hermanas.

Bruno regresó dos días después a la hora de la cena, se dio una ducha rápida y bajó para conocer a Ruby y para contarles algunos detalles del trabajo de esos días.

—De modo que has viajado a una de las zonas más bellas de la región —dijo Christa, justo después de probar el delicioso postre que Geraldo había preparado para la ocasión. Paladeó el esponjoso bizcocho y se deleitó en su dulzor.

—Sin duda lo es —opinó él—. Viajé con algunos colegas hasta Serra do Navio, y desde ahí navegamos unas cuatro horas por el río en *voadeiras* hasta llegar al campamento. Nos reunimos con el jefe del Parque Nacional de Tumucumaque para charlar de la situación actual del parque, así como para revisar las bases del ecoturismo de la zona. Ha sido un éxito la creación de esa área de conservación, que es una de las más grandes zonas de selva tropical protegida del mundo.

—Me complace saber que nuestros nietos podrán disfrutar de tan hermoso paraje —intervino Ruby con una inclinación de cabeza. Su trabajo como bióloga en un instituto en Carolina del Sur no le había privado de militar en diferentes organizaciones ecologistas. Incluso

había sido detenida en su juventud en varias ocasiones por su activismo en diferentes campañas—. La humanidad debe darse cuenta de que mantener sus selvas tropicales es de vital importancia para su supervivencia.

Bruno levantó su copa.

—Por ti y las personas como tú, Ruby, que llevan adelante sus principios aun a costa de su propia libertad o incluso su vida.

Ruby brindó con él y las demás hicieron lo mismo.

—El valle del Jari ha sufrido un expolio constante de sus recursos naturales durante años, desde los empresarios madereros del siglo XIX —afirmó Bruno.

—Es cierto, nuestro padre aprovechó la coyuntura para establecer aquí su explotación maderera en total impunidad. Solo él hacía y deshacía según su criterio, sin ninguna autoridad que se atreviera a contradecir su palabra —reconoció Christa con expresión sombría—. Y amasó una fortuna con ello. En aquella época a nadie le interesaba la ecología.

—Me lo imagino aquí, dirigiendo su imperio desde el despacho, coordinando a sus cuadrillas de empleados, como el gran señor que era —añadió Nora con un brillo especial en los ojos—. Me alegra haber decidido llevar a cabo este viaje, me agrada la idea de llegar a conocer mejor a mis bisabuelos y lo que les llevó a actuar como lo hicieron.

—Yo también imagino al gran Adrien Everett en esta casa, en estos parajes —dijo Bruno—, y más aún cuando me paro ante la enorme fotografía de la biblioteca.

Geraldo irrumpió en el comedor y comenzó a retirar los platos del postre en silencio. Observó a Bruno y esbozó una ligera sonrisa, como si él también estuviera recordando esa imagen.

—¿A qué fotografía te refieres? —preguntó Nora con curiosidad mientras se apartaba un mechón de su cabello claro de la frente y lo colocaba tras la oreja. Miró a los ojos a Bruno y aguardó una respuesta.

—Está en la biblioteca. ¿Aún no la has visitado?

—No ha tenido tiempo. Me temo que la hemos tenido entretenida con otros temas menos sugerentes —dijo Annie.

—Se refieren a que he estado ordenando los asuntos financieros de la familia. Empiezo a creer que solo queríais que viniera para arreglar todo eso —bromeó con una amplia sonrisa.

—¿Acaso creías que te habíamos invitado a venir por alguna otra cosa? —repuso Christa entre carcajadas.

—Puedo acompañarte hasta la biblioteca después de la cena, si así lo deseas —ofreció Bruno clavando sus ojos azules en los de Nora—. Es mi lugar preferido de la casa.

—¡Perfecto! —exclamó Annie sin poder contener su alegría. Dio palmas con las manos y miró con complicidad a sus dos hermanas—. Nosotras ya nos vamos a dormir.

—Pero yo quiero mi té, y... —comenzó a protestar Ruby, pero se calló de inmediato al ver la expresión de sus hermanas—. Sí, definitivamente nos vamos a dormir.

Las tres ancianas abandonaron el comedor y dejaron a la pareja a solas. Geraldo terminó de recoger la mesa y se retiró a la cocina para fregar los platos.

—¿Soy yo o mi tía Annie está un tanto desequilibrada? —dijo Nora con una mueca.

—No sabría muy bien qué contestarte a eso —contestó Bruno antes de reírse también—. ¿Vamos?

Ella asintió.

La biblioteca era una estancia iluminada por grandes ventanales cubiertos por cortinajes de color verde oscuro. Ahora, solo la luz de la luna accedía a la estancia, confiriéndole una magia especial.

Bruno accionó el interruptor y la luz eléctrica alumbró la estancia. Altísimas estanterías de madera oscura repletas de libros tapizaban las paredes, solo desnudas junto a la puerta y a un lado de una de las ventanas, donde dos sillones tapizados en cuero pardo invitaban a la lectura más placentera.

Nora abrió la boca en señal de sorpresa y paseó la vista por todo el recinto. Cientos de libros les rodeaban. Libros de lomos granates, azules, negros y marrones, con letras doradas o negras, decorados con hermosas filigranas o motivos vegetales. Más libros de los que ella había visto en una casa en toda su vida. Ni siquiera Annie poseía tantos en su apartamento.

—¡Qué maravilla! —exclamó, sin poder dejar de mirar a su alrededor.

—Lo es, desde luego. Y esa es la fotografía de la que te hablé —contestó Bruno mientras señalaba hacia el ventanal.

Nora se acercó sin hacer ruido con sus sandalias, como si pudiera despertar a los personajes del retrato. Su bisabuelo posaba junto a su esposa. Él, ataviado con un impecable traje oscuro, camisa blanca y pajarita del mismo color, sus cabellos peinados hacia atrás. Sin duda había sido un hombre muy apuesto. Su esposa, de pie a su lado, lucía un hermoso vestido de algún color pálido que en blanco y negro no se podía distinguir, bordado con pequeños cristales. Su pelo claro, peinado en suaves ondas hasta los hombros, enmarcaba a la perfección los delicados rasgos que también habían heredado Karen y Annie.

—Mi bisabuela, Millicent. Fue una gran escritora —añadió Nora sin poder dejar de mirarla con fascinación.

—Sin duda hacen una bonita pareja —opinó Bruno con los brazos cruzados.

Ella asintió y se volvió hacia él.

—Mañana les preguntaré la fecha de la fotografía. Supongo que sería tomada en esta casa.

—No lo sé. No puedo reconocer ninguna estancia en ella. Tal vez fuera

tomada en otro lugar.

Nora se encogió de hombros.

—Tal vez.

—¿Quieres que demos un paseo por el jardín? —propuso Bruno.

—Me gustaría, sí —accedió ella con una sonrisa.

—Pues vamos.

Abandonaron la biblioteca y tomaron el camino que conducía hacia la parte trasera de la mansión. Caminaron con lentitud entre jacarandás, cedros y exuberantes palmeras. Las nubes habían ocultado la luna y estaba oscuro.

—Tu trabajo es apasionante —reconoció Nora, mientras observaba las puntas de sus pies al caminar.

—Gracias. La verdad es que me gusta mucho. Espero poder cambiar algunas cosas con él —respondió mirándola de reojo. La compañía de aquella mujer le resultaba de lo más agradable—. Adoro la naturaleza, y me gusta pensar que contribuyo a su preservación.

Continuaron un trecho caminando en silencio. Después, Nora preguntó:

—¿Dónde irás? Quiero decir cuando termines tu proyecto aquí. —Le miró y sus ojos se encontraron por un momento, provocándole un cosquilleo.

—No lo sé. He tenido varias ofertas en los últimos meses, pero aún no he decidido hacia dónde dirigiré mi carrera después de esto. Quizás Australia, o tal vez Canadá. O incluso Alemania. Mi madre es alemana, no sé si lo sabes —repuso Bruno encogiéndose de hombros—. Hay diferentes proyectos que me atraen. Espero poder tomar una decisión en las pocas semanas que me quedan aquí.

—¿Te marcharás pronto?

—Me temo que sí. Me quedan dos o tres meses a lo sumo. Después entregaré mis conclusiones a la Universidad de Río de Janeiro y haré mi maleta.

—Estoy segura de que Christa te echará de menos, parece muy cómoda en tu compañía —añadió Nora. También ella se sentía así con él. No sabía por qué, pero con Bruno todo resultaba muy fácil, como si ya se conocieran.

De repente una fina lluvia comenzó a caer sin previo aviso, mojándolos a ambos. Nora observó el cielo cubierto por jirones purpúreos y después miró hacia su acompañante, que sonreía con el cabello empapado.

—Pero, ¿qué...? —se quejó ella.

—Aquí esto es frecuente, e igual que empieza, para. ¡Volvamos a la casa! —dijo agarrando su mano y tirando de ella.

Corrieron bajo la lluvia, atravesando lo andado hasta llegar entre risas a la puerta principal de la mansión. Se refugiaron en el porche que protegía la entrada, mirando hacia el aguacero que empapaba el camino de gravilla. El golpeteo de las gotas sobre las hojas carnosas de las

plantas que les rodeaban provocaba un ruido característico, y Nora se concentró en él.

—Llueve pero no hace frío —comentó ella con extrañeza—. No logro acostumbrarme a este clima. En Washington, cuando llueve refresca, al menos durante el invierno.

—Pues compáralo con una tormenta de verano en tu tierra —repuso él, sin poder dejar de mirarla. El cabello húmedo se le pegaba a la espalda, sobre la camiseta de tirantes, y los pantalones cortos marcaban sus curvas con descaro.

—Es hermoso —musitó, sin poder apartar los ojos de la lluvia.

—Lo es.

Nora se volvió hacia él y se sintió extraña. Por un momento olvidó su hogar en Washington y todo lo que había dejado allí. Era como si al aterrizar en Brasil hubiera dejado todo atrás, y eso le asustó. ¿Sería eso a lo que se refería Annie cuando decía que aquel lugar le enseñaría muchas cosas?

Repasó el pelo mojado de Bruno, su barba de varios días y aquella camiseta que se adhería a sus pectorales como una segunda piel. Su mandíbula angulosa parecía contraída, y su expresión era difícil de descifrar.

Los ojos claros de los dos chocaron y provocaron un pequeño huracán. Enseguida dieron un paso atrás y decidieron entrar en la casa. Era tarde.

Charleston, 30 de junio de 1929

Millicent se miró en el gran espejo de su tocador y observó su reflejo. Llevaba días confinada en su dormitorio, aunque la parte positiva era que no había tenido que volver a ver a su padre. Theodor ni siquiera se había acercado hasta allí tras su discusión, y estaba segura de que no lo haría. Tampoco su hermano Warren, que toda su vida se había limitado a mortificarla diciéndole lo rara que era. Los detestaba a ambos con toda su alma. Quizás su madre pudiera vivir a su lado ninguneada y pisoteada, pero ella no. No podrían privarla de la escritura, conseguiría papel como fuera para continuar con su novela.

Una llamada a la puerta la sacó de sus divagaciones.

—Señorita Wells, tiene visita —dijeron desde fuera.

—Phyllis, pasa, por favor —invitó a la vez que se ponía de pie.

—Su padre la espera en su despacho junto al señor Everett —informó la criada sin inmutarse, con las manos cruzadas ante su delantal.

El corazón de Millicent dio un vuelco. ¿El señor Everett allí? Tal vez quisiera hacer negocios con su padre. Claro que eso no explicaba por qué quería verla a ella. Giró sobre sí misma y se observó de nuevo en el espejo con el ceño fruncido.

—Enseguida voy.

La empleada inclinó la cabeza antes de abandonar la estancia cerrando la puerta con suavidad. Millicent acomodó sus cabellos con el cepillo de la mejor manera que fue capaz y se alisó maquinalmente el vestido. Después abandonó su dormitorio y bajó temblorosa las escaleras. Al instante escuchó la masculina voz del señor Everett, alternada por la desagradable voz de su padre. Intentó descifrar su conversación, pero apenas fue capaz de entender algunas palabras sueltas tras la puerta cerrada. Llamó tres veces y a continuación entró.

—Buenas tardes, padre —saludó, mientras la sangre se le agolpaba en las mejillas—. Buenas tardes, señor Everett. Es un placer verlo de nuevo —le dijo, con el corazón acelerado. Adrien aguardaba vestido como siempre de forma impecable, con traje, corbata y el sombrero entre las manos.

—Señorita Wells, el placer es mío. Desde nuestro encuentro en la fiesta de cumpleaños de los Peterson no he podido dejar de pensar en usted —repuso él mientras se ponía de pie para mirarla desde su posición junto a la mesa.

Millicent temió sufrir un colapso. ¿Sería verdad lo que acababa de escuchar? ¿Aquel hombre estaba interesado en ella? Fue incapaz de contestar algo coherente.

—Millicent, toma asiento, por favor —pidió Theodore con su pipa en la mano mientras señalaba el sillón vacío frente a él—. El señor Everett ha venido a pedir tu mano.

La joven, que ya estaba atravesando la estancia, se quedó petrificada. ¿Su mano? De repente todo comenzó a dar vueltas en su cabeza, como un torbellino de imágenes. El señor Everett entrando en la librería con el atractivo que le caracterizaba, después pidiéndole que le firmara un ejemplar para a continuación tocar su mano de una forma casi imperceptible pero que había desatado una tormenta en su interior. Adrien en la fiesta de cumpleaños de Amanda, con su mano quemándole en la cintura, abrasándose en sus ojos.

—Bueno —continuó Theodor tras darle una larga calada a su pipa bien arrellanado en su sillón. Después exhaló el humo con parsimonia y pareció diluirse en él—, le he dicho que no comprendía qué podía haber visto en ti. Jamás pensé que un hombre podría sentirse interesado en alguien con una personalidad tan deforme, con la cabeza llena de pájaros.

Adrien aún aguardaba a que la dama se sentara para hacerlo él a continuación, y ante tales palabras se sintió ofendido.

—Señor Wells, su hija es realmente encantadora, además de una gran escritora —repuso con gravedad. Después miró hacia la joven, que se apresuró a tomar asiento con los labios apretados—. La señora Higgins disfrutó mucho de la lectura de su novela, señorita Wells.

—Me complace escuchar eso —dijo Millicent mientras esbozaba una tímida sonrisa.

—No voy a analizar aquí y ahora los gustos del señor Everett, simplemente digo que pensé que te quedarías solterona —zanjó Theodor, acariciando su barba con lentitud—. Pero si este caballero quiere desposarte, tiene mi bendición.

Millicent miró hacia Adrien con la emoción a punto de desbordarla.

—Si usted me acepta, por supuesto —aclaró él, sin atreverse aún a tomar su mano. Se limitó a sujetar su sombrero con fuerza, aguardando su respuesta.

Ella asintió.

—Estupendo —añadió Theodor con satisfacción mientras cogía su caja de puros—. ¿Le apetece uno? Esto hay que celebrarlo. No todos los días aparece un imprudente para desposar a alguien como mi hija —opinó de forma despectiva.

Adrien miró de soslayo hacia su futuro suegro pero no dijo nada. Se limitó a tomar la mano de su prometida y a acariciarla con suavidad.

—¿Qué tema es el que requiere mi atención con urgencia? —dijo Warren, que acababa de entrar en el despacho sin llamar antes. Se quedó inmóvil al descubrir a su hermana en aquella estancia. ¿Y quién

demonios era aquel hombre?

Millicent tragó saliva y miró hacia otro lado. Si su padre era detestable, su hermano no se quedaba atrás.

—Hijo —comenzó Theodor con satisfacción—, te presento a tu futuro cuñado: Adrien Everett.

Warren palideció. Sus finos labios se juntaron hasta conformar una sola línea oscura en su feo rostro.

—Un placer, señor Everett —balbució al fin, a la vez que le ofrecía su mano. Este se levantó para alargarle la suya.

—Adrien, este es mi hijo, Warren.

Millicent no pudo evitar sentirse asqueada al observar la representación de su padre y hermano. Miró también a su prometido, que le ganaba a Warren en todo: en estatura, gallardía y educación. A su lado, su hermano parecía un niño desgarbado, de miembros delgados y mal proporcionados. Por no hablar de su fea voz.

—¿Y desde cuándo conoce a mi hermana, señor Everett? —preguntó Warren, intentando recuperar la compostura.

—Por favor, llámame Adrien —invitó el caballero—. Desde hace un tiempo. Nos conocimos en la presentación de su novela.

Warren asintió, perplejo.

—Adrien es un hombre de negocios —explicó Theodor, degustando su puro con fruición—. Posee un imperio maderero en tierras brasileñas, ¿no es así?

Adrien asintió y miró sonriendo hacia su prometida.

—En efecto. Es por ello que me encuentro en posición de garantizarles que a Millicent no le faltará de nada mientras yo esté a su lado.

Warren rio entre dientes. Si su padre estaba satisfecho con ese enlace, él también lo estaría, pues ello significaba deshacerse de la estúpida de Millicent. La cuestión menos importante era saber con quién se desposaba.

El fotógrafo revisó una vez más la escena antes de introducirse tras su cámara. Adrien y Millicent posaban junto al ventanal que daba acceso al jardín trasero de la casa de los Higgins. Al día siguiente se celebraría su boda y Claire había insistido en que se tomaran esa última imagen de solteros. Había recibido a la joven con los brazos abiertos, como si ya fuera su nuera. Para ella Adrien era como un hijo, el hijo que Albert y ella no habían sido capaces de engendrar. Le miraba con auténtico orgullo, aquel hombre apuesto y arrogante era su ojito derecho.

—Estás tan hermosa —dijo Claire sin quitar ojo a Millicent. Ella misma le había regalado aquel vestido, de vaporoso tejido color rosa palo bordado con multitud de pequeños cristales. Observó a la pareja y no pudo menos que sonreír con satisfacción. La joven parecía una buena mujer, y Adrien parecía feliz desde que la había conocido, todo lo feliz

que podía ser una persona obsesionada con el fatal desenlace de su familia. Había dedicado su vida a indagar en todos los hechos que rodeaban el incendio en el que tanto sus padres como sus hermanas habían perdido la vida en unas condiciones tan extrañas. Cualquier investigador de tres al cuarto habría sido capaz de detectar anomalías en aquel suceso: las puertas cerradas a cal y canto para impedir la huida de las víctimas; ningún criado herido ni fallecido a causa del humo o las llamas. Sí, la situación rayaba lo inexplicable, y Adrien se había empeñado en esclarecer las cosas. Conociéndolo como lo conocía sabía que tarde o temprano lo conseguiría, al igual que había conseguido todo lo demás.

—Y listo —anunció el fotógrafo—. En unos días tendré la fotografía de gran formato que me encargó, señora Higgins.

—Perfecto, señor Smith. La esperaré con impaciencia —respondió ella, ilusionada. Se acercó a Adrien y tocó su brazo con afecto—. Tu matrimonio me hace muy feliz. Saber que la señorita Wells cuidará de ti es todo cuanto necesito para terminar mis días con tranquilidad —advirtió justo antes de toser con fuerza—. Mi enfermedad ha empeorado últimamente.

—Tome asiento, madre. Ordenaré que le traigan algo de beber —pidió Adrien mientras la acompañaba hasta el sofá situado junto a la ventana. El jardín trasero se mostraba en todo su esplendor tras los cristales. Los rosales, hibiscos y buganvillas formaban una hermosa mezcla de fucsias, blancos y rosas que invitaba a su contemplación.

Claire apoyó las manos en su regazo y respiró hondo. Quizás pronto se reuniera con su esposo adorado. Ahuecó sus cabellos plateados, sujetos en la coronilla con un elegante pasador de pedrería, y repasó los acontecimientos de los últimos días. Su querido Adrien había regresado de Brasil convertido en un gran empresario como siempre soñó, y pronto se marcharía con su esposa. Así debía ser.

—Tal vez el clima de Brasil le haga bien a su salud, madre —reflexionó Adrien cuando la criada le trajo una limonada fresca a su señora. Esta dio un pequeño sorbo de la copa y la volvió a dejar sobre la mesita—. Podría acompañarnos.

Millicent tomó asiento junto a Claire y asintió.

—Oh, desde luego. Me agradaría tenerla a mi lado, sería más fácil aclimatarme a mi nueva vida —opinó mientras miraba con timidez hacia su futuro esposo, que esbozó una sonrisa.

—No sería más que un estorbo para vosotros, no soy más que una vieja inútil —afirmó Claire sin poder evitar otro acceso de tos. Cubrió su boca y su nariz con un lienzo limpio y suspiró, dejando caer de nuevo las manos sobre su regazo.

—Nada de eso. Insisto. Debería venir con nosotros —continuó Millicent mientras tomaba una de las manos de la dama.

Claire movió la cabeza a un lado y a otro y reflexionó durante unos

instantes con la mirada perdida en el gran piano de cola que presidía el salón.

—No lo piense más. Debe acompañarnos y no hay más que hablar. Yo no podría emprender el viaje con tranquilidad si usted se queda aquí, la preocupación por su salud me tendría en vilo constantemente. Al menos si usted está allí podré saber en todo momento cómo se encuentra. Contrataré un médico para atenderla de forma conveniente y tendrá libertad para regresar si así lo desea —resolvió Adrien, de pie junto a ambas mujeres.

—Está bien —aceptó Claire finalmente.

La iglesia estaba más bonita que nunca en aquella mañana de julio. Las flores, por cientos en todos los lugares, hacían de aquel lugar un jardín en primavera. Adrien, tan atractivo como siempre, esperaba en el altar a su futura esposa, que caminaba feliz del brazo de su padre. El pacto quedó sellado ante la atenta mirada de Claire, que no pudo dejar de llorar durante toda la ceremonia.

Cuando, una vez finalizado el banquete, Adrien se llevó a Millicent a su dormitorio, la tomó en sus brazos y la depositó sobre el lecho. Estaba tan bonita que él no había podido dejar de fantasear con aquel momento durante todo el día. Depositó un casto beso sobre sus labios y abandonó la cama a regañadientes mientras se despojaba de la chaqueta.

—Tengo un regalo para ti —dijo Adrien quitándose la corbata. Después le hizo un gesto con la mano y ella se puso en pie también.

—¿Qué es? —preguntó ella, justo antes de que él le cubriera los ojos con un pañuelo de seda.

—Tendrás que adivinarlo.

De repente, una maravillosa melodía inundó el aire del dormitorio e hizo sonreír a la dama. Adrien la observó con el corazón a punto de estallar de dicha, y hubo de contenerse para no tomarla allí mismo.

Durante los primeros minutos Millicent no dejó de sonreír, pero después su sonrisa se fue evaporando hasta desaparecer. Su pecho subía y bajaba con rapidez a pesar de lo melodioso de la música, y Adrien dio los pasos que le separaban de ella para besarla. La abrazó con pasión, como si aquel fuera un beso demorado demasiado tiempo. Introdujo su lengua y la enredó con la de ella para degustar su sabor tantas veces imaginado. La tomó entre sus brazos como si fuera ligera como una pluma y la depositó sobre la cama. Se dedicó a desatar con suavidad el pañuelo que cubría sus ojos y se abrasó en el deseo que halló en ellos. Desabrochó su chaleco y lo arrojó sobre la alfombra. Después le quitó el vestido a Millicent y la observó con descaro en ropa interior. No tardó mucho en deshacerse también de ella.

—Eres tan bonita —musitó, roto de deseo. Jamás había experimentado con otras mujeres lo que aquella le hacía sentir. Y, desde

el momento en que la había visto en la librería, había sabido que la convertiría en su esposa.

Millicent mordió su labio inferior y alargó los dedos con timidez para desabrochar los botones de la camisa de Adrien uno a uno. Descubrió el pecho tapizado de vello rizado y lo acarició con tanta ternura que el hombre cerró los ojos a causa del contacto. El deseo le estaba consumiendo. Ella descendió hasta los tensos y firmes músculos del vientre masculino y los delineó con lentitud.

Adrien no pudo soportarlo más y la atrapó bajo su peso. La besó una y otra vez, recorriendo su cuello con los labios ardientes. Luchó contra los botones de su pantalón y entró en ella tan suavemente como le fue posible, intentando controlar sus ansias de poseerla. Ella gritó y le clavó las uñas en la espalda, abrazada a él con desesperación. Al fin, rotas las barreras, la colmó de caricias y de besos logrando borrar todo rastro de dolor. Se meció con lentitud, saboreando cada movimiento, hasta que ella alcanzó el clímax. Después se vació en ella y se desplomó, exhausto, sobre el cuerpo femenino. Solo escuchó dos palabras de sus labios antes de caer dormido:

—Te quiero.

Millicent abrió los ojos y los entrecerró a causa de la intensa claridad que entraba a raudales en el dormitorio. Miró hacia el suelo. Su ropa yacía arrugada sobre la alfombra, sobre los listones de madera oscura o encima de la mesita, junto a la caja de madera de nogal decorada con palo de rosa, olivo y nácar. Se levantó y observó la masculina habitación, amueblada de manera sobria, y enseguida reparó en su regalo. La maravillosa caja de música que había llenado el aire con su melodía aguardaba junto a la ventana, con la tapa de nogal enmarcado por una amplia tira de palisandro rojo con una marcada veta negra. A los lados, dos asas de latón dorado con molduras grabadas en forma de volutas completaban el conjunto. La dama levantó la tapa y observó el intrincado mecanismo. Recordó el momento en que su esposo la había puesto en funcionamiento y el modo en que había cubierto sus ojos y se ruborizó. Se sentía afortunada, la mujer más feliz del mundo.

Se aseó y se vistió y preguntó a un criado por Adrien. Al parecer se encontraba en su despacho atendiendo una llamada. Cuando se disponía a llamar a la puerta con la mejor de sus sonrisas se percató de que no estaba cerrada sino entornada.

—¿Estás completamente seguro, maldita sea? —escupió Adrien con rabia, golpeando la mesa con saña—. No, no me vengas con esas. Te advertí que necesitaba saberlo cuanto antes, ¿es que acaso no aprecias tu vida, sucia sabandija? ¿Qué se supone que debo hacer yo ahora, por todos los santos?

Millicent frunció el ceño y sus labios se curvaron en una mueca de

desencanto. ¿Qué habría sucedido para causar la cólera de su esposo?

—¡Maldición! —gritó justo antes de colgar el teléfono de un golpe.

La joven empujó la puerta y observó a su marido, que aguardaba con las palmas de las manos apoyadas sobre la mesa. Su camisa remangada hasta los codos y el cabello despeinado completaban el cuadro de hombre desesperado.

—¿Va todo bien? —musitó con temor, sin alejarse de la entrada del despacho.

Adrien le dirigió una mirada cargada de aversión y la miró erguido, como si en cualquier momento fuera capaz de saltar sobre ella para estrangularla.

—¿Me estabas espiando? —dijo con los ojos brillantes de furia—. ¡Fuera de mi vista! ¡Fuera!

Le gritó tan fuera de sí que Millicent echó a correr escaleras arriba y se encerró en su dormitorio con lágrimas surcando sus mejillas. Se cruzó en su camino con Claire, que no daba crédito a los alaridos de su hijo.

12

Brasil, julio de 2016

Nora se enfundó en sus pantalones cortos, se puso una camiseta de algodón y las sandalias y bajó a desayunar temprano. Apenas había logrado conciliar el sueño durante la noche, y nada más que el sol comenzó a salir abandonó la cama de un salto.

Se sentía confusa. Se percató de que no había hablado con David desde el día de su llegada, aparte de algunos mensajes dispersos que se habían mandado el día anterior. Y lo peor de todo era que no le echaba de menos en absoluto, como si no existiera desde que había puesto un pie en Brasil. Era cierto que su relación no atravesaba el mejor momento, pero ¿no tener ganas de hablar con él? ¿De describirle el maravilloso lugar en el que se encontraba con las demás? Aquello era desalentador, tal vez Annie tuviese razón y su vida estuviera transcurriendo ante sus ojos sin que ella hiciera nada por cambiar las cosas. Situada en su zona de confort, ni siquiera se había planteado modificar una mínima parte de su rutina. Empezaba a pensar que su calculado día a día no era más que una farsa donde ocultarse de la verdad. Su frenética lucha para conseguir el puesto de sus sueños le había cerrado los ojos a todo lo demás.

Salió del cuarto y se encaminó a la biblioteca. Sus tías todavía dormían, y el desayuno no se serviría hasta horas más tarde. La luz comenzaba a acceder por los ventanales e iluminaba el retrato de los Everett dotándolo de un halo sobrenatural. Repasó cada detalle de la fotografía con detenimiento y se percató de la presencia de un objeto que no había visto la noche anterior. La cajita todavía estaba cubierta por las sombras, pero se podía apreciar una tapa de dos maderas y unas asas doradas de metal. Acarició la superficie lustrosa y después deslizó la tapa hacia arriba, descubriendo el mecanismo.

—¡Una caja de música! —exclamó Nora con extrañeza. Jamás había visto una tan grande. Ella tenía una, pero era pequeña y con una bailarina que daba vueltas con su tutú de tul rosa. Su abuela Karen se la había regalado en su quinto cumpleaños, y ella la había conservado como un tesoro.

Accionó la palanquita y el engranaje comenzó a girar tras un chasquido. Una maravillosa melodía invadió la estancia con sus notas, y la espesa melancolía pareció deslizarse sobre los libros acumulados durante años.

—¿Cuál es tu historia? —musitó Nora con una débil sonrisa en los

labios, sin apartar la mirada del mecanismo.

—Buenos días, Nora.

La joven se dio la vuelta con sorpresa y miró al recién llegado.

—Buenos días, Bruno. Disfrutaba de la contemplación de esta maravilla. Me encanta Chopin —admitió—. No recuerdo haberla visto anoche.

—Anoche no estaba ahí, te lo aseguro. Vengo mucho por aquí y puedo decirte que jamás la había visto —repuso él con extrañeza mientras se acercaba a ella con decisión para estudiar la caja—. Alguien ha debido ponerla ahí durante la noche.

El agradable aroma de ese hombre entró con rapidez en las fosas nasales de Nora y la confundió por un momento. Debía haber salido de la ducha hacía pocos minutos. Observó su cabello claro, todavía húmedo, y de nuevo se sintió confusa.

—Qué raro. ¿Por qué traerla aquí durante la noche? —dijo ella.

—Sí, estoy de acuerdo. No tiene mucho sentido. Le preguntaremos a Christa durante el desayuno.

Ruby untó su tostada con mantequilla y le hincó el diente mientras el delicioso aroma del café recién hecho invadía cada rincón del comedor.

—De modo que habéis visto la caja de música —apuntó Christa con una sonrisa. Tomó su taza, bebió con fruición del líquido oscuro y la depositó con suavidad sobre el platillo de nuevo, como si calculase lo que iba a decir—. Ese objeto fue muy importante en la vida de nuestra madre. Siempre que la tristeza atenazaba su corazón se refugiaba en esas notas como si se tratase de un bálsamo para sus heridas.

Nora la miró sin pestañear.

—Anoche Bruno y yo estuvimos en la biblioteca admirando la fotografía de Adrien y Millicent, y sin embargo la caja no estaba. Pero esta mañana yo misma la descubrí allí.

—Le pedí a Geraldo que la pusiera en ese lugar. Hasta ahora había estado en el dormitorio que nuestra madre ocupó y que nunca se ha vuelto a utilizar. Mis hermanas y yo pensábamos contarte algunas cosas...

—Todo a su tiempo, Christa —intervino Ruby—. Todo a su tiempo.

Annie sonrió con picardía y suspiró.

—Si te parece, podemos continuar la historia donde la dejamos después del desayuno.

—Me parece bien.

—Por cierto —dijo de repente Bruno—, mañana debo hacer unas comprobaciones en una zona magnífica. ¿Te gustaría acompañarme, Nora?

—Yo... No sé si debo... —comenzó Nora con el ceño fruncido. Se sentía muy confundida cuando aquel hombre estaba cerca, y no quería enredar

más su complicada existencia.

—¿Cómo que no sabes? —añadió Christa con un suspiro—. Si la edad me lo permitiera no dudaría en ir, jovencita. Por desgracia mi salud es cada vez peor. Ve con Bruno y disfruta de los encantos de este lugar, y atesóralos en tu memoria para cuando tengas que regresar a Washington.

Nora asintió. ¿Qué podría tener de malo hacer una excursión con un hombre encantador?

—De acuerdo.

La biblioteca se encontraba en completo silencio cuando las tres hermanas y Nora irrumpieron allí tras el desayuno. Tomaron asiento y se miraron entre ellas antes de que Annie decidiera tomar la palabra.

—Bueno, ¿dónde lo habíamos dejado? —preguntó mientras se ajustaba las gafas sobre la nariz.

—Justo cuando vuestro padre le pidió a Claire Higgins que le acompañara hasta este lugar —recordó Nora, cruzando las piernas en aquel viejo sillón.

—¡Ah, sí! En realidad estaba enamorado de una escritora que había conocido por casualidad mientras buscaba un regalo para la señora Higgins. Y nuestra madre se había enamorado también de él a primera vista. Adrien no dudó en pedirle la mano al padre de esa mujer, nuestro abuelo, Theodor Wells. Hasta donde nosotras sabemos, él aborrecía a nuestra madre, de modo que no dudó un instante en concederle su mano. Detestaba las ideas liberales de nuestra madre y su pasión por la escritura, y aquella se presentó como la ocasión ideal para deshacerse de ella —relató Annie con expresión de contrariedad—. Nuestros padres se casaron poco después, y viajaron hasta este lugar acompañados por Claire Higgins.

—¿La caja de música se la regaló Adrien a Millicent una vez instalados aquí? —preguntó Nora, con la cabeza apoyada sobre la mano.

—No. Se la regaló en su noche de bodas.

Todas sonrieron sonrojadas, imaginando aquellos momentos tan especiales. Sus padres se habían casado muy enamorados, les constaba tal cosa. Aquel momento debió ser inolvidable.

—Por desgracia, al llegar aquí nada ocurrió como se suponía que ocurriría. Adrien se alejó de su esposa como si la detestara profundamente, y ni siquiera la señora Higgins fue capaz de hacer cambiar su comportamiento. Debieron ser unos meses muy difíciles para nuestra madre, que imaginaba su estancia aquí como algo maravilloso, no en vano había contraído matrimonio enamorada de ese hombre que ahora actuaba como un completo extraño con ella.

—Pobrecita —repuso Nora—. ¿Por qué se comportaba mi bisabuelo de ese modo?

—Señora Everett —intervino Geraldo, que había abierto la puerta sin ruido—, el doctor Andrade acaba de llegar.

—Continuaremos en otro momento, ahora debo atender unos asuntos que por desgracia no pueden esperar —reveló Christa con pesar, levantándose del sillón—. La edad no perdona.

Ni siquiera había amanecido cuando Bruno llamó con suavidad a la puerta del dormitorio que Nora ocupaba en la gran casa. Aguardó unos instantes y la puerta se abrió.

—Buenos días, Bruno. Estoy lista.

—*Bom dia* [5], Nora. Tan puntual como esperaba —saludó con una amplia sonrisa, una que era capaz de desarmar a cualquier mujer. Cuando sonreía parecía un niño que nunca hubiera roto un plato, con esos ojos azules que siempre estaban llenos de alegría—. Desayunaremos y partiremos enseguida. El viaje es largo, y los caminos pésimos.

Tras el desayuno los dos subieron al viejo todoterreno que la universidad había puesto a disposición del ingeniero y se dispusieron a comenzar el viaje.

—Vamos a la *cachoeira* [6] de Santo Antônio —aclaró él, sin apartar la vista de la precaria carretera llena de baches—. Para llegar hasta allí deberemos tomar un barco en Laranjal do Jari.

—Estupendo —contestó Nora, mientras observaba el paisaje que iban dejando atrás. Por suerte la lluvia que había caído no había sido muy cuantiosa, y los caminos no se habían vuelto intransitables.

El trayecto hasta Laranjal do Jari resultó muy agradable. Charlaron acerca del precario estado de algunas infraestructuras y de las necesidades de los habitantes de la zona. Después, Nora le contó algunos de los sucesos que habían desembocado en una hecatombe en su vida.

—¿Así que fuiste a dejarle las cosas claras a tu jefe? —preguntó maravillado Bruno.

Ella asintió mientras recordaba lo humillada que se había sentido al conocer la decisión de Richard de concederle el puesto a Caleb Martin. Torció el gesto y suspiró.

—Sí. No podía creer que todo el tiempo y el esfuerzo que había invertido para lograr el ascenso hubiera sido en vano. Pero así era.

—Me parece increíble que todavía existan hombres que piensen de ese modo, como si fueran superiores. Es absurdo —admitió mientras mesaba sus cabellos, que se agitaban con el viento que entraba por la ventanilla abierta.

—Lo es. Pero por desgracia hay muchos así, algunos incluso disfrazados de progresistas.

—Por lo que me has contado, tienes talento. No te costará encontrar otro empleo, uno en el que te valoren como mereces.

—Gracias, Bruno. Pero en este instante ni siquiera me planteo regresar, y mucho menos buscar empleo. Creo que necesito desconectar de todo aquello durante una temporada —reflexionó.

—¿Tienes pareja?

Nora miró hacia Bruno, sorprendida por su pregunta.

—Sí. Se llama David, David Mitchell. Es abogado en uno de los bufetes más prestigiosos de Washington.

Recordó lo sola que se había sentido desde que había perdido su empleo, y el escaso apoyo que había recibido por su parte. El dichoso caso McAdams absorbía todo su tiempo. Y se percató de que David no le había hablado del caso en ninguno de los mensajes que se habían enviado.

—Quizás David vuele hasta aquí en agosto, si el caso en el que trabaja se resuelve de forma favorable —reveló Nora con pesar. ¿Y si no era así? ¿Volverían a verse después del verano? Resopló y decidió cambiar de tema—. ¿Y tú? ¿Tienes pareja?

Él movió la cabeza a un lado y a otro.

—No. Hace dos años que no salgo con nadie en serio. Digamos que mi trabajo no es compatible con el amor —respondió con una sonrisa—. Hoy estoy aquí y mañana, ¿quién sabe?

—Lo comprendo. Es complicado.

Una vez en Laranjal do Jari tomaron un barco que los llevó por el curso del río. Tras un trayecto de unos cuarenta y cinco minutos llegaron a la zona donde comenzaban a vislumbrarse las cascadas. Nora abrió los ojos y a punto estuvieron de salirse de las órbitas.

—Es bellissimo —musitó impresionada.

Primero, unas pequeñas caídas de agua entre exuberante vegetación habían captado su atención, solo interrumpida por el sonido del motor de la barca. Después, un enorme salto de agua apareció ante sus ojos y le hizo perder consciencia de todo lo demás. El ensordecedor ruido del agua al caer y la neblina que se levantaba, enmarcada entre árboles verdes como esmeraldas, convertían aquel lugar en uno de los más espectaculares que ella había visto en su vida. Algunas personas se bañaban en las cascadas más pequeñas que había en las dos orillas.

Bruno la miró con satisfacción. Incluso a él le sobrecogía aquel paraje, tras haberlo visitado en multitud de ocasiones. Observó su expresión serena, que parecía indicar que había dejado a un lado sus pesares por un momento.

—Me alegra que te guste —dijo únicamente, dejándola disfrutar de las vistas.

Cuando al fin regresaron a Laranjal do Jari fueron a visitar a un compañero de Bruno. Se internaron en un laberinto de casas de madera mezcladas con bares, discotecas y comercios, todos construidos sobre pilotes en el río. La música alta era una constante, así como el calor sofocante y los diferentes aromas que se mezclaban en el aire cálido.

—Laranjal do Jari era antiguamente uno de los puntos de salida para la minería ilegal de la zona, por lo que era lugar de encuentro de mineros, prostitutas, mafiosos y todo lo demás que te puedas imaginar —aclaró Bruno—. En tiempos todos los clubes tenían una carretilla para transportar a los hombres que morían cada noche en peleas, de ese modo los sacaban y los llevaban al río. Después se creó una importante zona de crimen organizado, en el que se trapicheaba con armas, drogas y munición, e incluso se daba la trata de personas, la tala ilegal, el robo y la extorsión.

—¿Actualmente hay mucha inseguridad?

Bruno movió la cabeza.

—Las cosas han mejorado, aunque todavía queda mucho por hacer.

Nora se pegó a él, conmocionada por lo que le acababa de contar. Había oído historias espeluznantes en diferentes programas de sucesos en la televisión, y se preguntó si aquel lugar sería uno de los que habían aparecido en los reportajes.

Cuando al fin llegaron a la casa que buscaban, Nora respiró aliviada.

—¡Boa tarde, meu amigo![7] —saludó Bruno cuando un hombre menudo de unos cincuenta años y abundante cabello oscuro y poblado bigote abrió la puerta.

—¡Bruno! *Prazer em ver-te*[8] —repuso el hombre mientras abrazaba al ingeniero y le propinaba unas palmadas en la espalda.

—Te presento a mi amiga Nora Ashford, es la nieta de una hermana de Christa Everett —añadió Bruno en su inglés con fuerte acento portugués—. Nora, este es Abraão Gomes.

—Un placer conocerlo.

—También es un placer para mí —repuso el hombre mientras esbozada una sonrisa que hizo más marcadas las arrugas alrededor de sus labios—. Por favor, entrad.

La casita era muy sencilla, apenas conformada por una estancia principal con cocina, mesa y sillas, y otra habitación más pequeña en la que había una hamaca colgada en la pared. La radio sonaba a todo volumen en un rincón, alternando la música con las palabras de un locutor muy animado. Nora, como no entendía una palabra de lo que decía, pronto desvió su interés hacia los dos hombres.

—Qué alegría verte de nuevo. Pensé que no vendrías hasta que te tuvieras que despedir de mí porque abandonabas estas tierras —soltó Abraão a la vez que les invitaba a sentarse con un gesto. Se puso a preparar café y les miró con curiosidad.

—Hoy he llevado a Nora a la *cachoeira* de Santo Antônio. Me apetecía mostrársela —explicó Bruno—. Y he aprovechado para traerte el informe que me pediste.

—¿Lo has conseguido?

—Sí. Sabía lo importante que era para ti —respondió Bruno con una mueca—. Un colega de la universidad se hizo con él y me lo hizo llegar

hace unos días. —Extrajo una carpeta de su bolsa y la dejó sobre la mesa de madera gastada justo cuando el delicioso aroma del café comenzaba a flotar por encima de ellos. Nora aspiró la fragancia con fruición y continuó callada. El café era su combustible.

—Te lo agradezco —repuso Abraão con un brillo especial en los ojos. Tomó tres tazas y las colocó sobre la mesa para después servir el café.

—Lo sé. Todo cuanto hagamos es poco para salvar la selva —musitó Bruno mientras depositaba su mano sobre el brazo del hombre. Este respiró hondo y asintió con lentitud.

—Y bien, dime, Nora, ¿te ha gustado la excursión por el río Jari?

—Desde luego, es un paisaje espectacular. Me he quedado sin aliento en algunos lugares.

Abraão sonrió con satisfacción.

—Lo es. Es por ello que tanto Bruno como yo luchamos para su preservación. Hay demasiados intereses de por medio que anteponen el sucio dinero a todo lo demás.

—Como en todas partes —se lamentó Nora—. Pero sí, cada cierto tiempo las organizaciones ecologistas hacen campaña para salvar las selvas tropicales. Intentan concienciar a la gente de lo imprescindibles que son para la vida. Supongo que todos nos hemos sensibilizado con esa causa en alguna ocasión, pero enseguida regresamos a la rutina y nos olvidamos de ello.

—Es fácil hacerlo desde una vida cómoda. Desde ahí no se puede divisar la catástrofe que supondría terminar con los pulmones del planeta —opinó Abraão mientras retiraba la cafetera del fuego. Sirvió café en las tazas y después tomó asiento—. ¿Verdad, Bruno?

Este asintió.

—Nosotros continuaremos con nuestra lucha pase lo que pase. Tal vez sea poco, pero muchos granitos de arena hacen montañas.

Nora le miró con admiración y probó el café, quedando maravillada con su sabor.

—Madre mía, y yo que pensaba que el café que compraba en la tienda de delicatessen del barrio de Washington en el que vivo era el mejor —resopló con una graciosa mueca en el rostro.

Los dos hombres estallaron en risas y bebieron también.

—Muchas gracias por el café, Abraão. Por desgracia, debemos irnos. No quisiera llegar muy tarde a la casa Everett —advirtió mientras se ponía de pie.

—Vuelve otro día con más tiempo, querido amigo. Podemos comer juntos y te mostraría parte del proyecto que estamos realizando en la municipalidad —pidió Abraão.

—Lo intentaré —prometió Bruno caminando hacia la puerta—. Aunque sabes que será difícil. Tal vez podamos vernos de nuevo en el campamento.

Abraão asintió.

—*Obrigado*^[9], amigo mío. Cuídate.

Ya era tarde cuando Bruno y Nora llegaron a la casa. Apenas tuvieron tiempo de cambiarse de ropa y asearse mínimamente para la cena.

—¡Nora! Qué alegría verte, pensé que no llegarías a tiempo para la cena —exclamó Annie al verla entrar en el comedor acompañada por Bruno—. ¿Cómo ha ido vuestra excursión?

—Ha sido inolvidable —respondió ella mientras miraba de reojo a Bruno. Se sentía tan cómoda en su compañía que no le habría importado haberse quedado a pasar la noche en casa de Abraão—. El paisaje es espectacular.

—Yo lo he visto en varias ocasiones, y todavía me sobrecoge la grandeza del lugar —intervino Christa con una sonrisa.

—Es una maravilla.

Cenaron mientras charlaban acerca de las novedades del día y tras los postres las hermanas le pidieron a Geraldo que les llevase algo. El hombrecillo les entregó un pequeño paquete envuelto en papel de regalo floreado. Crista no tardó en entregárselo a Nora. Esta rasgó el papel y extrajo una preciosa libreta decorada con arabescos de colores.

—Hemos pensado que sería un buen regalo para ti —aclaró Christa con una pícaro sonrisa—, dado que la pasión tanto de nuestra madre como de Annie ha sido la escritura. Tal vez también te apetezca probar.

Annie le dedicó a su sobrina nieta una mirada de complicidad, y aguardó una respuesta.

—Muchas gracias, me gusta mucho. Aunque no sé si yo...

—Tú prueba, y después ya nos contarás tus impresiones —pidió Ruby mientras las demás asentían con la cabeza.

—De acuerdo.

[5] Buenos días.

[6] Cascada.

[7] Buenas tardes, amigo mío.

[8] Es un placer verte.

[9] Gracias.

13

Brasil, catorce de agosto de 1929

Adrien se bajó del coche y se ajustó el sombrero para desviar su mirada hacia la mansión que se erguía orgullosa en medio del jardín tropical. El camino de gravilla blanca se mostraba cuidado, sin un solo socavón, y los arbustos repletos de flores rojas que crecían a ambos lados de la entrada estaban podados sin mostrar la menor irregularidad. Todos los empleados uniformados aguardaban ante la fachada para recibir a su patrón.

El caballero abrió la portezuela trasera del coche y le ofreció su mano a la señora Higgins. El chófer, por su parte, abrió la otra puerta para que la joven señora Everett pudiera abandonar el vehículo. Los ojos de la dama, flanqueados por marcadas ojeras, lucían tristes desde la noche de bodas, como si nada pudiera devolverle la felicidad que apenas había logrado rozar con la punta de los dedos.

—Bienvenida, señora —musitó el chófer con la mirada baja, consciente de la extraña relación que el patrón tenía con su esposa. No añadió nada más, pues aquello sin duda no le incumbía.

Millicent le agradeció sus palabras con una tímida sonrisa y después miró con aprensión hacia lo que sería su nuevo hogar. Un hogar en el que se sentiría tan sola como se había sentido en la casa de los Higgins en Charleston, con la salvedad de que allí al menos había contado con el apoyo de su querida Amanda. En aquel lugar estaría sola por completo, con la única protección de la señora Higgins, que parecía haberle tomado gran cariño durante la estancia en su casa y durante el viaje posterior a Brasil.

Claire sentía lástima por ella y tampoco comprendía el repentino y terrible comportamiento de Adrien. Desde la mañana posterior a la noche de bodas él no se había dignado a dirigirle la palabra a su esposa y se había dedicado a evitarla, lo cual había desencadenado gran abatimiento en ella. Cuando Millicent había ido en busca de su esposo siempre había hallado la puerta de su dormitorio cerrada, como si la hubiera apartado para siempre de su vida.

—Bienvenido, señor —saludó el mayordomo.

—Gracias, André. Me complace estar aquí de nuevo —repuso Adrien, encarando ya la escalera de entrada junto a Claire—. Esta es mi madre, la señora Higgins.

—Un placer conocerla, señora.

—También lo es para mí, André —repuso Claire con una sonrisa.

El sirviente aguardó a que su patrón le presentara a su esposa pero tal cosa no se produjo, de modo que todos entraron en la casa y regresaron a sus quehaceres.

—Bienvenida, madre —dijo Adrien con una sonrisa, mientras le acariciaba la mano a Claire. Millicent observó el gesto con expresión atribulada—. Espero que su salud mejore en este lugar. Todo está dispuesto para que se sienta cómoda, y si hay algo más que la pueda hacer sentir mejor no dude en decírmelo y lo conseguiré. Todo es poco cuando se trata de su bienestar.

—Gracias, Adrien. Seguro que todo estará perfecto para mí —apuntó la dama, sin poder evitar sentir compasión por Millicent, que caminaba con las manos juntas tras ellos. No estaba bien que el cabezota de Adrien tratase de aquel modo a su joven esposa, no señor. Debía volver a tratar aquel tema a solas con él, aun a riesgo de que la acusara de inmiscuirse en sus temas personales. Aquello no podía continuar así.

—Eso es lo que quiero —afirmó el terrateniente mientras se despojaba de su sombrero claro una vez dentro de la mansión. El mayordomo lo recogió y se esfumó con un movimiento de cabeza. Dos criadas recogieron los sombreros de las damas y acompañaron a los mozos que cargaron con el pesado equipaje escaleras arriba.

Millicent miró hacia el piso superior, que se dejaba entrever a través de la hermosa barandilla de la escalera de dos ramales. Tragó saliva al constatar el lujo que emanaba aquel lugar, nada que ver con la sobriedad de la casa de su padre en Charleston. Una enorme lámpara de araña formada por miles de pequeños cristales colgaba sobre sus cabezas, y sin duda alumbraría el vestíbulo con profusión al anochecer. Bajo sus pies, el brillante suelo reflejaba sus zapatos y el dobladillo de su falda de seda rosa pálido. Siguió con la mirada a los componentes del servicio que transportaban maletas y baúles y reparó en la opulencia de muebles, alfombras y cuadros.

—La casa es espectacular, ¿verdad? —opinó Claire, tras observar a Millicent durante unos instantes. Adrien se adelantó e intercambió unas palabras con otro de los empleados.

—Desde luego —admitió Millicent tras respirar hondo. Sin duda aquel era un hermoso lugar para formar una familia, o lo habría sido al menos. Apretó los labios y enmudeció. Observó a su esposo mientras repartía más órdenes entre el servicio y se sintió fuera de lugar. Quizás nunca debiera haber abandonado Charleston junto a aquel hombre que se había vuelto un desconocido para ella.

—Nos veremos a la hora del almuerzo, madre —repuso Adrien con una amplia sonrisa—. Debo atender algunos asuntos urgentes.

Claire asintió con la cabeza.

—Por supuesto, hijo. Nos veremos más tarde —respondió la dama mientras movía su abanico con energía. El calor era intenso.

Las dos damas lo vieron alejarse por el pasillo y siguieron a una doncella que les indicó el camino hacia sus respectivas habitaciones.

—Señora Higgins, este es su dormitorio —informó la empleada ante una de las puertas, que se encontraba abierta. Al instante dos de los mozos que habían subido el equipaje salieron de la estancia y saludaron a las damas con una inclinación.

—Oh, muchas gracias. Por cierto, ¿cuál es tu nombre, muchacha?

—Me llamo Amália, señora —respondió la joven, de piel tostada y cabellos oscuros y rizados.

—Un placer conocerte, Amália.

La mujer sonrió con timidez pero no contestó.

—Y ahora, ve y enséñale a la señora Everett su dormitorio. Seguro que se encuentra cansada —propuso Claire con una amplia sonrisa—. Yo me las apañaré sola.

—Pero...

—Creo que podré asearme y cambiarme de ropa sola —insistió con los brazos en jarras.

—Muy bien, señora Higgins.

Amália dio unos pocos pasos más y le mostró su cuarto a Millicent. Su equipaje estaba junto al armario, esperando que alguien lo colocara en su lugar.

—Por cierto —intervino de repente Claire mientras salía de nuevo al pasillo sin dejar de mover su abanico decorado con motivos orientales—. ¿Cuál es el dormitorio de mi hijo?

La empleada señaló hacia la parte más alejada del piso superior.

—El dormitorio del señor está allí, es el último del ala oeste.

Claire le guiñó el ojo a Millicent y acto seguido se esfumó en su cuarto mientras canturreaba una canción, dejando a las dos mujeres sin palabras.

—Señora Everett —dijo Amália una vez las dos estaban dentro del dormitorio—. Desharé su equipaje con gusto mientras toma un baño, si así lo desea.

Millicent repasó la estancia, la enorme cama de madera oscura con un vaporoso dosel, la cómoda y las mesitas plagadas de detalles. Miró hacia la enorme bañera que se adivinaba dentro del baño y se percató de que estaba llena a rebosar. Asintió y se desnudó sin más preámbulos, tras lo cual se deslizó en el agua tibia. Desde su posición observaba a la empleada mientras extraía los trajes de la maleta y los colocaba en el armario. Suspiró e intentó dejar la mente en blanco durante un rato. Lo necesitaba.

—Me temo que el señor Everett no llegará para el almuerzo —informó el mayordomo—. Acaba de llegar uno de los hombres para que yo le transmitiera su mensaje.

Claire y Millicent aguardaban sentadas a la mesa, y las dos torcieron el gesto al saber la noticia.

—De acuerdo —intervino Claire con tristeza—. Si es así, comeremos las dos juntas, ¿verdad, Millicent?

La joven asintió con pesar. A su esposo ya no le bastaba con no dirigirle la palabra, ahora también evitaba comer en su compañía. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Dejarla confinada en la soledad de su cuarto para que muriera de pena? Desvió la mirada hacia el mantel immaculado sobre el que estaba dispuesta la vajilla y suspiró con fuerza. Su estancia allí no había si no comenzado, y ya se le estaba haciendo tediosa e insoportable.

Tras el almuerzo las dos damas se retiraron a sus dormitorios para descansar un rato. Millicent intentó retomar la novela que había empezado pocos días antes de su boda, pero fue incapaz de escribir nada. La tristeza que sentía no le permitía ni siquiera hacer lo que más le gustaba en este mundo. De modo que se alegró cuando Claire llamó a su puerta varias horas después.

—Buenas tardes, querida. Me preguntaba si te gustaría acompañarme a dar un paseo por el jardín —dijo con su característica energía.

—Desde luego. Me encantaría.

Abandonaron la casa y recorrieron el sendero que llevaba hasta una hermosa fuente, rodeada de setos recortados repletos de flores rosas y amarillas. Tomaron asiento en uno de los bancos de piedra que rodeaban el surtidor de agua y la observaron fluir bajo el intenso calor. Parecía aportar algo de frescor al ambiente, aunque Claire no dejaba de mover su abanico como de costumbre.

—Creo que voy a tardar en acostumbrarme a este calor. Por suerte estos maravillosos jardines hacen que lo olvide por unos momentos.

—Son realmente bellos —reconoció Millicent, que ya había olvidado lo que era sonreír. Cuando la vida al fin parecía haberle concedido un respiro y un futuro prometedor se había abierto ante sus ojos la realidad había caído sobre ella de nuevo como un mazazo. Comenzaba a preguntarse si no habría sido mejor quedarse en Charleston, aunque su padre y su hermano se dedicasen a hacerle la vida imposible. Cualquier cosa le parecía mejor que soportar a un esposo indiferente, frío como el hielo.

Claire puso su mano sobre la de ella y la presionó con suavidad.

—No debes perder la esperanza. Adrien está enamorado de ti.

—No es cierto —se lamentó Millicent, con lágrimas en los ojos.

—Él me lo reveló cuando fue a verme para regalarme tu novela. Aunque no era necesario, lo vi en sus ojos. Le conozco muy bien, querida Millicent —repuso con una sonrisa.

—¿Y entonces por qué me trata como si fuera una completa desconocida para él? No comprendo...

—Tampoco yo. En ocasiones Adrien es hermético con sus asuntos. Pero estoy segura de que te quiere, eso no podría negármelo. No a mí.

Varias aves de vivos colores se posaron sobre los árboles tras ellas y las deleitaron con sus alegres trinos.

—Los últimos días en Charleston fueron insufribles, señora Higgins. Creí volverme loca entre aquellas paredes, sabiendo que Adrien me detesta. Y aquí... siento una soledad tal que a veces creo que me va a engullir. Ni siquiera he podido escribir nada desde la boda —añadió mientras enjugaba una lágrima con su pañuelo bordado.

Claire apretó más su mano.

—Indagaré para conocer lo que ha ocurrido, ya que el cabezota de mi hijo no quiere decírmelo. Pero te aseguro que compondremos los pedazos de todo esto, ¡vaya si lo haremos! Los dos os queréis, y eso es algo demasiado valioso como para echarlo a perder por una tontería —recitó con convicción—. Y ahora, prométeme que vas a intentar terminar esa historia que tienes a medias, pues la estoy esperando ansiosa.

Millicent no pudo evitar sonreír.

—Gracias, señora Higgins.

—¡Oh, no, querida! Gracias a ti por tus emotivas novelas. Te aseguro que vas a llegar muy lejos.

—Le prometo que lo haré.

—Bien. Y ahora regresemos para la cena.

Las dos damas recorrieron el camino de vuelta a la casa a la sombra de los frondosos árboles que flanqueaban el camino de gravilla blanca. Muy cerca ya de la mansión escucharon a alguien hablar.

—Es Adrien —musitó Millicent, esperanzada.

—Vayamos a saludarle —repuso Claire con decisión. Pero sus zapatos se quedaron clavados al sendero al ver que su hijo permitía que una mujer lo abrazase.

Millicent observó la escena, aturdida. Su esposo abrazaba a una joven ataviada con un sencillo vestido azul hasta las rodillas y un delantal blanco. Después vio cómo la besaba. Aquello fue demasiado para ella. Echó a correr hacia la casa y no se detuvo hasta encontrarse en la soledad de su dormitorio, convencida de que al enamorarse de Adrien había tirado toda su vida a la basura.

—Creo que merecemos una disculpa, Adrien —reflexionó Claire mientras se limpiaba la comisura de los labios con la servilleta de lino durante la cena—. No apareciste a la hora del almuerzo.

—Lo sé. Disculpadme —respondió el caballero sin mirarla siquiera—. Por desgracia surgió un asunto que requirió mi presencia en la explotación. Un hombre se hirió en un brazo con su machete.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Claire—. Espero que no haya sido grave.

—Se recuperará. Por suerte Barbara estaba cerca y pudo atenderlo antes de que la cosa fuera a mayores —añadió con inusitado interés—. No hay mejor enfermera que ella en todo Brasil. Desde que llegó aquí

hace cuatro años, recién finalizada su formación, no ha habido problema que no haya sabido solucionar. Es nuestro ángel de la guarda.

Millicent miró hacia su esposo pero no abrió la boca. Claire hizo una mueca y masticó con lentitud un trozo de carne asada.

—Seguro que lo es, querido —respondió con acritud, sin poder evitar pensar en lo estúpido del comportamiento de su hijo. ¿Qué diantres le ocurría para comportarse de ese modo? Él no era así—. Me gustaría conocerla. ¿Podrías presentármela mañana?

Adrien bebió de su copa y miró hacia su madre, sorprendido.

—Desde luego. Mañana podemos ir juntos hasta el dispensario y yo mismo se la presentaré.

—Bien. Y a Millicent seguro que le gustaría conocer los alrededores de la finca. Podrías tomarte un día libre para llevarla, ¿no crees?

Adrien dejó su copa sobre el mantel y se recostó en su silla con el ceño fruncido.

—Estoy muy ocupado.

—No me refiero a mañana, hijo, pero tal vez la semana próxima...

—Tengo mucho trabajo. No puedo hacer de niñera —escupió Adrien, dando por finalizada la conversación—. Y ahora, si me disculpáis, debo atender ciertos asuntos en mi despacho.

El caballero se levantó y dejó a las mujeres sumidas en sus propias preocupaciones. Atravesó el vestíbulo y se encerró en su despacho con cara de pocos amigos. Al menos allí no podrían molestarlo con estupideces.

Millicent no fue capaz de comer nada más. Aguardó a que la señora Higgins terminase su postre y las dos subieron las escaleras con lentitud.

—Buenas noches —musitó Claire con pesar, justo antes de cerrar la puerta de su dormitorio. Se sentía impotente por no poder ayudar a su nuera. La muchacha era una buena mujer, no merecía tales desprecios.

—Buenas noches, señora Higgins.

Millicent entró en su cuarto y cerró la puerta tras de sí. Se apoyó en la gruesa madera y dejó que las lágrimas fluyeran libres por sus mejillas. Deseó con todas sus fuerzas poder odiar a aquel hombre que le había robado el corazón, en lugar de amarlo con la fuerza de un huracán. Golpeó la puerta con los puños y entonces divisó la caja de música entre las lágrimas. Aguardaba junto a la ventana, conteniendo todo por cuanto sufría su dueña. La joven se acercó y acarició la tapa para después abrirla. Accionó el mecanismo y la música comenzó a invadir el aire de la estancia.

—Adrien —musitó abatida Millicent.

Recordó los preciosos momentos en que se había sentido amada. Durante aquella noche que había compartido con su esposo se había

sentido como si ella lo fuera todo para él. Había descubierto lo que eran las caricias de sus manos, sus cálidos besos cargados de pasión. Y, cada vez que deseara recordarlos, no tendría más que abrir aquella caja de música.

Adrien guio a su madre a través del frondoso jardín en dirección al dispensario. Todavía no comprendía su repentino interés por conocer a Barbara, pero no le había dicho nada al respecto para no contrariarla. Y cuando tras el desayuno le había recordado que quería que se la presentase no se había podido negar. Sabía que estaba en desacuerdo con él a causa de su comportamiento para con Millicent, y no deseaba complicar más la situación con ella.

—No logro acostumbrarme al clima de este lugar infernal —se quejó la dama, sin dejar de agitar su abanico.

Adrien sonrió.

—Lo hará, no se preocupe. Además, creo que está actuando de forma beneficiosa en su enfermedad.

—Eso es cierto. La tos no me aqueja tan frecuentemente como lo hacía en Charleston —reconoció ella con satisfacción—. Aunque lo que más me preocupa es tu bienestar, hijo, y no el mío.

El terrateniente acusó el golpe bajo. Miró hacia su madre con los labios apretados y no le contestó. Otra vez Millicent. Esa maldita mujer había puesto su vida patas arriba.

—Sí, Adrien, no des la callada por respuesta. Sabes que tengo razón. Millicent es una mujer maravillosa. Te quiere. No deberías tratarla del modo en que lo haces.

Recorrieron el último tramo hasta llegar al dispensario. Adrien no había dicho una sola palabra, y no pensaba hacerlo, pero Claire le sujetó con firmeza por el brazo.

—Dime lo que te ocurre, hijo mío, me enferma esta preocupación. Sé que la quieres, lo veo en tus ojos. También lo vi aquel día en Charleston, el día en que la conociste en la librería de King Street. Entonces, ¿qué es lo que te impide amarla? ¿Qué es lo que te impide ser feliz a su lado? Tú querías formar una familia, lo sé. Y ahora... te comportas como un auténtico necio. Me gustaría saber tus motivos.

—Porque sí, y no quiero volver a hablar más del tema. Mi matrimonio fue un error. Millicent fue un error. Ojalá no la hubiera conocido —soltó con la mano sobre la barandilla blanca de la construcción de madera. Cerró los ojos y por un momento pareció que le iba a revelar algo más a su madre, pero enseguida los abrió mostrando frialdad y odio—. Tengo trabajo. Le presentaré a la señorita Jones y después me iré.

Claire asintió, sin poder evitar mostrarle su tristeza.

Entraron en el edificio y se dirigieron hacia la recepción, donde la enfermera garabateaba algo en una carpeta. Levantó la mirada en cuanto

los oyó entrar.

—Buenos días, señor Everett —saludó con una amplia sonrisa en los labios rojos. Se puso de pie y bordeó la mesa hasta quedar frente a los recién llegados, con las manos entrelazadas frente al delantal blanco.

—Buenos días, señorita Jones. Le presento a mi madre, Claire Higgins.

—Un placer conocerla, señora Higgins —dijo la enfermera.

—Un placer, señorita Jones. Mi hijo me ha hablado de su gran labor —añadió Claire mientras la escrutaba de cerca. De modo que aquella joven era la que había ocupado la cama de su hijo antes de su último viaje a Carolina del Sur.

—Su hijo es muy amable —repuso Barbara mientras fingía ruborizarse.

—Por desgracia, debo irme —intervino Adrien visiblemente incómodo—. Ciertos asuntos me esperan.

Le dio un beso en la mejilla a su madre y se despidió de su empleada con un movimiento de cabeza. Después, se puso el sombrero y abandonó la estancia a grandes zancadas mientras las dos mujeres le observaban.

—¿Le gustaría conocer el dispensario? —invitó Barbara, sin sospechar siquiera las intenciones de Claire.

—En otro momento. Ahora solo tenía intención de conocer a la desvergonzada que se atreve a acercarse a un hombre casado.

Barbara palideció, y sus zapatos se quedaron clavados sobre los listones de madera oscura del suelo.

—No comprendo...

—No te hagas la tonta conmigo, os he visto con mis propios ojos —le increpó Claire con los brazos en jarras. Desplegó su abanico y lo movió con energía junto a su rostro—. Espero que tales comportamientos no vuelvan a repetirse. Y ahora, si me disculpas, debo regresar a la casa junto a mi nuera.

Se dio la vuelta y se alejó ante la atónita mirada de la enfermera, quien, avergonzada, volvió a sus quehaceres. No estaba enamorada de aquel hombre, ni tampoco lo había estado nunca. Simplemente había disfrutado de una relación que la había colmado de regalos y, desde luego, no pensaba continuar con ella.

14

Brasil, julio de 2016

Nora miró por la ventana y observó el jardín bajo la negrura nocturna. ¿Cuántas veces habría recorrido su bisabuela aquel vergel? Imaginó el pesar que debió sentir durante aquellas interminables jornadas en que su esposo la trataba como a una completa extraña. Lejos de su hogar y de su gente, aquella situación no debió haber sido fácil para ella.

Suspiró y marcó el número de David para charlar un rato con él. Hacía días que debería haberlo hecho.

—Nora, buenas noches —saludó él tras descolgar.

—Hola, David. ¿Cómo estás? —preguntó ella tras tomar asiento en la cama.

—Bien, agotado con todo el proceso McAdams, ya sabes.

«Cómo no», pensó Nora mientras torcía el gesto.

—¿Crees que se resolverá en estas dos semanas? Me gustaría verte por aquí en agosto.

—No lo sé. Anthony cree que sí, pero yo no lo tengo tan claro. Brad ha tenido que salvarle el culo de nuevo al pequeño McAdams, que en lugar de aprender de sus errores se ha dedicado a añadir un cargo más a su ya de por sí grueso historial —reveló David resoplando.

—Oh. —Nora se puso de pie y se acercó a la ventana de nuevo—. De acuerdo, pues ya me irás informando de los avances.

—Sí, no te preocupes. ¿Cómo estás tú?

—Bien, esto es precioso. Y las tías...

—Richard ha llamado millones de veces preguntando por ti. Quería saber cuándo regresarías de tu viaje —interrumpió David—. Le he dicho que no lo sabía.

—Si vuelve a llamarte dile que no quiero volver allí nunca más.

—Pero Nora, es el puesto de tus sueños el que está en juego. Deberías...

—No, no me digas lo que debería hacer. Ni siquiera estuviste allí para verme durante los días posteriores a mi despido —soltó Nora de repente.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—Lo siento —dijo David instantes después—. A veces creo que invertimos demasiado tiempo en nuestras carreras y olvidamos lo verdaderamente importante.

Nora se mordió el labio inferior y la tristeza le atenazó la garganta.

—Te echo de menos. Creo que llevo mucho tiempo haciéndolo.

—Y yo a ti, Nora. Haré lo posible por terminar cuanto antes con todo esto. Viajaré a Brasil, te lo prometo.

La joven asintió con aire ausente. Todo el tiempo que le había extrañado lo tenía justo a su lado. Hacía mucho que los dos estaban muy lejos el uno del otro.

—Vale. Cuídate, David.

—Y tú. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Nora pulsó el botón de colgar y se quedó mirando la pantalla de su Smartphone, que pronto se quedó oscura. ¿Qué les había pasado? ¿Dónde habían quedado aquellos momentos en que, tras terminar la universidad, se habían ido a vivir a un apartamento minúsculo mientras compaginaban dos o en ocasiones tres empleos para poder pagar las facturas? Entonces eran felices. Apenas tenían lo suficiente para llegar a fin de mes, pero no les importaba. Después, David había encontrado la oportunidad que había estado deseando durante toda su vida, cuando en uno de los más importantes bufetes de la ciudad había quedado una vacante. Y Nora había conocido Wilkins and Co., y sus vidas se habían convertido en frenéticas carreras por alcanzar sus metas.

¿Qué metas? Empezaba a creer que solo habían sido espejismos que ocultaban la verdad, y es que a medida que empezaron a crecer profesionalmente, empezaron a distanciarse a la misma velocidad. Incluso empezaba a dudar de que el puesto de director financiero fuese en realidad cuanto deseaba. Desde la distancia, todo lo sucedido con Richard le parecía poco más que un espejismo. Tal vez Annie tuviese razón después de todo y lo que necesitaba era mirar su vida con perspectiva para darse cuenta de lo que en realidad quería.

Marcó el número de Bridget y enseguida olvidó sus pesares. Su amiga tenía la capacidad de hacerle olvidar todo lo malo con su buen humor.

Nora despertó sobresaltada en mitad de la noche con la frente perlada de sudor. Había tenido una pesadilla, que poco a poco se diluía con la claridad que se filtraba a través de la ventana. Observó las sombras de los árboles, proyectadas en el interior del dormitorio por la luz de la luna y que parecían dedos fantasmales que lamían el suelo y la pared donde se ubicaba la puerta. De niña seguro que se habría sentido asustada.

Se levantó y se puso la bata de seda que Annie le había regalado para su cumpleaños, salió al pasillo y se encaminó sigilosamente hacia el dormitorio de su bisabuela. Entró sin hacer ruido y cerró la puerta sin encender la luz. La luna se filtraba entre las vaporosas cortinas y desvelaba algunos detalles de muebles y adornos. Cuando Nora encendió la luz todo aquel encanto se esfumó. Recorrió con la mirada los retratos de la vieja cómoda, que se encontraban perfectamente alineados sobre el

tapete amarillento. Reconoció a Millicent y a Adrien en varios de ellos, con algunas de sus hijas recién nacidas. En otros eran las niñas quienes posaban en el jardín, que se había mantenido idéntico con el paso de los años. Tomó uno, en el que aparecía el matrimonio con una amplia sonrisa. La pareja no estaba en el centro de la fotografía, sino a la derecha de la misma, frente a uno de los cobertizos en los que se guardaban las herramientas para la tala. Adrien lucía uno de sus trajes claros y un sombrero a juego, y su esposa llevaba un vestido largo hasta la rodilla y un sombrerito que le ocultaba la frente.

—¡Oh!

Nora se acercó la fotografía en blanco y negro a la cara y observó el abultado vestido de su bisabuela. Sí, estaba claro, la mujer estaba embarazada. Buscó en alguna esquina de la imagen para comprobar la fecha, pero no halló nada. Le dio la vuelta al marco y desplazó las pestañas que mantenían en su posición la tapa trasera, y estas cedieron con cierta dificultad. Retiró la cubierta de madera y extrajo la fotografía con sumo cuidado, pues no quería estropearla. En efecto, había sido doblada para colocarse en el portarretratos. Nora la desdobló y descubrió a una mujer joven, de cabellos negros que se ondulaban en su sien, que observaba a la pareja con expresión seria. Parecía llevar un delantal blanco, como si se tratase de una enfermera. Leyó la fecha en voz alta:

—Cuatro de noviembre de mil novecientos treinta.

¿Mil novecientos treinta? Pero si Christa, su primogénita, no había nacido hasta mil novecientos treinta y dos. Nora resopló asombrada. Le dio la vuelta de nuevo a la fotografía, ahora desplegada, y observó la imagen. Adrien y Millicent posaban mirando hacia el fotógrafo, mientras aquella otra mujer los miraba desde un lateral. Era extraño. Volvió a colocar el viejo papel en el marco y cerró la tapa para depositarlo sobre la cómoda. No pudo evitar bostezar, la somnolencia había regresado a su cuerpo. Les preguntaría a sus tías por la mañana.

—De modo que te has dedicado a las excursiones nocturnas, Nora — bromeó Christa con su taza de café entre las manos.

—Se puede decir así —admitió Nora con una sonrisa—. Tuve una pesadilla y decidí que un paseo me vendría bien. No sé muy bien cómo, pero terminé en el dormitorio de vuestra madre. Y curioseando descubrí una fotografía en la que ella posa embarazada.

Annie se atragantó con su té y Ruby le propinó unos golpes en la espalda.

—¿Y? —continuó Christa.

—Quería saber si estaba embarazada de ti, Christa, o de ti, Ruby, o si lo estaba de las gemelas.

Annie la miró con los ojos muy abiertos, y decidió posponer su

desayuno.

—De modo que la saqué del marco para buscar una fecha o algo que respondiera a mis dudas, y la encontré. Solo que ponía noviembre de mil novecientos treinta. ¿Cómo es posible? Tienen que haberse equivocado por fuerza...

—No se equivocaron —repuso Christa con cara de pocos amigos.

—¿Y entonces?

—Nuestra madre se quedó embarazada de un varón, pero por desgracia no llegó a nacer.

Nora enmudeció. Colocó sus manos sobre el regazo y por un instante se arrepintió de haber escarbado en los amargos recuerdos que guardaba aquella casona.

—Hubiese sido nuestro hermano mayor —añadió Ruby con tristeza.

—Oh, vaya, lo siento.

—Nuestra madre lo recordaba con melancolía. No dejaba de repetir que aquel embarazo había sido el comienzo de su felicidad junto a nuestro padre.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Nora con temor.

—Nuestra madre nunca quería hablar de ello, decía que revivirlo le hacía mucho daño —respondió Annie, que tomó de nuevo su taza entre las manos—. Pero la realidad es que alguien muy cercano a ellos asesinó a su hijo y a punto estuvo de terminar también con su vida.

—Qué tristeza debió sentir mi bisabuela —musitó Nora, compungida—. Su primer hijo. Qué injusta es la vida a veces.

—Sí que lo es —resopló Christa con pesadumbre—. Aunque en ocasiones somos nosotros quienes la complicamos con nuestros actos, desencadenando daños irreparables.

Annie la miró de soslayo con los labios apretados. Sí, desde luego que la vida era complicada e injusta. Pero a veces no había más remedio que adaptarse a las vicisitudes y continuar contra viento y marea.

Nora disfrutaba de una maravillosa puesta de sol en uno de los porches tras la cena cuando alguien se acercó a ella.

—*Boa noite*, Nora.

—Buenas noches, Bruno —respondió ella con una sonrisa.

—¿Te importa que te acompañe?

—En absoluto. Me agradecería conversar con alguien —reconoció mientras señalaba hacia el sillón que había a su lado, frente al hermoso panorama. El sol se perdía tras las espesas copas de los árboles, formando destellos que relucían como gemas.

—¿Y no quieres hacerlo con tres hermanas que yo conozco? —bromeó mientras se sentaba.

—No, por favor. Ya tengo suficientes misterios por hoy. Creo que todo me lo cuentan a medias solo para mortificarme.

—Creo que solo quieren que tú misma encuentres tu verdad.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Estás también confabulado con ellas? —dijo Nora mientras esbozaba una graciosa mueca.

Bruno sacudió la cabeza.

—De eso nada. Soy inocente —repuso levantando la mano—. Christa me habló de ti antes de tu llegada. Me contó que tanto ella como Ruby y Annie estaban preocupadas por ti. Al parecer vivías en un estrés constante, en una lucha que ellas consideraban que no merecía todos tus esfuerzos.

—Puede que tengan razón. Me he dado cuenta de que no todo gira alrededor del trabajo. Es más, me he dado cuenta de que puedo sobrevivir sin estar atada a mi trabajo las veinticuatro horas del día. ¡Es increíble! Creía que era imposible. Mi amiga Bridget me lo había advertido también, aunque ella tiene una vida de todo menos ordenada —recordó con una sonrisa.

—Yo también vivo para mi trabajo.

—No es verdad —repuso Nora—. Tu pasión es conservar toda esta belleza de incalculable valor. Es diferente. Yo luchaba por lo que creía merecer, y ahora que estoy aquí creo que aquello no merecía tantos desvelos. Estuve a punto de perder la salud —reconoció, apoyando el mentón sobre la mano en actitud pensativa.

Bruno la miró desconcertado.

—Sí —dijo ella—, llevaba un tiempo sintiendo molestias, creo que era mi cuerpo que me avisaba para que echara el freno, pero lo ignoré. Y un día perdí el conocimiento en el medio de la calle. Me llevé un buen susto. Por suerte tan solo fue fruto del estrés, y mi médico me recomendó que me tomase las cosas con más calma.

—Ahora entiendo lo que Christa me dijo. Estaba realmente preocupada por ti. Todas lo estaban.

Nora movió la cabeza a un lado y a otro.

—Me alegra que decidieras venir —dijo Bruno.

Nora le miró a los ojos. Su estúpido corazón había dado un vuelco al escuchar sus palabras.

—Yo también me alegro de haber venido. Habría sido una pena no habernos conocido.

—¡Desde luego!

Y los dos estallaron en risas.

—Por cierto —recordó de repente Bruno—, la semana que viene tengo que hacer unas mediciones en el Parque Nacional. ¿Te gustaría acompañarme? Podría mostrarte algún rincón espectacular. Abraão se reunirá conmigo allí.

Nora asintió.

—Encantada. Todavía tengo los ojos empapados de la belleza que me enseñaste en la *cachoeira* de Santo Antônio.

—Pues prepárate para lo que te espera. El Parque Nacional de las

Montañas de Tumucumaque es bellísimo.

Bruno aparcó el todoterreno en una zona despejada y se cargó su mochila al hombro. Nora hizo lo mismo. Echaron a andar atravesando la espesa selva y caminaron durante largo rato, tras reunirse con Abraão y con dos compañeros más de la universidad.

Habían salido de la casa mucho antes del amanecer y habían conducido por caminos imposibles hasta llegar a Serra do Navio, que no era más que un asentamiento creado en la década de los cincuenta para acoger a los trabajadores de una explotación minera de manganeso, situada entre los ríos Araguari y Amapari. A Nora le parecía increíble que el coche aún aguantara tras tantas millas de socavones y barro.

Se reunieron con dos guías y el helicóptero que los llevaría hasta el lugar indicado despegó poco después.

—En este parque hay bosque primario intacto, lo cual, como imaginarás, es de incalculable valor ecológico. También es importante su fauna, en la que destacan grandes carnívoros, como pumas y jaguares, colibríes multicolores y abundantes aves y primates. Los colibríes multicolores son una maravilla —le explicó Bruno mientras sobrevolaban la inmensa masa verde.

—Qué interesante —reconoció Nora, que intentaba no perderse nada de cuanto veía. Cada pocos minutos sacaba su cámara y fotografiaba algo —. Es estupendo que este paraje no esté amenazado.

—Eso no es del todo cierto. Pese a los esfuerzos realizados para su preservación todavía hay que luchar contra la caza, pesca y tala ilegal, así como contra la minería ilegal, especialmente de oro —respondió Bruno, mientras Paulo y Alexandra asentían con la cabeza.

—Oh, claro —soltó Nora con un bufido.

—La comunidad indígena está de acuerdo con las medidas de protección adoptadas para la preservación de este paraje. Pero aún hay mucho por hacer.

El helicóptero voló durante un rato, tras lo cual aterrizó en un claro. Bajaron el equipaje entre todos y echaron a andar hacia la espesura.

Caminaron durante largo rato entre árboles de copas inmensas y de extraños troncos recorridos por plantas trepadoras. Las aves y las diferentes clases de monos del entorno llenaban el aire de ruidos, los ruidos de la vida en estado puro.

—Acamparemos aquí —informó Abraão al llegar a un pequeño campamento.

Montaron las tiendas de campaña y dispusieron los útiles para pasar la noche. Después Bruno se llevó a Nora hasta el río, que transcurría entre el follaje.

—Acompáñame —le pidió, mientras tomaba su mano para ayudarle a ascender a través de una senda en la maleza.

—¿Dónde vamos?

—Tú sígueme.

Abandonaron el río y con ello el campamento, internándose en la selva. Caminaron durante un rato, hasta llegar a un lugar en el que se podía escuchar una caída de agua.

—¿Otra *cachoeira*? —preguntó Nora, con los ojillos brillantes de la emoción.

Bruno inclinó la cabeza, pero no respondió. Se limitó a seguir caminando hasta abandonar la espesura. Allí, un remanso de agua precedía a una hermosa cascada, que caía arrancando destellos multicolores al sol de la tarde. Se deshizo de su camisa y la arrojó sobre unos matorrales, y después se dio la vuelta hacia la joven.

—¿Gustas? —dijo, mientras le alargaba su mano con una amplia sonrisa en los labios.

Nora sintió que su corazón volaba ante su petición. Aquel lugar era idílico, y por un instante se sintió como si ellos fuesen los dos últimos humanos sobre la faz de la Tierra. Asintió y se deshizo de sus botas y calcetines, mientras él hacía lo mismo. Se colocaron junto a la lámina de agua y saltaron.

El agua los engulló pero enseguida les permitió volver a la superficie, proporcionándoles una inusitada energía.

—¡Guau! —exclamó Nora, encantada—. Esto es el paraíso.

—Sí lo es.

Los dos miraron hacia la cascada, que descargaba con violencia el agua sobre la piscina en la que ellos se encontraban. Un arcoíris tornasolado le dotaba de un aspecto sobrenatural.

—Ahora entiendo por qué mi bisabuela se enamoró de esta tierra —reveló ella mientras se fijaba en el pelo claro de Bruno, que se había oscurecido a causa del agua. Miró las gotas que cubrían su barba incipiente.

Bruno también la miró. Tenía el cabello pegado a los hombros, y el tejido de algodón de su camiseta se clavaba en sus clavículas. Las gotas de agua se deslizaban por sus mejillas hasta descolgarse desde su mentón.

—Christa me lo dijo también. Su madre juró que jamás abandonaría esta tierra que la había hechizado, y así lo hizo —respondió el ingeniero.

Los dos se miraron sin aliento, sin saber qué decir.

—Creo que deberíamos salir —balbuceó Nora, sin saber muy bien qué hacer. Aquel hombre la atraía como un imán, aunque no lo había sentido con tanta fuerza hasta ese momento.

Bruno acortó la distancia que los separaba y posó sus labios sobre los de ella. Apenas fue un roce, pero la electricidad recorrió sus cuerpos con la fuerza de un huracán. Nora extendió los brazos hacia él y le rodeó, instándole a besarla con más fuerza. Todo desapareció a su alrededor, los ruidos de la fauna, la exuberante flora, el agua que los rodeaba. Solo

existían ellos dos.

Brasil, enero de 1930

Los meses pasaron y Claire continuó siendo el testigo silencioso de la infelicidad de Millicent, que, pese a sus esfuerzos, no había logrado acercarse a su hijo. La enfermera parecía ocupar un puesto que jamás debería haberle sido concedido en aquellas circunstancias, no desde que su patrón había regresado casado a su hacienda, desde luego. Pero, por más que había insistido, no había logrado más que le contestara con evasivas. Aquel hombre era un condenado necio. Sus pesquisas para averiguar lo sucedido habían resultado infructuosas hasta el momento, pero ella no pensaba abandonar su empresa por nada del mundo. Los volvería a unir, oh, sí.

Aquella mañana Millicent abrió su caja de música, como cada vez que deseaba devolverle algo de paz a su alma marchita, y se empapó de aquella música que la embriagaba. Aquellas notas le traían la alegría, era como si al abrirla la primavera entera entrara por la ventana para llenarle el corazón de esperanza. Como si los recuerdos de aquella maravillosa noche de amor regresaran a aquella estancia cada vez que el engranaje se ponía en marcha de nuevo.

—Adrien —musitó, con los ojos llenos de lágrimas. Acarició los cantos redondeados de la cajita y después se sentó en su escritorio, situado frente a la ventana. Comenzó a teclear el que sería el último capítulo de la novela que tanto le había costado escribir, y que le había prometido a Claire. Ella, y solo ella, sería la primera persona en poder leerla. Esperaba que le hiciera disfrutar tanto como la historia que Adrien le había regalado.

El aire se llenó del sonido rítmico de las teclas de aquel viejo armatoste de hierro fundido lacado en negro, con el que había escrito todas sus novelas y cuentos hasta el momento. Había pertenecido a su madre, y por ello le tenía especial estima.

Llevaba un rato dando rienda suelta a su imaginación cuando la repentina llamada a la puerta la sobresaltó.

—Adelante —invitó, girando la cabeza para observar a su visita.

Claire entró con paso firme y decidido, inundando el aire de la pieza con su perfume de flores frescas.

Millicent la miró con curiosidad. No solía interrumpir sus sesiones de escritura matutinas, de modo que algo debía haber ocurrido para que la dama apareciera allí como una exhalación.

—Adrien se ha herido —anunció con el semblante pálido. Sus mejillas, normalmente sonrosadas, parecían ahora del color de la crema de leche. Se llevó a la frente el pañuelo que guardaba en su mano derecha, como si estuviera a punto de desvanecerse.

Millicent se levantó a toda prisa con los labios apretados.

—¿Se encuentra bien? —preguntó con las manos entrelazadas sobre su falda.

—Las noticias son confusas. Al parecer le ha caído una rama encima cuando revisaba las tareas diarias de los empleados. Le han trasladado de urgencia al dispensario —dijo mientras le alargaba su mano para que la tomase—. Ven conmigo, Millicent.

La joven asintió y abandonó el dormitorio en compañía de la mujer. Bajaron las amplias escaleras y se dirigieron hacia el exterior en compañía de uno de los hombres, quien se había encargado de transmitir la terrible noticia a la señora Higgins. Atravesaron los jardines a toda velocidad y llegaron al dispensario, donde constataron la expresión de preocupación de los empleados, que aguardaban noticias. Uno de ellos se apresuró a abrir la puerta tanto a la madre como a la esposa de su patrón.

Dentro del barracón que hacía las veces de hospital el aire era sofocante. La primera estancia la constituía un vestíbulo, a través del cual se accedía a la recepción. Allí, uno de los hombres les informó de que la señorita Jones estaba curando las heridas del patrón. Ella misma le había dado instrucciones precisas para que nadie interrumpiera su labor. Pero Claire hizo caso omiso de las indicaciones del jovencito. Miró hacia el frente y avanzó sin titubear, con su nuera tras ella. Recorrieron el estrecho pasillo hasta llegar a una estancia amplia y luminosa.

Y allí estaba él, acostado sobre una sencilla cama de metal pintado de blanco. La enfermera le aplicaba un remedio sobre el costado mientras él aguardaba con los ojos cerrados. Alguien le había quitado la camisa pero no el pantalón color caqui ni las botas marrones, anudadas hasta debajo de la rodilla. El cuchillo que siempre llevaba en el cinturón estaba sobre la mesita, dentro de su gruesa funda de cuero. Los tirantes colgaban a ambos lados de la cama.

—¡Maldición! —se quejó cuando la enfermera presionó sobre las magulladuras. Abrió los ojos y de inmediato los volvió a cerrar, ajeno a las mujeres que le observaban. Se mesó el cabello revuelto y contrajo la musculatura de la mandíbula, visiblemente incómodo.

—¿Cómo está? —preguntó de repente Millicent, sin poder aguantar un momento más de incertidumbre. Aquel hombre era su esposo, le gustase o no, y tenía todo el derecho a interesarse por su estado.

Barbara giró el rostro hacia las dos mujeres mientras Adrien miraba a Millicent con enojo. Le mantuvo la mirada unos pocos segundos, lo suficiente para descubrir su preocupación, y después desvió los ojos hacia su madre.

—Estoy bien. No deberíais estar aquí —gruñó mientras Barbara comenzaba a vendarle el pecho.

—¿Cómo puedes decir tal cosa? Estábamos preocupadas —se quejó Claire, que enseguida dio unos pasos hasta quedarse junto a su hijo. Millicent aguardó junto a la puerta, titubeando, y finalmente la siguió.

El corazón de la joven dio un vuelco. Hacía tantos meses que no observaba el torso desnudo de Adrien que sintió que sus mejillas ardían. Hubiera dado todo por poder tocar aquel vello rizado que cubría sus firmes pectorales, por recorrer las sinuosidades de su vientre plano hasta debajo de su cinturón. Respiró hondo y se contuvo. Aquel era su castigo, amar a aquel hombre que era frío como el hielo.

—El señor Everett ha recibido un fuerte golpe —intervino Barbara sin poder evitar dedicarle una mirada de inquina a la madre del patrón—. Por fortuna, las costillas parecen estar bien, pero aun así deberá guardar reposo durante unos días.

La enfermera cortó el sobrante de la venda y depositó el pequeño rollo sobre el carrito en el que había transportado todo su instrumental. Le dedicó a Adrien la mejor de sus sonrisas y les dijo a las damas:

—Volveré en unos minutos. Para entonces, será mejor que hayan dejado al patrón solo. Debe descansar.

Claire no respondió, pero Millicent pudo percibir el desagrado que le causaba aquella insolente muchacha. Esperó a que la enfermera desapareciese de su vista y tomó la mano de su hijo.

—¿De veras te encuentras bien?

Él asintió.

—Estaba en el lugar inadecuado en el momento inadecuado. He sido un imprudente. No volverá a pasar —repuso Adrien intentando no mirar a los ojos de su esposa.

—Bien. Descansa, pues. Aunque yo preferiría que te trasladaran a la casa.

—Les pediré a los hombres que me ayuden para subir a mi dormitorio, madre. Esta noche la pasaré en mi cama —dijo, sintiendo una descarga al mirar a Millicent, que le observaba en silencio. ¿Se había ruborizado? Desde luego, lo parecía. Se deleitó en sus delicados rasgos y por un momento sintió deseos de besarla. Al instante apartó la mirada y se concentró en su madre.

—De acuerdo. Te veré más tarde, entonces —añadió Claire, algo más satisfecha.

Adrien asintió, y no pudo evitar mirarlas mientras abandonaban el dispensario dejándolo solo.

Solo.

Como había estado desde que se había establecido en Brasil dejando a sus padres adoptivos en Charleston. Con la única compañía de Barbara durante sus noches de soledad. Entonces había centrado su existencia en construir su imperio, su próspero negocio y su reputación. Todo había

cambiado aquella tarde en la librería del señor Bell, cuando había conocido a Millicent.

¡Demonios! Todavía recordaba la sonrisa que le había robado el sentido y el suave tacto de su piel al devolverle el libro. Y aquel perfume... el de una mañana de primavera tras la llovizna. Cerró los ojos y recordó su única noche juntos, cuando aún no conocía la dolorosa y terrible verdad, cuando ellos solo eran Adrien y Millicent. Tragó saliva y luchó contra el nudo que se había formado en su garganta, como un mudo testigo de su dolor, de su tragedia.

Millicent se retiró a su habitación tras la cena, días después, con una horrible sensación en la boca del estómago. Se deshizo de sus zapatos y se dejó caer sobre la cama con la derrota cayendo sobre ella. Barbara había cuidado de Adrien con absoluta dedicación durante todos aquellos días y así continuaría haciéndolo hasta que se repusiera. Y mientras ella debía hacer como si nada ocurriese, ignorando cada encuentro, cada deslealtad.

Una gruesa lágrima se deslizó silenciosa por su mejilla hasta aterrizar sobre el almohadón de plumas. Una vez más, la dama se lamentó por todo cuanto le había sucedido. Se sintió sola, estúpida y engañada. Pero sobre todo, se sintió vacía. Vacía como nunca antes en toda su vida. Era absurdo, su esposo se encontraba a escasa distancia de ella y sin embargo le invadía una soledad punzante, arrolladora. Lo mejor sería que abandonara aquel lugar.

Se levantó de la cama como si por un instante hubiera enloquecido, resuelta a hablar con Adrien de una vez por todas. Se miró a toda prisa en el espejo de su tocador y, sin más preámbulos, abandonó su dormitorio y atravesó el pasillo con rapidez. El corazón le golpeaba salvajemente en las sienes, como si amenazara con colapsar sus sistemas, pero ella no se detuvo. Llegó ante la puerta que buscaba y llamó con decisión.

—¿Quién es? —dijeron desde el interior.

—Soy Millicent —respondió ella, respirando de forma entrecortada como si hubiera corrido para llegar hasta allí.

Nada. Solo silencio.

—¿Puedo entrar? —insistió ella, con el corazón en un puño. Miró hacia la oscura madera, consciente de su derrota, pero no se amilanó.

De nuevo el silencio. El oscuro y pesado velo del silencio. Lo único que había habido entre ellos durante los últimos meses.

De repente, Millicent giró el picaporte y se precipitó al interior de la estancia. Adrien la miró con la cara desencajada.

—No te he invitado a pasar —dijo con acritud, desde su posición sobre la cama. El torso todavía mostraba los vendajes que Barbara le había colocado días atrás.

—No lo necesito. Eres mi esposo, eso debería bastar —respondió ella

con orgullo. El hastío tras tantos días vacíos le había dotado de una valentía sin precedentes. Estaba dispuesta a comunicarle su decisión.

—No en nuestro caso. No te quiero aquí —continuó Adrien con necedad, mientras le hacía un gesto con la mano invitándola a marcharse.

Ella, por el contrario, cerró la puerta tras de sí y se acercó a él. Intentó ignorar su desnudez, aunque aquello fuese imposible. Sus largas piernas, cubiertas por un pantalón blanco, mostraban su potente musculatura bajo la fina tela. Observó sus amplios hombros apoyados sobre los almohadones, sus fuertes brazos, sus pectorales. Tragó saliva y respiró hondo antes de continuar.

—Bien, pues si es así, no comprendo qué hago aquí.

Él la miró sin entender sus palabras.

—No comprendo por qué me has traído contigo. Podrías haberme dejado en Charleston, para de ese modo tener vía libre con esa... —titubeó unos instantes en busca de la palabra adecuada, sin hallarla—. Sí, con la señorita Jones. Es más, yo podría irme mañana mismo, si eso es lo que quieres. No soporto estar aquí un minuto más a la sombra de esa desvergonzada y de un hombre sin honestidad ni palabra.

Los ojos de Adrien se abrieron y mostraron las llamaradas de la ira, la misma ira que Millicent había degustado durante su discusión en la casa de los Higgins en Charleston. Ya no le importaba. Estaba harta de callar y soportar todo de forma estoica. Ya era hora de tomar las riendas de su vida. Estaba dispuesta a regresar a Charleston y allí continuar con su profesión sin hombre alguno a su lado. No los necesitaba.

—Sal ahora mismo de mi cuarto —ordenó él con rencor, incorporándose con lentitud hasta quedar sentado en el borde de la cama. Posó los pies descalzos sobre el suelo y la miró.

—No pienso irme hasta recibir una respuesta. ¿Puedo regresar a Charleston? No quiero continuar siendo una molestia para ti. Prefiero marcharme ahora de tus tierras y no tener un lugar adonde ir que continuar presenciando cada día tus encuentros con ella. Haré mi maleta y me marcharé mañana a primera hora, ni siquiera tendrás que despedirte de mí.

—¿Es eso lo que deseas? ¿Irte? —la increpó él, poniéndose de pie frente a ella. En sus ojos ya no se percibía únicamente la ira, sino también un atisbo de decepción.

Ella asintió.

—No puedo soportar estar lejos del hombre al que amo, aun teniéndolo tan cerca.

Adrien la miró sin poder dar crédito a lo que había escuchado. Y por un instante sintió temor. Miedo de perderla. ¿De veras podría afrontar su existencia sin ella? Dio un paso y la besó.

—No quiero que te vayas —susurró él, justo antes de tomarla entre sus brazos para llevarla a la cama.

Tiró del camisón de Millicent y lo arrojó al suelo para deleitarse en sus formas, que tanto había extrañado. La besó degustando su sabor, explorando su calidez y constatando que ella también lo deseaba. Por un momento olvidó todo cuanto le había apartado de ella, como si aquellos pesares que tanto le habían atormentado se hubieran evaporado.

Recorrió su cuello con la lengua hasta llegar a las clavículas, y las delineó también. Millicent se retorció debajo de él, suplicándole más, pero él no se apresuró. Se dedicó a acariciar los rosados pezones que suplicaron más caricias tras el primer contacto. Los presionó, rodeó y lamió hasta que Millicent amenazó con licuarse bajo el influjo del intenso placer. Después, abandonó esa dulce tortura para explorar la cara interna de los muslos hasta acceder al centro mismo del incendio. Millicent gimió al sentir su lengua girando y perdiéndose en su interior, y estalló en oleadas hasta perder la consciencia de todo cuanto le rodeaba.

Adrien no pudo aguantar mucho más. Embebido del dulce néctar de la mujer que amaba, se hundió en ella hasta descargar toda su furia en su interior, consciente con ello de que había dejado atrás muchas de las fobias que le perseguían desde niño.

La claridad iluminaba la habitación cuando Adrien despertó. Saboreó la dejadez que sucede a una noche de amor como la que Millicent y él acababan de disfrutar y la observó mientras dormía. Era tan bonita. Sus cabellos claros reposaban sobre la almohada, mientras su semblante sereno transmitía toda la paz que había en ese momento en su interior. Recorrió la suave curva de sus cejas, sus pómulos sonrosados, sus labios carnosos. Estiró los dedos y acarició su mejilla, subyugado por lo que esa mujer le hacía sentir.

Condenado fuese el destino y todos sus entresijos, pues no podía dejar de amarla por mucho que quisiera odiarla.

—Buenos días —dijo ella al sentirse observada. Se recreó en el azul hipnótico de sus ojos y alargó sus dedos también hasta rozar su áspera mejilla salpicada de barba incipiente—. ¿Has dormido bien?

El asintió.

—Hacía años que no dormía como lo he hecho esta noche —reconoció él con una sonrisa que desarmó a Millicent. Sus cabellos revueltos le proporcionaban un aire encantador.

—Me alegre.

—¿Y tú? ¿Cómo has dormido? —preguntó él mientras depositaba un suave beso sobre sus labios.

—Maravillosamente bien.

—¿Te gustaría que te mostrase mis tierras?

Ella asintió, temiendo todavía que el sueño en el que flotaba se evaporase al llegar el amanecer.

—Vayamos a desayunar para reponer fuerzas. Hoy conocerás parte

del negocio.

Millicent hizo el amago de abandonar el lecho, pero la mano firme de Adrien se lo impidió.

—Ven a mi lado. Después habrá tiempo para lo demás —pidió, en una clara insinuación que a la dama le arrancó una sonrisa.

Millicent se tendió junto a él y se dejó hacer. No existía nada mejor que despertar junto al hombre amado.

16

Brasil, siete de agosto de 2016

Nora se apartó de Bruno con los labios enrojecidos. Contuvo sus deseos de continuar besándolo con aquel ardor que le resultaba tan desconocido como abrumador. Le deseaba, y eso no podía permitirlo de ninguna manera. Debía respetar a David.

—Deberíamos regresar al campamento. Estoy agotada —mintió, pues no se le ocurrió nada mejor para salir del agua. Intentó ignorar la mirada de Bruno, que le quemó la espalda hasta llegar a la orilla. Se sentó y esperó a que sus pies se secaran al aire para ponerse los calcetines.

Bruno salió del agua con los labios apretados. Se sentó junto a la joven y miró con tristeza hacia la cascada.

—Siento mucho si...

—No, no digas nada —pidió ella, evitando algún roce con aquel cuerpo que la descomponía—. Es mejor así. Olvidaremos que ha sucedido esto.

Él asintió.

—De acuerdo.

Los dos regresaron poco después al campamento, e intentaron ignorar sus pensamientos contradictorios. Durante la cena intentaron disimular su desazón charlando con los demás, aunque las miradas que se dirigían cada escasos minutos no lograban ocultar su atracción.

—Buenas noches —se despidió Nora, justo antes de desaparecer en el interior de su tienda.

—Que descanses.

Bruno observó a la joven mientras cerraba la cremallera y resopló. Odiaba pensar que podía haber estropeado su relación con ella, y todo por un estúpido impulso. Apretó su cepillo de dientes entre los dedos y entró en su tienda de campaña, rogando para que al día siguiente todo se hubiera evaporado como un mal sueño.

Tres días después la expedición regresó a la civilización. Bruno condujo en silencio hasta la casa Everett, como si estuviera arrepentido de cuanto había sucedido en la cascada.

Nora se bajó del coche en cuanto llegaron y se encerró en su dormitorio. Él no pudo más que seguirla con la mirada mientras se dirigía a su propia alcoba, con la sensación de que lo había arruinado todo con ella.

—Bienvenidos —saludó Annie, que apenas acertó a verlos esfumarse en sus propias habitaciones. Los miró con extrañeza y después bajó a la biblioteca, convencida de que no había quien entendiera a los jóvenes de hoy en día.

Nora arrojó su mochila sobre la cama y se dejó caer con pesadez en el colchón. ¿Qué demonios le ocurría desde que había aterrizado en aquel lugar? Parecía como si, de algún modo, al encontrarse en aquel enclave abandonado de la mano de Dios, todo lo demás hubiese desaparecido. ¿Acaso no quedaba nada de su vida, algo anterior a aquel viaje? En ocasiones pensaba que no. ¿Qué había de su ascenso? ¿De... David? Sacudió la cabeza y alargó la mano para sacar su teléfono del bolsillo inferior del petate. Marcó el número de su novio y aguardó.

—¿Nora?

—Hola, cariño —saludó ella con la mirada fija en el techo—. ¿Cómo estás?

—Bien. El juicio McAdams será pasado mañana. Pensaba llamarte para decírtelo.

Nora se dio cuenta de que le daba igual, ya ni siquiera tenía ganas de verle. Una punzada de arrepentimiento le atenazó el corazón. Condenada conciencia.

—Oh, me alegro. Espero que todo vaya como esperas —le dijo al abogado.

—Nora, yo... hace tiempo que quería llamarte para decirte algo más.

—¿Y bien?

—Creo que deberíamos darnos un tiempo.

Nora se quedó petrificada. Aquella era la última cosa que quedaba en pie de su vida. De su vida real. ¿Sería posible que se derrumbara también?

—¿Un... tiempo? —balbució ella sin ocultar su extrañeza.

—Sí. Creo que es lo mejor —añadió David, que parecía compungido—. Siento decírtelo así, tan de repente, pero...

—No —interrumpió Nora con un suspiro—. No necesitas explicarme nada. Yo también creo que nos hemos alejado mucho últimamente, solo que es duro pensar en un tiempo separados, ¿no crees?

—Lo es. Pero es lo mejor. Hablaremos a tu vuelta.

—De acuerdo. Suerte con tu caso —deseó ella.

—Gracias.

—Adiós.

—Adiós.

Nora dejó el terminal sobre su pecho con un nudo en la garganta. Y de repente se preguntó cuánto tiempo llevarían viviendo en aquella monotonía vacía. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de ello cuanto vivía en Washington? Empezaba a creer que Annie tenía razón y que ella se había comportado como si estuviera ciega. ¿Realmente su vida dependía de aquel ascenso? Desde aquel lugar

alejado de la mano de Dios ya no le parecía que tuviera tanta importancia, es más, veía su ataque de ira en la oficina como un acto desproporcionado y carente de toda lógica.

Suspiró largamente y miró al techo, sin poder evitar sentirse perdida por completo. Y por un instante deseó haberse dejado llevar por el beso de Bruno. Cerró los ojos y recreó en su mente aquel instante perfecto, en que los labios del atractivo ingeniero se habían posado sobre los suyos como si del aleteo de una mariposa se tratase. Su cuerpo había despertado ante su roce como si llevara años dormido, sumido en una calculada y fría rutina.

Nora se puso de pie y se despojó de sus ropas para disfrutar de una larga ducha que pudiera relajar sus sentidos.

—La cena estaba deliciosa, Geraldo, como siempre —dijo Ruby mientras estiraba su vieja espalda en la silla—. Me temo que voy a regresar a casa con unos cuantos kilos de más.

—Oh, desde luego. Yo pienso igual que tú —repuso Annie con una graciosa mueca—. Este hombre es un tesoro. Quizás intente robártelo, Christa.

Hasta Nora, taciturna durante toda la velada, rio la ocurrencia.

—Chicos, no nos habéis contado cómo fue vuestra excursión —opinó Christa, que no había dejado de escrutar con curiosidad a Bruno y a Nora durante la cena. Algo había ocurrido entre ellos, estaba segura, su comportamiento era de lo más extraño. Parecía que los dos rehuían la mirada del otro.

—Bien —respondieron los dos al unísono, y acto seguido enmudecieron ante las tres hermanas. Nora apuró su postre y limpió sus labios con la servilleta.

—¡Por favor, los dos a la vez no! —bromeó Annie—. No nos contéis tantísimas cosas a la vez.

Bruno miró hacia Nora y el corazón se le aceleró. No debía haberla invitado a aquel viaje, tal vez de ese modo no lo habría estropeado todo con ella.

—Si me disculpáis, no me encuentro demasiado bien esta noche —soltó Nora a la vez que impulsaba su silla hacia atrás para levantarse—. Buenas noches.

Las tres hermanas observaron a Nora mientras abandonaba la estancia, y después miraron hacia Bruno con disimulo. Geraldo se despidió de la joven con un movimiento de cabeza.

—Yo también me retiro. Mañana debo madrugar para ver a un colega en Laranjal do Jari —musitó Bruno mientras dejaba su servilleta sobre el mantel.

—Oh, buenas noches, Bruno —despidió Christa—. Que descanses.

Annie miró hacia sus hermanas e hizo una mueca. Algo no marchaba

bien, y desde luego ella no pararía hasta enterarse. Pero aquel no era el momento, sería mejor esperar hasta el día siguiente.

—Parece que ha habido tormenta —opinó únicamente. Las demás asintieron con tristeza.

—Eso parece.

Bruno salió al jardín y se apoyó sobre uno de los pilares de madera que sostenían el tejado. Respiró hondo y miró hacia el horizonte a través del follaje. El sol ya se había ocultado por completo, y las sombras comenzaban a invadir cada rincón. Puso la cabeza sobre la vieja madera, cerró los ojos y de repente el beso volvió con toda su fuerza.

—Maldición —susurró, abriéndolos de nuevo como si con ello pretendiera deshacer sus recuerdos.

¿Qué le ocurría con aquella mujer? Desde Lena no había vuelto a sentir de ese modo. Y ni siquiera con ella había sentido aquella necesidad, aquella urgencia en el centro mismo de su ser. Resopló y palpó el bolsillo trasero de su pantalón. Extrajo el sobre y lo desdobló, observando las letras del remitente con aire distraído. La universidad se había puesto en contacto con él para informarle que, debido a un recorte en el presupuesto, sus trabajos allí deberían finalizar antes de lo previsto. Le quedaban apenas tres semanas en aquel lugar.

Apretó el papel entre los dedos y miró hacia las nubes, que parecían jirones grisáceos tapizando el cielo sobre su cabeza. Muy pronto debería despedirse de ella.

La luz de la biblioteca estaba encendida cuando Bruno entró de nuevo en la casa. Y, aunque no le seducía la idea de conversar con nadie en aquellos momentos, se acercó para comprobar quién estaba escogiendo un libro a esa hora. La puerta estaba entornada, de modo que se acercó de forma sigilosa y miró hacia el interior de la estancia. En ese momento, una melodía familiar llegó hasta sus oídos. Alguien había abierto la caja de música.

Nora escuchaba con los ojos cerrados y la cabeza ladeada, las yemas de sus dedos colocadas sobre el borde de la cajita. Ajena a quien la observaba, disfrutaba de aquellas notas que a su bisabuela le devolvían la paz, rogando para que en ella causasen el mismo efecto.

Se sentía sola, desorientada, como si hubiera perdido el timón de su vida. Ya no le quedaba nada de cuanto le había importado durante los últimos años, ni David, ni su empleo, nada. Ya no tenía claro que aquel viaje hubiese sido un acierto, pues simplemente había enmarañado sus sentimientos y sus anhelos hasta volverlos irreconocibles.

¿Qué demonios debía hacer ahora? Sin un hogar al que regresar, sin un

trabajo con el que volver a la rutina, la sanadora y útil rutina.

Rutina. Ella había sido la que había convertido su vida en un ir y venir constante, en una sucesión de éxitos vacíos. Eso le había impedido ver que su relación con David se precipitaba hacia el vacío. ¿Y Annie? ¿Cuánto tiempo haría que ella se había dado cuenta de lo que pasaba? Había intentado hacerle ver la realidad en multitud de ocasiones, pero no había servido de nada. Porque no hay mayor ciego que el que no quiere ver.

Nora suspiró con fuerza y abrió los ojos.

—¡Bruno! —exclamó, dando un respingo al sentirse observada—. Me has asustado. Cerró la tapa de la caja y esta enmudeció.

—No era mi intención. Vi la luz al entrar y me pregunté si sería alguna de las tías. Después escuché la música y no pude evitar quedarme para escucharla —se excusó, dando un par de pasos hacia el interior de la habitación—. Además, quería disculparme.

—¿Disculparte? —preguntó Nora con extrañeza.

—Sí. No debió haber pasado nada entre nosotros. Yo... no quería causarte problemas, y creo que te los he causado. No tengo palabras para justificar... En fin, no quería causarte preocupación o malestar o...

—Ah, es eso. No te preocupes, tú no eres el causante de mi malestar —aclaró ella, justo antes de dejarse caer sobre el sillón junto al ventanal. Dejó los brazos muertos a ambos lados y resopló—. Mi novio acaba de dejarme. Eso es todo.

Bruno abrió los ojos como platos.

—¿Entonces no es por mí por...? Quiero decir, estabas tan triste durante la cena que...

Nora negó con la cabeza mientras curvaba sus labios en una mueca.

—Creo que hace tiempo que nuestra relación no funcionaba, pero ninguno de los dos nos habíamos percatado de ello, inmersos como estábamos en nuestras frenéticas vidas. Y este viaje ha servido para darnos cuenta de que lo nuestro no tiene sentido —añadió la mujer con cierta resignación—. Lo peor es que creo que hace mucho que debimos dar este paso.

—Lo siento mucho, Nora —reconoció Bruno, mientras se acercaba a ella y tomaba asiento a su lado.

—Pues no lo hagas. Es mejor así. Es simplemente que me siento perdida. Es como si los puntos de referencia de mi vida se hubiesen esfumado de un plumazo —repuso ella, mientras apoyaba el mentón sobre su mano—. Es raro, eso es todo.

—Lo comprendo. También yo me sentí así tras mi última ruptura. Tiempo después me di cuenta de que nuestra separación había sido lo mejor, pues teníamos diferentes sueños, distintas formas de ver la vida. Pero al principio fue duro.

—El amor es un asco, ¿verdad? —dijo Nora, sintiéndose un poco más animada.

Él asintió y añadió:

—En ocasiones lo es.

—Creo que me iré a la cama. Tal vez dormir sea cuanto necesito para sentirme mejor.

—Espera. Te mostraré algo —intervino Bruno, con un brillo especial en los ojos. Le acercó su mano y dijo:— Ven conmigo.

Ella no se negó. Tomó la mano de aquel hombre y le siguió en silencio, mientras la casa entera parecía dormitar en la oscuridad de la noche. Atravesaron el porche y se internaron en el jardín, en dirección a la fuente. La luz de la luna atravesaba las copas de los árboles y los iluminaba con su luz plateada, mostrándoles el sendero que debían seguir.

—¿Adónde vamos? —susurró Nora, con el corazón palpitante.

—Ahora lo verás.

De repente, una claridad sobrenatural los rodeó. Miles de puntitos brillantes formaban la circunferencia alrededor de la fuente de piedra, como si alguien hubiera dispuesto cientos de guirnaldas en los arbustos que la delimitaban.

—¡Oh! —exclamó Nora, maravillada—. Parece el escenario de un cuento de hadas.

Bruno se sintió satisfecho al descubrir que su idea había funcionado. La había hecho sonreír, y aquello era más valioso que ninguna otra cosa. Sujetó su mano, henchido de orgullo, mientras luchaba contra el deseo de besarla. No debía hacerlo. No debía estropearlo todo de nuevo. Observó los contornos de su rostro a la tenue luz, su mejilla ligeramente curvada, el nacimiento de sus labios carnosos, la piel tersa de su cuello hasta perderse en su nuca.

—Gracias —musitó ella, girándose para mirarlo. Su corazón palpitaba con fuerza, y por un instante se evaporaron todos sus pesares. Bruno siempre conseguía arrancarle una sonrisa, y hasta los problemas parecían empequeñecer a su lado.

—No tienes que dárme las. Tu sonrisa es mi mejor recompensa.

Nora se puso de puntillas y le besó, en el centro de todas aquellas estrellitas brillantes, bajo la luna curiosa. Allí, en aquel escenario digno de un sueño, se dejó llevar por un sentimiento que había intentado ignorar desde su llegada a Brasil, y que ya no pensaba ocultar por más tiempo. Rodeó el cuello con sus brazos y se dejó llevar por aquella pasión arrolladora que amenazaba con consumirla. Y cuando Bruno tomó su mano y la guio hasta su dormitorio, se abandonó a aquellos brazos que le infundían tanta paz.

Brasil, enero de 1930

Adrien se bajó del coche, ajustó su pistola en el ancho cinturón de cuero y tomó la mano de Millicent, que sonrió con entusiasmo. Tras tantas semanas encerrada en la casona y con los jardines como único esparcimiento, aquella expedición constituía toda una aventura.

—Deberemos caminar durante un rato —advirtió él—. El camino se ha deteriorado mucho tras las últimas lluvias. Hasta que la cuadrilla lo arregle no será posible avanzar más en automóvil.

—No me importa —repuso Millicent mientras apretaba más su mano contra la de su esposo.

—Bien, pues entonces vamos allá.

Recorrieron un trecho bajo las esbeltas copas de los árboles, hasta escuchar voces. Unos minutos después observaron a unos hombres desbrozando una parte del sendero.

—¡Adão! —vociferó Adrien en el hueco de sus manos. Su empleado pronto dejó sus quehaceres y se dirigió hacia él a toda velocidad—. *Como tem passado?*[\[10\]](#)

—*Bom dia, patrão. Está tudo a correr bem* —respondió con la mirada baja—. *Em breve, poderemos arranjar o caminho*[\[11\]](#) —advirtió temeroso. Alzó la mirada y observó a la mujer con disimulo. Había escuchado multitud de comentarios referidos a ella, pero jamás la había visto con sus propios ojos. En verdad era muy bonita.

—*Isso está bem.*[\[12\]](#)

—*Sim senhor*[\[13\]](#) —repuso Adão, con su sombrero entre las manos.

Adrien le miró mientras volvía al trabajo y después echó a andar con Millicent tras él. Se sentía renovado, como si la noche con su esposa hubiera arrastrado todos sus pesares. Ya no comprendía bien las razones que le habían llevado a alejarla de su lado, como si todo hubiera sido solo un mal sueño.

—La selva es impresionante —opinó Millicent, sacando a su marido de sus divagaciones.

—Lo es, además de una fuente inagotable de riqueza. Tengo un socio que posee tierras en Carolina del Norte, pero es consciente de que aquel lugar no es ni de lejos tan lucrativo como este. Tengo que reconocer que tenía ciertas dudas cuando decidí invertir aquí toda la fortuna que mi padre amasó. Si el negocio hubiera ido mal me habría arruinado por completo.

—Fue una decisión valiente.

Adrien asintió y señaló con la mano.

—Mira, allí están talando algunos ejemplares. Vamos. Por cierto, esta noche iré a una cena en casa de unos amigos muy apreciados para mí. No está lejos. Me gustaría que me acompañaras.

Millicent sonrió.

—Desde luego, me encantaría —respondió, mientras él asentía complacido.

Adrien le mostró el proceso de talado y recogida a Millicent, le presentó al capataz y poco después regresaron al automóvil para tomar el camino de vuelta a la casa.

—Esta tierra posee una belleza incomparable —reconoció él, mientras miraba de reojo hacia su esposa. El ajustado pantalón que se había puesto para la excursión se adhería a sus muslos como una segunda piel, y no pudo evitar sentirse atraído por aquellas piernas firmes y torneadas, enfundadas en unas botas de cuero marrón.

—Estoy de acuerdo —respondió ella con la mirada perdida por la ventanilla del Rolls Royce Phantom. El viento agitaba sus cabellos a su antojo, pues la capota estaba recogida en la parte trasera.

Adrien tragó saliva, mientras recorría con los ojos la curva de sus caderas. Observó su perfil y la piel suave de su nuca descubierta por acción de la brisa, y deseó besarla. Qué estúpido había sido al alejarse de ella. La necesitaba a su lado más que a ninguna otra cosa. Deseó tomarla allí mismo, sobre la tapicería rojo vino, hacerla suya en ese instante.

—Millicent... —susurró, con los ojos oscurecidos por el deseo.

Adrien pensó que el rugido del motor había silenciado sus palabras, pero no fue así. La mujer giró su rostro hacia él y le miró sin aliento. Al instante él detuvo el coche a la sombra de los árboles y paró el motor.

—Adrien —musitó ella, con el corazón a punto de salirse por la garganta.

Adrien la besó. La atrajo hacia él con la pasión a punto de desbordar sus sentidos, recreándose en su necesidad, tan honda, tan acuciante. Enredó los dedos en sus cabellos claros y la presionó contra su cara, odiándose por haberla apartado de su lado. Inclínándose, se acostó sobre ella para besarla, para acariciarla como si aquella fuera la primera vez. Deslizó sus manos por la estrecha cintura hasta introducirlas bajo la blusa de seda, delineando las curvas de su espalda. Y, sin dejar de besarla, antes de hacerla suya, se juró una y mil veces que jamás volvería a alejarla de su vida.

Millicent bajó la amplia escalera aquella tarde ataviada con sus mejores galas, mientras su esposo la miraba desde la planta inferior. También él vestía de forma impecable, con traje oscuro y camisa y chaleco inmaculadamente blancos. Sonrió al verla dentro del vestido que

su madre le había regalado para tomarse la fotografía antes de su boda. Era tan bonita...

Claire abandonó el salón para reunirse con su hijo y no pudo evitar mirar a Millicent con admiración. Sonrió al darse cuenta de que todo había cambiado entre los dos la noche anterior, y agradeció a Dios que hubiese escuchado sus súplicas. Por fin todo estaba donde debía estar, para su alivio. Los acompañó hasta el coche y se subió en la parte trasera si poder borrar la sonrisa de su cara.

La mansión de los Crawford era incluso más suntuosa que la de Adrien. Parecía un palacete traído desde Inglaterra, con sus paredes de piedra gris y sus setos recortados con esmero.

—¿Peter es inglés? —preguntó Claire observando la casona mientras su hijo aparcaba frente a la puerta.

—Así es —repuso Adrien—. Aunque vivió varios años en Carolina. Pero cuando decidió establecerse aquí en 1910, quiso traerse un pedacito de su tierra.

Un criado salió a recibirlos a la puerta y les invitó a entrar. Los acompañó hasta el salón, donde su patrón aguardaba sentado en un sillón con una copa de brandy en la mano. Vestía un impecable traje claro, y sus escasos cabellos blancos estaban cuidadosamente peinados hacia atrás. El gramófono emitía una alegre melodía, y el hombre movía el pie al ritmo de las notas.

—Adrien, qué alegría volver a verte. Hace tiempo que deberías haber traído a tu madre y esposa a conocer a este viejo amigo —dijo el caballero, levantándose de su sillón no sin cierta dificultad. Se apoyó en su bastón y se acercó a sus invitados.

—Peter, es un placer verte de nuevo. Y sí, tienes razón. Debí haberlas traído antes —dijo Adrien estrechando su mano con afecto—. Te presento a mi esposa, Millicent, y a mi madre, Claire.

Peter las miró con una sonrisa.

—Un placer, señoras. Es una pena que mi querida Mildred ya no se encuentre entre nosotros. Le habría gustado conocer a tu esposa y a tu madre, estoy seguro —respondió el hombre, cuyo semblante se oscureció de repente—. Por desgracia, hace ya dos años que un estúpido accidente se la llevó de nuestro lado.

—¿Un accidente? —preguntó Claire, a la vez que cubría su boca con espanto.

—Ella cayó por las escaleras una noche. Todavía no sabemos hacia dónde se dirigiría, pero lo que es seguro es que perdió el equilibrio antes de comenzar a bajar.

—Una auténtica desgracia —opinó Millicent con el horror reflejado en el rostro.

—Lo fue, desde luego. Pero, en fin, debemos mirar hacia el futuro, ¿verdad, Adrien? El prometedor futuro —añadió, agitando su bastón en el aire—. Los hombres como nosotros somos quienes lo construimos

con nuestro ingenio e intuición.

Adrien asintió. Estaba a punto de contestarle cuando una hermosa mujer irrumpió en la estancia. Al momento su perfume invadió el aire.

—Buenas noches.

Todos se giraron para verla. Lucía un hermoso vestido con escote en uve rematado por flecos y el cabello oscuro en suaves ondas que rozaban sus hombros. Sus ojos felinos, maquillados con profusión, le proporcionaban intensidad a su mirada. Sus zapatos resonaron en el suelo de baldosas hasta que se detuvo ante los invitados con la mejor de sus sonrisas.

—Buenas noches, Audrey.

—Adrien, qué placer verte de nuevo en nuestra casa —reconoció ella, degustando el momento en que sus mejillas se rozaron en un casto beso—. Y veo que al fin te has dignado a presentarnos a tu esposa. Estoy segura de que las dos nos convertiremos en grandes amigas.

Millicent observó el cercano trato que se dispensaban su esposo y esa mujer, y un inesperado malestar le invadió. Miró de reojo hacia su suegra, constatando que tampoco ella debía estar sintiéndose muy cómoda en su compañía, pues sus gestos la delataban.

—Audrey, te presento a mi esposa, Millicent. Y esta es mi madre, Claire —dijo Adrien con galantería. Parecía disfrutar de las atenciones de aquella mujer.

—Es un placer. Bienvenidas a la casa Crawford, que también es la vuestra —remató Audrey bajo la atenta mirada de su padre.

—Un placer para mí también —respondió Millicent con corrección mientras Claire agradecía el gesto y miraba hacia su hijo, perpleja. ¿Qué significaba toda aquella escena?

Sin embargo, a pesar de la magistral interpretación de Audrey, Peter era consciente de la infelicidad de su única hija. Conocer la noticia del matrimonio del hombre al que amaba desde hacía años la había llenado de amargura y resentimiento, y no había vuelto a ser la que era. Solo esperaba que ahora, tras verlo con sus propios ojos, pudiera reponerse de tan agria decepción y convertirse realmente en amiga de esa mujer.

—Si os parece podemos pasar al comedor, pues la cena está servida —invitó Audrey, sin evitar la ocasión de rozar el antebrazo de Adrien en un gesto bien estudiado. Después, al percibir que no le había molestado, tomó su brazo con decisión y se encaminó hacia la estancia contigua, con los demás tras ellos.

Millicent tragó saliva y respiró hondo para intentar recomponerse. ¿Aquella mujer habría tenido algo con Adrien? Desde luego, a todas luces lo parecía. Y si era así, ¿para qué la había llevado a ella a aquel lugar? ¿Para regodearse de ello? No comprendía nada. Estaba claro que con su esposo las cosas nunca iban a funcionar.

Claire miró hacia su nuera y apretó los labios. Su hijo se comportaba de nuevo como un estúpido. ¿Acaso no tenía ojos en la cara para darse

cuenta de lo maravillosa que era su esposa?

La cena fue un compendio de miradas de complicidad, risitas y vivencias de los dos durante los primeros años de Adrien en Brasil. Ya en los postres Peter tomó la palabra.

—Me complace constatar tu felicidad, Adrien. Sabes el afecto que siento por ti —repuso con su copa en la mano—. Brindo por ti y por tu esposa, y por los hijos que vendrán.

Audrey le dedicó a su padre una mirada de aversión, y tomó su copa con brusquedad para secundar el brindis. Esbozó a duras penas una sonrisa y bebió un sorbo intentando no atragantarse.

—Agradezco tus palabras, Peter. Sabes que el aprecio es mutuo —intervino Adrien tras beber de su copa—. Sin tu inestimable consejo y apoyo no habría logrado llegar donde estoy. De modo que soy yo quien brinda por ti. —Y levantó su vaso en señal de agradecimiento.

—Solo hice lo que consideré correcto. Aquel era el momento para invertir en esta zona, me limité a aconsejarte lo mejor para tu economía.

Adrien sonrió, y más cuando Peter dijo:

—Aunque debo reconocer que vi en ti el hijo que nunca tuve. Desde el principio te ganaste mi respeto y mi admiración, no todos los días conoce uno a un hombre de tanta valía. Tu padre estaría orgulloso, Adrien. Yo, por mi parte, siempre he sabido que triunfarías en tus propósitos. Y sí, habría sido estupendo que hubieras decidido formar parte también de esta familia casándote con mi queridísima hija. Aunque eso no es algo que me quite el sueño, y menos aún ahora, viéndote tan feliz en compañía de la bella e inteligente Millicent.

Audrey apretó entre sus dedos la servilleta de lino y se tragó con pesar las palabras de su padre. De ninguna manera pensaba quedarse allí, llorando su derrota. Lucharía por el hombre al que amaba, desde luego que sí. Aquella mujer no sería rival para ella, y la aplastaría como a una cucaracha.

—Le agradezco sus hermosas palabras, señor Crawford —dijo una sonrojada Millicent.

—Adrien me ha contado que eres escritora.

—En efecto, lo soy.

—A mi hija le gusta leer. Tal vez podría hacerse con alguno de sus libros —propuso Peter.

—Me encantaría —mintió Audrey con una mueca.

—Si es así, yo misma le facilitaré la dirección de una librería en Charleston. Pueden hacer el envío desde allí —repuso Millicent, recordando la tarde en que había conocido a Adrien en la librería del señor Bell.

—Sus historias son maravillosas —opinó Claire con una enorme sonrisa—. Espero con impaciencia su nueva novela.

—¿En qué te inspiras a la hora de escribir, Millicent? —preguntó Peter con curiosidad.

—En cuanto me rodea. Esta tierra es de por sí inspiradora, por su belleza, por su grandiosidad. Y, por supuesto, también me inspiro en mis experiencias personales —contestó Millicent dedicando una mirada cómplice a su esposo con las mejillas enrojecidas. Adrien levantó su copa y sonrió.

—Siempre me ha parecido admirable tener la capacidad de tomar una hoja en blanco para hacer de ella una obra de arte —dijo Peter con las manos cruzadas sobre el pecho—. Yo, desde luego, no la tengo.

—Qué tontería, padre. Es un virtuoso al piano —intervino Audrey con expresión áspera.

—Ya. Pero eso no es lo mismo que crear. Poseer el talento de crear, eso sí que es admirable.

Audrey se calló, dándose cuenta de que ella tampoco poseía esa cualidad que tanto admiraba su padre. Aunque no había comparación posible entre ella y esa Millicent; ella era mucho más bonita, más ambiciosa e inteligente. Y se lo demostraría.

Adrien abandonó su chaqueta sobre una silla y comenzó a desabrocharse el chaleco blanco inmaculado sin dejar de mirar hacia Millicent, que peinaba sus cabellos ante el tocador. La tela adherente de su camisón no dejaba demasiado a la imaginación, marcando la curva de sus caderas y la turgencia de sus pequeños pechos. Se acercó a ella y le acarició la nuca, arrancándole un estremecimiento.

—Peter Crawford es encantador —dijo Millicent, observando en el espejo las manos de su marido, que descendieron por su cuello.

—Sí, lo es. Yo le debo mucho. Gran parte de lo que soy se lo debo a él —reconoció mientras observaba el pecho de su esposa subiendo y bajando bajo la tela.

—Por desgracia no puedo decir lo mismo de su hija.

—¿Audrey? Pero si es una mujer encantadora —repuso Adrien, sorprendido.

—Solo lo es contigo. Ni Claire ni yo parecíamos ser merecedoras de su atención —se quejó Millicent. Se deshizo de las manos de su esposo y se puso de pie ante él.

—¿Estás celosa? —soltó él en tono de sorna. Enredó sus manos en los cabellos de Millicent y la sujetó por la nuca.

—¿Celosa yo? Eso es una estupidez —respondió ella intentando zafarse de su encierro.

—Creo que lo estás. —El cuerpo de Adrien tembló fruto de las carcajadas—. Oh, vaya si lo estás. Pues déjame decirte que no deberías estarlo. Audrey no significa nada para mí. No es más que una amiga.

—Seguro que sí. Como Barbara, ¿no?

Adrien la soltó de inmediato y sus labios se curvaron en una mueca de desencanto. Miró a los ojos azules de su esposa, que brillaban de furia.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Que tengo un lío con todas las mujeres bonitas de por aquí? —dijo exasperado. Mesó sus cabellos con los dedos y resopló.

—Ya no sé qué creer.

—Jamás he tenido nada que ver con Audrey, siento si no puedes creerlo. En cuanto a Barbara, me ha acompañado durante muchas de mis noches de soledad en este lugar. Me ha brindado su amistad y su afecto más desinteresado —escupió con furia—. Empiezo a creer que aquello era mucho mejor que el matrimonio.

Millicent acusó el golpe bajo y apretó los labios con orgullo.

—Tal vez no debiste casarte conmigo, sino con ella.

—Eso no es lo que he dicho. ¡No tergiverses las cosas, por el amor de Dios! —dijo Adrien moviendo los brazos e increpándole con el dedo índice.

—Tal vez no seas más que un patán que juega con todas las mujeres a su alcance —escupió con los celos reconcomiéndola por dentro. Tomó su bata y se la puso a toda prisa para irse a su dormitorio.

—Eso es, Millicent, vete. Así es como se arreglan los problemas, huyendo.

—¿Como huiste tú apartándome de tu lado quién sabe por qué? —dijo ella, dándose la vuelta ya junto a la puerta.

—¿Quieres saber por qué te aparté de mí, maldita sea?

Millicent no respondió. Le miró con los puños apretados y la respiración agitada.

—¡Tu padre fue quien orquestó el asesinato de mi familia! ¡Theodore Wells es un asesino!

Millicent cubrió sus labios con el dorso de la mano y le faltó tiempo para abrir la puerta y echar a correr hacia su habitación con las lágrimas deslizándose sin freno por sus mejillas.

[10] ¿Cómo va?

[11] Buenos días, patrón. Todo va bien. Pronto podremos arreglar el camino.

[12] Eso está bien.

[13] Sí, señor.

18

Brasil, agosto de 2016

Bruno cerró la puerta de su dormitorio y miró hacia Nora, que respiraba de forma agitada frente a él. Se abalanzó sobre ella y la besó, abarcando su nuca con sus manos, presionando su cuerpo contra el de ella. Se recreó en su sabor, se deleitó en las sinuosas curvas de su cuerpo y la empujó hacia la cama.

Nora le recibió como si llevara años esperándolo. Se envolvió en su perfume, que tanto le gustaba, y se dejó llevar por aquella pasión arrolladora. Introdujo sus manos bajo la camiseta de Bruno y exploró su espalda, sus hombros y los laterales de su torso. Sentía la urgencia naciendo del centro mismo de su ser, y abarcó su trasero para presionarlo contra su propio cuerpo, que estaba ardiendo en llamas.

Bruno tiró de la camiseta de ella y se la sacó por la cabeza, y no tardó en desabrocharle los botones del pantalón. La tenía en ropa interior, allí, en su cuarto, y no pensaba dejarla ir. Cayó junto a ella sobre las sábanas sin dejar de besarla, y no puso impedimento alguno cuando sintió que le sacaba su camiseta y forcejeaba contra su entrepierna.

No tardaron en enredarse el uno en el otro, arropados únicamente por su desnudez, intentando saciar el acuciante deseo que amenazaba con hacerles perder la cabeza. Se descubrieron bebiendo cada uno el aliento del otro, en una persecución sin tregua. Y al final, desmadejados, dejaron que el sueño invadiera sus cuerpos sobre las sábanas revueltas.

Abraão abrió la puerta de su casa y esbozó una amplia sonrisa. Se había cortado el pelo, aunque su bigote continuaba igual de poblado que la última vez.

—Bruno, buenas tardes. Mi querida Nora —saludó afable. Después les invitó a entrar con un gesto—. Bienvenidos.

—Hola, Abraão. Es un placer verte de nuevo —repuso Nora.

—¿Estáis preparados para una fiesta de verdad? —dijo el hombrecillo a la vez que guardaba la cartera en el bolsillo trasero de su pantalón corto.

Ellos asintieron. Salieron de la casa construida sobre pilotes en la margen izquierda del río y le siguieron por una pasarela de madera.

—Cuidado con las tablas sueltas —recomendó Abraão, caminando ágilmente delante de ellos.

Nora observó a los niños que correteaban a su alrededor, preguntándose qué clase de infancia podían tener en aquel lugar. No parecía haber recogida de basuras, ni canalizaciones de agua.

—*Boa tarde, Lucimar*[\[14\]](#) —saludó Abraão. La mujer, que cargaba con dos cubos de agua, le correspondió con una sonrisa—. *Vais à festa?*[\[15\]](#)

—*Claro que sim, Abraão*[\[16\]](#).

Todavía recorrieron un trecho hasta llegar a un lugar en el que ya no había pasarelas, sino calles de tierra pisada. Poco después llegaron a una explanada en la que se había congregado mucha gente. La música comenzó a sonar de repente, y el murmullo que hasta hacían unos segundos había inundado el ambiente se fue apagando.

—Vamos, Nora. Es ahí.

Bruno la tomó de la mano y la acercó al sitio del cual emanaba la música. Dos filas de mujeres, ataviadas con hermosas y coloridas faldas hasta los pies descalzos, miraban al frente. Dos filas de hombres descalzos vestidos con pantalones blancos y alegres camisas anudadas en la cintura comenzaron a dar palmadas como en un cortejo. Nora los observó con los ojos muy abiertos.

—Bailan el carimbó —le dijo Bruno, muy cerca de su oído—. Es una danza muy típica del cercano estado de Pará. Se llama así porque ese es el nombre del principal instrumento que se utiliza para tocarlo, que está hecho de un tronco de árbol y una piel de animal bien tensa.

Las parejas formadas comenzaron a girar dentro de un círculo mayor que a su vez rotaba en sentido contrario a las agujas del reloj. Bruno se colocó tras Nora y la abrazó mientras la música los envolvía con su magia.

Cuando la interpretación terminó un pequeño grupo comenzó a tocar música a un lado, y los asistentes comenzaron a bailar. Bruno no tardó en tirar de su acompañante para moverse con ella en la pista improvisada. Abraão también bailaba con la mujer a la que habían visto acarrear el agua, que no dejaba de reír a carcajadas.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Bruno rato después.

Nora asintió, observando que el sol ya se había puesto.

—Estoy sedienta.

Los dos se dirigieron al puesto donde vendían bebidas y Nora bebió con fruición de su botellín. Después miró hacia Abraão y los demás, que no perdían una sola canción. Suspiró sin darse cuenta y se quedó seria durante unos instantes.

—¿En qué piensas? —dijo Bruno con una sonrisa justo antes de tomar un buen trago de su bebida. También él estaba sediento.

—En lo lejos que está Washington. En lo lejos que está todo ahora mismo.

—¿Eso te hace sentirte mal?

Ella sacudió la cabeza.

—No, es que parece que en el tiempo que llevo aquí todo lo demás se ha borrado del mapa. Es como si ya no existiera nada de cuanto había a mi alrededor hace unas semanas —reveló mientras seguía a los bailarines con la mirada—. Es como si llevara aquí años.

—Eso no sé si es bueno...

—Sí lo es. Toda la pesadumbre que cargaba sobre mi espalda al llegar aquí ha desaparecido. Mis enormes problemas se han esfumado, así, como por arte de magia. Cuánta razón tenía Annie. Este viaje me ha servido para dimensionar mis preocupaciones.

Bruno bebió de nuevo y la miró de reojo. Las sombras comenzaban a rodearlos, convirtiendo su rostro en un conjunto de grises que destacaban sus ojos.

—Yo también me he acostumbrado a todo esto. Cuando me vaya, una parte de mí se quedará aquí, en esta tierra agreste —dijo Bruno con ciertos matices de pesadumbre en la voz, recordando la carta que había recibido de la universidad—. Por cierto, te he traído esto.

Nora miró hacia la cajita blanca rematada por un lazo azul. Era muy pequeña, cabía en la palma de la mano.

—¿Qué es? —preguntó con una sonrisa.

—Son *beijinhos de coco*. Besitos de coco —repuso él con una pícara expresión en el rostro.

Nora tiró del lazo y descubrió cuatro bolitas con coco rallado en su exterior. Tomó una y la saboreó con fruición mientras Bruno se comía otra. Estaba deliciosa.

Bruno pensó en ellos. ¿Realmente existiría un «ellos»? Tal vez aquello no fuese más que un espejismo que se evaporaría al regresar a Río. Al hacer la maleta para desplazarse al lugar de su próximo trabajo. La miró de nuevo y el corazón se le encogió. Las dos semanas que llevaban juntos, desde la noche de las luciérnagas, habían sido inolvidables.

¿Sabría vivir sin Nora? Nunca se lo había planteado de ese modo, pues estaba muy ocupado pensando en la forma de no estropear las cosas con ella. Dejó su bebida y tomó el rostro de la mujer con los dedos. Lo giró con suavidad y la besó.

No sabía lo que sucedería cuando se agotaran sus días allí, lo que sí sabía era que no estaba dispuesto a desperdiciar los momentos que le quedaran a su lado.

Nora sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. Rodeó su cuello con los brazos y se pegó a él hasta sentir los latidos de su corazón. Aquel sentimiento la desbordaba. En la soledad de su cuarto se había descubierto pensando en Bruno con la ilusión de una adolescente. Y se preguntaba cómo habría podido vivir en su rutina gris, sin aquel sentimiento que la colmaba por completo.

Continuaron largo rato abrazados, hasta que Abraão fue en su busca para volver a casa.

Christa apuró su café y su tostada y miró hacia Nora con una sonrisa.

—¿Tienes un rato para tus viejas tías?

Nora hizo una graciosa mueca.

—Claro que sí. ¿Por qué dices eso, Christa? —protestó, hincándole el diente a un dorado cruasán—. Siempre tengo tiempo para vosotras. No es justo que digas eso.

—Bueno, últimamente has estado bastante... ocupada, diría yo —intervino Annie con una sonrisilla.

Nora enrojeció. ¿Se habrían dado cuenta sus tías de lo que había entre Bruno y ella?

—Es que hay tantos sitios maravillosos que visitar en esta tierra que apenas queda tiempo para nada más —se excusó de forma atropellada. Miró hacia Bruno, que observaba la jugada desde su posición en un extremo de la mesa del comedor.

—Oh, sí. Eso es cierto —añadió Ruby, saliendo en defensa de su sobrina nieta—. Debe aprovechar el tiempo que se quede aquí. Apenas quedan tres semanas para que llegue septiembre.

—Bueno, dejémonos de rodeos —continuó Christa, limpiando sus labios con la servilleta—. ¿Tienes tiempo ahora para continuar con la historia?

Nora asintió con la boca llena del delicioso dulce.

Tras el desayuno, Bruno se ausentó para ocuparse de unos asuntos mientras las cuatro mujeres se dirigieron a la biblioteca.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó Christa mientras se ponía sus gafas con aire despistado—. Esta cabeza mía...

—Vuestro padre había alejado a vuestra madre de su lado —repuso Nora, con la cara apoyada sobre su mano. Aspiró el maravilloso perfume de aquella estancia y escuchó.

—Ah, sí. Ya lo recuerdo. Nuestro padre se hirió una mañana al revisar los trabajos de sus empleados. Uno de los hombres se encargó de ir a avisar a Claire y a nuestra madre, que corrieron hacia el dispensario para verlo. Al parecer, nuestro padre había tenido algún que otro «encuentro» con la enfermera, cosa que por supuesto no agradaba ni a madre ni a esposa.

—¿La enfermera era su amante? —preguntó Nora con curiosidad.

—Eso no está claro —intervino Annie—. Más bien parece que esa mujer estuvo en la vida de nuestro padre antes de su viaje a Charleston, es decir, antes de que nuestra madre entrase en su vida. Al parecer ninguno de los dos estaba enamorado del otro.

—Oh —soltó Nora—. Parece una telenovela.

—Por lo que nosotras sabemos, nuestra madre fue una noche a visitar

a nuestro padre, durante su convalecencia tras el accidente. Estaba harta de vivir de aquel modo, como si fuese una extraña para su marido. Y, no sé cómo, pero se reconciliaron.

Ruby dio unas palmadas, emocionada.

—Aquella noche debió ser una de las más apasionadas de los dos — dijo entre risas.

—Por desgracia, la tragedia se cernía sobre ellos —añadió Christa con un suspiro.

Unos golpecitos en la puerta detuvieron el relato.

—¿Sí? —dijo Christa con pesadumbre. Los recuerdos eran amargos y aun dolían al recordarlos.

Geraldo apareció tras la puerta.

—El doctor Andrade está aquí.

—Esto ya empieza a ser costumbre, ¿no os parece? Si no os conociera pensaría que estáis añadiendo una dosis de intriga a la historia — bromeó Nora, mientras se levantaba del sillón—. No pasa nada, podemos continuar más tarde.

Bruno depositó un suave beso en el hombro desnudo de Nora y miró al techo de su dormitorio, donde el ventilador giraba con lentitud. La tenía allí, en su cama, y le aterraba la idea de irse, de despedirse de ella. Y muy pronto tendría que hacerlo. Quizás aquello no fuese más que un amor de verano.

Le dolió el corazón solo al pensarlo.

—¿Ya has pensado adónde irás? —dijo Nora de repente, terminando con sus divagaciones. Se abrazó más a él y le cubrió con su desnudez.

Bruno se encogió de hombros.

—No. Ni siquiera sé si quiero irme.

Nora levantó la mirada hasta encontrarse con sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Que desearía que este momento durase siempre —repuso, mientras enredaba sus dedos en un mechón del cabello rubio de Nora.

El corazón de la mujer dio un vuelco. Y se dio cuenta de que a ella también le gustaría.

—Estaría muy bien. Así podríamos hacer el amor tantas veces como quisiéramos —bromeó ella, con un nudo en el estómago. Prefería no pensar en el futuro de momento.

—Esa idea me gusta —reconoció Bruno, deslizando su mano hasta el muslo de la mujer. Acarició la suave piel y después subió poco a poco hasta encontrar lo que buscaba.

Nora gimió y le dejó hacer.

—Y a mí —musitó entre jadeos, agarrando el almohadón entre los dedos mientras se arqueaba a causa del placer que le infligían aquellos dedos exploradores.

[14] Buenas tardes, Lucimar.

[15] ¿Vas a ir a la fiesta?

[16] Claro que sí, Abraão.

19

Brasil, enero de 1930

Adrien corrió tras su esposa, y la alcanzó justo cuando se disponía a cerrar la puerta de su dormitorio. Se precipitó sobre ella y después la cerró tras de sí de un manotazo. Millicent le miró con la respiración agitada, en busca de un lugar donde refugiarse de la tempestad que se avecinaba.

—¿Estás satisfecha? —rugió él con los ojos brillantes de furia—. Ahora ya lo sabes. ¡Eres la hija de un asesino!

Millicent sollozó durante unos segundos y después dio unos pasos atrás, hasta que su espalda tocó la ventana junto a la cama.

—¡No te creo!

—Tampoco yo podía creerlo cuando me lo contaron. Theodore lo orquestó todo para borrar a los Everett de la faz de la Tierra. ¡Traidor hijo de puta! Se las ingenió para contratar a un delincuente y le encargó provocar el incendio en nuestra casa —musitó con los puños apretados. Así, con el chaleco a medio desabrochar y la camisa remangada, parecía un desequilibrado a punto de cometer una locura—. Sobornó a varios empleados y se aseguró de que nadie pudiese salir con vida en aquel infierno en llamas.

—Adrien...

—Por desgracia yo sobreviví. —Escupió con los ojos vidriosos mientras enredaba los dedos en sus cabellos y tiraba de ellos—. Sam, uno de los empleados de mi padre, me salvó la vida. Una vida que he pasado odiando a los asesinos de mi familia. Más me valía haber muerto calcinado aquella noche, pues los recuerdos y el rencor no me han abandonado un solo instante desde aquella infausta noche. Y cuando ya creía haber reconstruido mi camino, lejos de todo aquello, apareciste tú, llenando mi corazón y mi existencia como nadie lo había hecho antes. Pero todo aquello fue muy efímero. Pronto la vida se encargó de recordarme que nunca podría alcanzar la felicidad.

Millicent se arrojó en sus brazos y dejó que sus lágrimas corrieran libres.

—Yo no soy Theodor —susurró entre sollozos—. Solo soy Millicent, una mujer que te ama con toda su alma. Que entregaría su vida por ti si fuera preciso. Te amo, Adrien.

Le besó, mezclando sus lágrimas con las de él, rompiendo todas las barreras que los habían separado. Y cuando Adrien deslizó los tirantes

del camisón y la fina prenda cayó al suelo, ya no había resentimiento. Solo una pasión que amenazaba con desbordarlos.

Durante los meses siguientes las aguas parecieron volver a su cauce. Adrien abandonaba la casa temprano, pero al regresar compartía tiempo con su esposa y le contaba detalles de su vida con los Higgins y de los escasos recuerdos que tenía de sus padres y hermanas. Claire observaba con satisfacción que su relación al fin era como debía ser, y se sentía feliz por haberlos acompañado hasta allí.

Pronto una cómoda rutina se instaló en todos ellos, y la vida transcurría sin sobresaltos. Millicent terminó su novela y, tras la esperada lectura por parte de Claire, se la envió a su editor.

Meses después, la escritora recibió una carta anunciándole su publicación. Corría el mes de julio de 1930, justo cuando su primer embarazo comenzaba a ser visible. La fortuna al fin les sonreía, y parecía que nada podría empañar aquella felicidad.

—¿Aquí? —preguntó Adrien con su esposa junto a él. Los dos se encontraban frente a uno de los cobertizos en los que se guardaban las herramientas para la tala. Mientras tanto, Barbara los observaba muy de cerca.

El fotógrafo asintió.

—Sí. Manténganse en esa posición, por favor. La luz es perfecta —respondió colocándose tras su cámara. Levantó la mano haciéndoles una seña y después disparó—. Ya está.

Millicent acarició con suavidad su abultado vientre y recibió el beso que Adrien depositó sobre sus labios. Por suerte no había visto a la enfermera mientras presenciaba la escena.

—No veo la hora de tener a nuestro hijo al fin entre mis brazos —reconoció ella.

—Será maravilloso. Un hijo. Creo que no voy a poder esperar otros cinco meses —repuso Adrien con aire soñador. Tomó a su esposa por la cintura y los dos caminaron de vuelta hacia la casa.

En ese momento observaron un coche que se detuvo frente a la entrada.

Millicent frunció los ojos y divisó con pesadumbre a Audrey y a Peter Crawford. Aquella mujer le disgustaba sobremanera. Y aunque durante los últimos meses apenas se habían visto media docena de veces, siempre habían acarreado discusiones entre su esposo y ella.

—¡Hola, Adrien! —saludó Audrey desde su posición. Movié la mano con coquetería y aguardó junto a su padre con una sonrisa.

—Qué alegría verles —musitó Millicent con ironía, sin separarse un ápice de su esposo.

—Millicent, es solo una amiga —susurró Adrien en un intento de calmar los ánimos.

—Sí —rezongó ella torciendo el gesto.

—Ella se esfuerza por ser tu amiga, lo sé. Deberías darle una oportunidad.

Los Everett llegaron hasta el coche y saludaron a los recién llegados.

—Qué agradable sorpresa. ¿Qué os trae por aquí? —dijo Adrien, bajo la atenta mirada de Audrey.

—Me apetecía charlar un rato contigo, Adrien —repuso Crawford con un encogimiento de hombros.

—Entremos, entonces —invitó Millicent en un intento de serenarse. Aquella mujer le hacía sentirse incómoda.

—¿Os estabais fotografiando? —preguntó Audrey al tiempo que se despojaba de su sombrerito una vez en el porche de la entrada.

Adrien se giró hacia ella.

—En efecto. Me gustaría conservar el recuerdo de Millicent embarazada de nuestro primer hijo —repuso mientras le dedicaba a su esposa una mirada de complicidad.

—Oh —respondió únicamente la estirada jovencita, con un extraño brillo en la mirada.

—Imagino que estarás deseando que llegue el feliz acontecimiento, ¿eh, Adrien? —intervino Peter con su habitual jovialidad—. Ser padre es una de las mejores experiencias de la vida.

—Desde luego. Este hijo ha sido buscado y es deseado por parte de los dos. ¿Qué podría haber mejor que eso?

Uno de los criados dispuso café en la mesita del salón y se esfumó con una inclinación. Peter y Adrien charlaron acerca de banalidades del negocio, y las mujeres permanecieron calladas. Ambos se percataron de su monótona conversación.

—Millicent, ¿por qué no le muestras a Audrey la habitación del bebé? Seguro que os apetece hablar de otros temas. Peter y yo no podemos parar cuando nos ponemos a hablar de negocios —propuso Adrien con una sonrisa. Su esposa apretó los labios, contrita, pero asintió.

—Por supuesto, Audrey, acompáñame al piso superior.

Las dos subieron la amplia escalera y se dirigieron a uno de los dormitorios del ala este. Millicent abrió la puerta y entró, mostrándole la cunita que Adrien había encargado expresamente para el niño.

—Este es el dormitorio del bebé —dijo Millicent son la consiguiente tirantez. Por mucho que Adrien se empeñase en negarlo, aquella mujer la odiaba. Se quedó junto a la puerta observándola moverse por la estancia.

—Oh, muy bonita. Qué alegría sentí al saberte encinta, Millicent. Sabes que adoro a Adrien, es como un hermano mayor para mí —dijo con superioridad—. Hemos compartido tantas cosas desde que llegó aquí.

—Estoy cansada. Quizás deberíamos volver al porche —repuso Millicent con una mano sobre la parte inferior de su vientre. Se preguntó por qué siempre que estaba con aquella dama sentía que era una amenaza para ellos. Sacudió la cabeza e intentó apartar todas esas ideas de su mente. Tal vez no fuesen más que imaginaciones suyas. Quizás Adrien tuviese razón y ella no buscase nada más que su amistad. Debía dejar de comportarse de aquel modo irracional.

—Bien. Regresemos.

Salieron del cuarto y recorrieron la escasa distancia que las separaba de las escaleras y pudieron escuchar la conversación y las risas de los hombres en la planta inferior.

—¿Qué es eso? —dijo de repente Audrey, con una mueca de terror en el rostro.

Millicent se volvió hacia ella con la mano bien sujeta en la barandilla de forja blanca. En ese instante sintió una suave presión en su omóplato y no pudo evitar desplazarse hacia delante. El borde del escalón se deslizó a través de su zapato y percibió el vacío bajo sus pies. Ahogó un grito mientras se precipitaba escaleras abajo y aterrizó sobre la alfombra que tapizaba el vestíbulo, aturdida. Sintió un agudo dolor en el vientre y se desvaneció al escuchar las exclamaciones de auxilio de Claire, que había abandonado su dormitorio instantes antes.

Un fuerte resplandor obligó a Millicent a fruncir los ojos, y eso que continuaban cerrados. Una agradable sensación de dejadez la mantenía sumida en un pesado sopor. Intentó abrir los párpados sin éxito. Le pesaban enormemente los brazos, de modo que se conformó con mover los dedos de la mano.

—¿Millicent? —Escuchó decir.

Era Adrien. Su adorado esposo. Sonrió sin darse cuenta y abrió los ojos. Muy poco primero, algo más después. Observó a Adrien entre ese resplandor cegador y alargó los dedos para tocar su rostro.

—Hola —dijo muy bajito. Dejó que él acariciara su cabello, sus mejillas. Sintió cómo le tomaba las manos entre las suyas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él con miedo.

Millicent le miró. Tenía el pelo revuelto y la barba le tapizaba el rostro. Oscuras ojeras bajo sus ojos azules le proporcionaban un aspecto deplorable. Entonces los recuerdos le martillaron la mente.

La fotografía.

Los Crawford.

La habitación del bebé.

El abismo en la escalera.

Esbozó una mueca de terror y apenas fue capaz de decir con un hilo de voz:

—¿El bebé?

Acarició su vientre, que apenas se mostraba abultado, y las lágrimas se agolparon torpemente junto a sus espesas pestañas.

Adrien negó con la cabeza con lentitud, y sus labios se curvaron en un rictus de desencanto. La recibió contra su pecho cuando ella se derrumbó sobre él entre sollozos. La acunó entre sus brazos y le repitió una y mil veces que podrían con ello. Su amor era más fuerte que todos los obstáculos que se interpusieran en su camino.

20

Brasil, agosto de 2016

Bruno se lanzó al agua y poco después emergió con el cabello empapado. Le hizo un gesto a Nora y esta recordó su primer beso. Todo había cambiado mucho desde entonces. Durante las últimas dos semanas se habían dedicado a pasar juntos cada segundo, sin apenas poner un pie en la casa. Las tías no lo sabían, pero ellos dormían juntos cada noche, y aprovechaban cualquier recoveco de la casona para dar rienda suelta a su pasión. Cualquier rincón era bueno para fundirse en un beso o simplemente abrazarse lejos de miradas indiscretas.

Nora se introdujo en el agua y nadó hasta encerrarse en los brazos de Bruno. El sonido de las aves que ocupaban los árboles cercanos era patente, y les recordaba que estaban en un paraíso.

—Jamás pensé que este viaje me depararía esto —susurró, muy cerca de los labios del hombre.

—¿A qué te refieres? —bromeó él, rozando la boca de Nora.

—A esto —respondió ella mientras le mordía el labio inferior a Bruno—. A esto. —Y le acarició la espalda descendiendo hasta el trasero—. Y a esto.

Nora presionó su cuerpo contra el del ingeniero y se dejó llevar por sus audaces caricias. Todo desaparecía a su alrededor cuando Bruno la encerraba entre sus brazos.

El día en la cascada había sido inolvidable.

Nora subió el volumen de la radio del todoterreno y cantó a pleno pulmón por la ventanilla, entre risas, mientras Bruno la observaba fascinado. Dejó que terminara la canción y después paró a un lado del camino.

—¿Por qué te detienes? —dijo ella sin ocultar su sorpresa.

—Te quiero.

Nora le miró boquiabierta, sin articular palabra.

—Ya está. Ya lo he dicho. Ahora podemos irnos a la casa —aclaró él, mientras metía primera para reanudar la marcha ante la impasividad de ella.

Nora sonrió. Se acercó a él y depositó un beso sobre sus labios como respuesta.

—Necesitaba decírtelo antes de marcharme —aclaró Bruno.

—¿Marcharte?

Él asintió.

—Me queda apenas una semana aquí. La universidad se puso en contacto conmigo para informarme de los recortes de presupuesto efectuados en el proyecto —confesó con expresión sombría.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —dijo Nora, reprochándoselo con la mirada.

—No quería despertar de este sueño —repuso él encogiéndose de hombros—. Te voy a echar mucho de menos.

—Y yo a ti.

Los dos se fundieron en un abrazo y después reanudaron la marcha con una pesada sombra tras ellos.

—De modo que en una semana te marcharás —dijo Christa con pesadumbre. Apenas había probado bocado aquella noche. Había temido aquel momento desde la llegada del muchacho, pues su compañía le había brindado momentos muy agradables. La soledad se había convertido en su fiel compañera desde el fallecimiento de su marido, de modo que la llegada de Bruno había supuesto una revolución en su existencia gris y vacía.

—Por desgracia sí. Debo finalizar el proyecto y terminar de redactar mi informe para entregarlo en la universidad. Después me iré a Canadá, me han ofrecido un trabajo muy interesante en Calgary —relató, mirando un par de veces de reojo hacia Nora. Todo se había vuelto extraño desde sus palabras de la tarde.

—Me voy a sentir terriblemente sola cuando te marches, Bruno —reconoció Christa con una mueca—. Aunque debo decir que en las últimas semanas nos hemos visto muy poco por tus salidas con Nora, pero te echaré de menos de igual modo. Me gustaba saber que te encontrabas en la casa, que cenaríamos juntos o que conversaríamos en la sobremesa.

—Yo también extrañaré nuestras conversaciones.

—Dale muchos besos de mi parte a tu madre, y dile que es bienvenida en esta casa. Me gustaría que decidiera visitarme al fin —continuó Christa, dando vueltas con la cucharilla de forma automática, con la mirada perdida.

—También nosotras nos iremos en unos días —intervino Nora—. Supongo que será hora de retomar mi vida.

Annie la miró sorprendida. No esperaba tener que irse tan pronto.

—Es lo mejor —añadió Nora con una triste sonrisa—. Debo enfrentarme a mis problemas de frente.

Annie iba a decir algo cuando Gerald irrumpió en la estancia.

—Hay una llamada para la señorita Ashford —anunció con solemnidad.

Nora levantó la vista hacia el hombrecillo y frunció los ojos en señal de sorpresa. ¿Una llamada para ella?

—Ese hombre se ha presentado como Richard Grant.

—¿Richard? —soltó ella, sin poder ocultar su sorpresa. Se levantó de la mesa y acompañó a Geraldo bajo la atenta mirada de Bruno y de las tías.

Su corazón palpitaba con fuerza sin saber muy bien por qué. Tras tantos días apartada de todo le parecía increíble que la normalidad fuese a regresar a su vida. Tomó el auricular en el despacho que en tiempos había pertenecido a su bisabuelo y dijo:

—Hola, Richard. ¿Cómo estás?

—Nora, al fin puedo hablar contigo —resopló su jefe al otro lado de la línea—. Me ha costado mucho conseguir este número, pero al ver que no contestabas a tu teléfono móvil me pareció...

—Ve al grano, te lo ruego, no tengo todo el día —pidió ella, con la mano colocada en su cintura. Observó el jardín desde la ventana y se sintió a salvo, allí, en la casa familiar. Era como si en aquel lugar nada malo pudiera ocurrirle. Se sentía fuerte, llena de energía para retomar las riendas de su vida. No permitiría que le arrebataran sus ilusiones de nuevo.

—Sí, desde luego —repuso él, carraspeando. Pareció rebuscar algún documento sobre la mesa y mientras añadió—: Me gustaría que regresaras con nosotros. Imagino que tendrás decenas de ofertas interesantes, dado tu talento, pero sabes que tu sitio está aquí.

—¿Mi sitio? Creo recordar que no pensabas así la última vez que nos vimos.

—Eso no es cierto. Eres una de nuestras mejores profesionales y lo sabes. Yo mismo te lo he repetido cientos de veces. No tergiverses mis palabras, Nora. Sabes que te aprecio y te admiro.

Nora suspiró largamente y miró hacia la mesa del despacho, tan lustrosa y ordenada como si el propio Adrien Everett estuviera a punto de entrar para hacer uso de ella. Un portalápices de madera oscura con varias plumas, la lamparilla de latón, la caja de puros; todo estaba impoluto y colocado en su lugar.

—Sí, lo vi con claridad cuando le regalaste mi puesto a Caleb Martin.

—Nora, por favor, no saques las cosas de contexto. En aquel momento esa me pareció la mejor opción. Pero...

—¿Es que acaso ahora no lo es? —espetó ella con una carcajada—. Richard, es mejor que dejemos esta conversación para cuando regrese a Washington. Ahora no me gustaría perder el tiempo, y...

—Caleb Martin ha resultado ser un fracaso total —interrumpió Richard con voz apesadumbrada—. Un desastre. Una equivocación. ¿Qué más puedo añadir?

Los ojos de Nora se abrieron de forma desmesurada. Incluyó su cuerpo hacia delante y sus gestos delataron su alegría al saber de esa noticia.

—¿Cómo dices? —preguntó, incrédula.

—Sí, Nora, no me hagas repetírtelo, por favor. Y me gustaría... Bueno, hemos pensado que... Que tú podías ocupar su puesto ahora que está vacante, y...

—Huy, para, para, Richard. ¿Yo directora financiera de Wilkins and Co.? —dijo Nora, moviendo el brazo en señal de victoria como si fuera un mimo—. Tendría que pensármelo.

Cantó y bailó con el auricular en la mano, pero sin emitir un solo sonido.

—Bien —respondió Richard con desencanto—. ¿Me darás una respuesta en un par de días?

—Ajá —respondió Nora con fingida indiferencia.

—De acuerdo. Cuídate, Nora.

—Y tú, Richard.

—Adiós. Que tengas un buen día.

—Igualmente. Adiós.

Nora colgó el aparato y se quedó mirando perpleja a la pared. ¿El puesto de director financiero de Wilkins and Co. era suyo? ¡El puesto de director financiero en Wilkins and Co. era suyo!

Resopló en un intento de canalizar la mezcla de alegría y sorpresa. Y se dio cuenta de que, ahora que lo había conseguido, ya no estaba segura de que aquello fuese lo que deseaba. Con la sensación de encontrarse en una nube, regresó al comedor, donde todos se estaban levantando ya de las sillas.

—¿Y bien? —dijo Annie con expresión de preocupación.

—El puesto de director financiero de Wilkins and Co. es mío —respondió Nora, con una tranquilidad pasmosa—. Si decido que es lo que quiero.

—¡Oh, Nora! —exclamó la tía acercándose a ella con los brazos abiertos—. Me alegro por ti. Te lo mereces.

Bruno observó la escena desde su posición, con la certeza de que todo era como debía ser. Nora regresaría a su trabajo en Washington. Él haría la maleta y se iría a Río, primero, y a Canadá, después. Intentó disimular su decepción, pues en el fondo deseaba que aquella mujer decidiera no regresar a su casa.

«¿Qué esperabas?», se dijo. «¿Que lo dejara todo para seguirte por el mundo?».

Era absurdo. Nora debía continuar con su carrera, como él iba a hacer con la suya.

—Enhorabuena, Nora —repuso Bruno, mientras consultaba su reloj de pulsera—. Y ahora, si me disculpáis, tengo trabajo que hacer. Nos veremos a la hora de la cena.

Abandonó el comedor con paso firme, sin que sus gestos delataran su decepción. Y se repitió que así debía ser.

—¿De modo que Audrey arrojó a vuestra madre por las escaleras? — preguntó Nora horrorizada. Aquella mujer era detestable. ¿En qué maquiavélica mente podía surgir la idea de tirar al vacío a una mujer, y además embarazada?

Christa asintió, sentada junto a la ventana de la biblioteca.

—Dios mío. ¿Por eso vuestro hermano no llegó a nacer?

Ruby fue quien movió la cabeza en señal afirmativa, con los labios apretados. Odiaba también a aquella retorcida mujer, aun sin conocerla.

—Nuestro padre no quiso hacer un escándalo, de modo que habló con su buen amigo Peter Crawford y le contó lo sucedido con la esperanza de que él supiera qué hacer.

—¿Y? No me digáis que vuestra madre tuvo que soportar la presencia de esa mujer durante años —dijo Nora, inclinándose hacia delante en el sillón.

—No. Por fortuna Peter Crawford era un hombre cabal, y tras comprender la enajenación de su hija decidió enviarla a Inglaterra. Tenía familiares en su tierra natal, y acogieron a Audrey sin preguntas.

Nora resopló.

—Menos mal —opinó, aliviada—. Con esa mujer merodeando por aquí tal vez vosotras no hubieseis llegado a ver la luz, visto lo visto.

—Tienes razón, Nora. Pero no, no sucedió nada de eso. Nuestros padres se amaron con locura durante casi sesenta años, y nosotras somos el fruto de su amor —dijo Annie con expresión soñadora mientras miraba el retrato de Adrien y Millicent con una mezcla de orgullo y afecto.

Nora se puso de pie y se acercó también a la fotografía.

—Una historia maravillosa. Gracias por haberla compartido conmigo —musitó, con las manos en los bolsillos de su pantalón—. Gracias por haberme traído aquí para que abriera los ojos. Gracias por mostrarme una tierra tan bella y llena de vida. Estoy orgullosa de formar parte de esta familia.

Las tres ancianas se pusieron en pie y abrazaron a Nora, que tuvo que aguantar las lágrimas de emoción.

Bruno llamó a la puerta del dormitorio de Nora poco antes de la hora de la cena.

—¿Puedo pasar? —dijo, asomando la cabeza por una rendija.

—Claro, pasa —respondió Nora mientras le hacía un gesto con la mano desde su posición junto a la ventana. Observaba el atardecer—. ¿Cómo ha ido tu día?

—Bien. He estado rematando algunos cabos sueltos. En un par de días tendré el informe.

Bruno se acercó a ella y la abrazó por la cintura, colocándose contra su espalda. Aspiró su perfume y enterró la nariz entre sus suaves cabellos.

Cerró los ojos y el dolor le atenazó el corazón. ¿Podría retomar su vida sin Nora a su lado?

Nora tomó sus manos con fuerza y sonrió al sentirse atrapada entre aquellos brazos. Giró el cuello buscando su boca y le besó. Lo que en principio comenzó como un beso casto se convirtió en voraz, y los dos enlazaron sus lenguas con apetito.

Bruno dejó de besarla para bajar por su cuello con los labios ardientes. De repente ya no recordaba lo que quería decirle, tan solo sentía deseo. La quería toda para él. Acarició sus caderas y presionó su trasero contra su potente erección, a lo que ella respondió con un gemido. Dejó que él desabrochara su pantalón y la pequeña prenda se deslizó hasta el suelo junto con su ropa interior. Poco después le sacó la camiseta por la cabeza y le desabrochó el sujetador. La acarició, sintiendo una urgente necesidad que turbaba sus sentidos. Ella se deshacía en sus brazos mientras le guiaba hasta su interior.

Entró en ella y Nora ahogó un grito de sorpresa. La acometió con potentes embestidas, arrancándole gemidos de placer. Ella, arqueada hacia delante, se movía con cada movimiento y rebotaba de nuevo contra él.

Bruno observó el cuello tenso de Nora, su espalda y su trasero, que rebotaba contra su vientre. Encendido, aumentó el ritmo hasta convertir aquella unión en una carrera enfebrecida. Ella gritó y se estremeció cuando la oleada de placer invadió su cuerpo, y poco después él se derramó en su interior con un gruñido ronco.

Poco a poco fueron recobrando la consciencia de lo sucedido, con la respiración aún agitada. Nora se volvió hacia Bruno y le mordió el labio inferior con picardía. Tenía el pelo revuelto y las mejillas sonrosadas. Sus labios rojos todavía mostraban el rastro de sus besos voraces.

—¿Te apetece ducharte conmigo? —musitó, con una traviesa sonrisilla.

Él asintió.

—¿Acaso podría negarme ante tal petición?

Ella tomó su mano y lo arrastró hasta el baño. Cerró la puerta con el pie y comenzó a besarle de nuevo. Llegarían tarde para la cena, pero eso no le importaba.

Brasil, verano de 1947

Annie se agachó tras uno de los enormes sillones de la biblioteca y aguardó con la respiración agitada. Aguantó la risa cuando oyó acercarse a Ruby, que preguntó con voz musical:

—¿Dónde estáis? No tardaré en encontraros. Christa, Karen, Annie, veréis como os encuentro en un visto y no visto.

Annie se pegó aún más contra el cuero pardo y abrazó sus piernas para ocupar el mínimo espacio posible mientras el reloj del vestíbulo daba las doce. Escuchó los pasos de su hermana cada vez más lejanos, y asomó la cabeza tras el asiento. No había nadie, de modo que echó a correr y salió al pasillo, donde pudo ver a Karen perseguida de cerca por Ruby. Annie, avanzando distraída, tropezó en la alfombra y cayó cuan larga era a la vez que derribaba uno de los jarrones chinos de la entrada.

—¡Annie! —exclamó su gemela, llegando a su lado como una exhalación—. ¿Estás bien?

Ella asintió.

—Por suerte la alfombra es gruesa y ha amortiguado el golpe —repuso acariciando su rodilla dolorida.

Christa salió de su escondrijo al oír el estruendo. Miró horrorizada hacia los pedazos del jarrón, desparramados por el suelo, y cubrió sus labios con el dorso de la mano.

—Pero, ¿qué habéis hecho?

Ruby se dio la vuelta hacia su hermana mientras Karen ayudaba a Annie a ponerse de pie.

—Annie se ha caído, y al levantar la alfombra ha provocado la caída del jarrón. Espero que mamá no se moleste demasiado —añadió con una mueca. Su madre les había regañado multitud de veces por sus juegos dentro de la casa.

En ese momento su padre salió de su despacho.

—¿Qué es todo ese escándalo, niñas? —preguntó, con la mano apoyada en el marco de la puerta.

—Annie se ha caído. Se ha hecho daño en la rodilla —dijo Karen con pesadumbre—. Y se ha roto el jarrón que le regalaron a mamá.

Adrien caminó hacia ellas con paso decidido, observando los destrozos causados por la caída. Uno de los criados llegó en ese momento, también alertado por el ruido.

—Lo importante es que os encontréis bien —opinó Adrien mientras

miraba hacia su hija, que caminaba con dificultad apoyada sobre su hermana gemela—. Quizás sería conveniente que Barbara examinara esa rodilla.

—Oh, papá, no es necesario. Tan solo ha sido un golpe, no tiene importancia —repuso Annie, feliz al contar con toda aquella atención por parte de todos—. Iré a contárselo a mamá.

—Y a pedirle disculpas por lo que has hecho —apostilló Christa con superioridad. Ella era la hermana mayor, y se comportaba como tal a pesar de tener tan solo quince años.

La campana de la puerta sonó justo cuando Annie se encaminaba escaleras arriba para contarle a su madre lo sucedido. Millicent estaba escribiendo en el dormitorio, como cada mañana. El criado se apresuró en abrir.

—Buenos días, tengo una cita con el señor Everett —dijo alguien desde el exterior.

—Pase, por favor —invitó el empleado.

Adrien se acercó para recibir al muchacho, que no tendría más de dieciocho años. Era alto, casi tanto como él, aunque sus cabellos eran más oscuros, del color del carbón. Tenía unos penetrantes ojos azules que brillaron de emoción al estrecharle la mano.

—¿Alfred Crawford, verdad? —preguntó Adrien con una sonrisa.

—En efecto, señor —repuso el chico apretándole la mano con fuerza.

—Bienvenido. Me gustan las personas que estrechan la mano con energía, eso dice mucho de su personalidad.

Alfred sonrió y desvió su mirada hacia las encantadoras jovencitas que llenaban el vestíbulo.

—Te presento a mis hijas —intervino Adrien, al constatar su interés—. Karen y Annie, las gemelas. Esta es Ruby, y esta es Christa, mi primogénita.

Christa esbozó una sonrisa tímida y le estrechó la mano al muchacho justo antes de seguir a sus hermanas hasta la planta superior. Su corazón latía con fuerza, como si acabase de echar una carrera.

—Vayamos a mi despacho para hablar de las condiciones de tu contrato. Tu tío Peter me ha dicho que eres bueno con los números —dijo Adrien a la vez que le señalaba el camino con un gesto—. Estoy seguro de que me vas a ser de gran ayuda.

—Sí, señor. Yo también lo espero. Quiero que mi tío se sienta orgulloso de haberme recomendado. No quisiera defraudarle, ni a usted tampoco —afirmó con su sombrero entre las manos.

—Y dime, ¿cómo ha ido tu viaje desde Inglaterra?

—Oh, bien, señor. Además la agradable conversación de mi prima Audrey me ha amenizado las horas.

Adrien le miró con sorpresa. ¿Audrey estaba allí? Tal cosa suponía problemas, estaba seguro.

Los Everett estaban cenando cuando alguien llegó con un mensaje para Adrien. Este, tras disculparse, salió del comedor para recibirlo. Se quedó sin habla cuando leyó las escasas líneas que Alfred le había escrito. Al regresar al comedor su rostro reflejaba el dolor por la pérdida.

—Siento comunicaros que Peter ha fallecido —dijo tras tomar asiento. Millicent le miró compungida—. Alfred ha enviado un mensaje para comunicárnoslo.

—Lo siento mucho. Era un buen hombre, y sé el aprecio que sentías por él.

Las niñas continuaron comiendo en silencio, ajenas a la tormenta que estaba a punto de desencadenarse.

—No podemos faltar a su sepelio —afirmó Adrien, con su copa en la mano. Movía el líquido a un lado y a otro, observando cómo acariciaba las finas paredes de cristal.

—Oh, desde luego —repuso Millicent—. Jamás se me pasaría por la cabeza no asistir. Tengo mucho que agradecerle a ese hombre, pues siempre fue un ejemplo de rectitud.

—Audrey estará allí —añadió Adrien, a la vez que abandonaba su copa sobre el mantel. Miró hacia su esposa y observó sus mejillas, que no tardaron en encenderse. La vio levantarse y abandonar la mesa sin decir una sola palabra.

Las niñas miraron hacia su madre sin comprender qué había pasado, pero su padre les indicó con un gesto que continuaran con la cena. Adrien se levantó y siguió a su esposa hasta el dormitorio.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —le reprochó a su marido cuando este entró en la pieza. Ella observaba el jardín junto a la ventana con los brazos cruzados.

—Lo he sabido esta mañana. Alfred me lo dijo —respondió Adrien mientras cerraba la puerta con suavidad—. Tampoco yo podía imaginar que fuese a volver. Imagino que decidió viajar tras saber del empeoramiento de su padre.

Millicent se limpió una lágrima que escapó de su ojo derecho y continuó con la mirada perdida en la masa verde del exterior.

—No quiero verla. No puedo.

Adrien la abrazó por la espalda y le transmitió su calor. Enterró su nariz en los fragantes cabellos y depositó un beso sobre su nuca.

—Yo estaré allí, a tu lado. No permitiré que te haga daño alguno, te lo prometo.

—Yo... no puedo. Todo vuelve a mi memoria como una cascada de dolor y sufrimiento.

—No voy a presionarte. Solo prométeme que lo pensarás. No me gustaría ir solo al entierro. Tú eres mi esposa y es tu lugar —aseveró él sin liberarla de su encierro.

—De acuerdo. Lo pensaré.

La casa de los Crawford se mostró ante Millicent más aterradora que nunca. Le pareció que incluso tras las cortinas se ocultaban ojos que los escrutaban sin ningún remordimiento. Aguardó a que Adrien estacionara el coche cerca de la puerta de entrada, junto a otros tres automóviles, y bajó con pesar cuando su marido le abrió la portezuela. Le había dicho que asistirían al velatorio, pero no al sepelio, de modo que allí estaban. Le temblaban las piernas, y por un momento temió no poder entrar en la casa.

—Vamos —dijo Adrien, tomando su mano con fuerza. Sabía de su nerviosismo, y quería transmitirle su apoyo más incondicional. Tampoco él podría perdonarle jamás a Audrey sus deleznable acciones.

Una empleada abrió la puerta principal y les invitó a entrar. Los acompañó hasta el lugar del velatorio y se esfumó con una inclinación. Alfred enseguida se acercó a ellos.

—Señor Everett, señora Everett, muchas gracias por venir. Mi tío profesaba un gran cariño hacia los dos, me lo dijo decenas de veces en sus cartas.

—Peter era un buen amigo. Le voy a extrañar —aseguró Adrien mientras estrechaba la mano del muchacho.

—Por cierto, señor Everett, debo hablar con usted de algo. Mi tío me nombró heredero universal de sus bienes, incluidas sus tierras aquí.

—Tal noticia me complace sobremanera. Si Peter creía en ti yo también creo. De modo que tienes todo mi apoyo para tomar las riendas del negocio. Y estoy disponible para lo que necesites. Solo siento que al fin no puedas trabajar conmigo —reconoció Adrien, complacido.

Millicent observó a su alrededor en busca de la odiosa mujer que tanto daño le había hecho, pero no la halló. Su corazón bombeaba con fuerza, y apenas le permitía escuchar la conversación que tenía frente a ella.

Varias personas se apartaron en ese instante y de detrás de ellos surgió una cara conocida. Habían pasado diecisiete años, pero el dolor continuaba intacto. Vestida como siempre de forma impecable, se acercó a ellos con una sonrisa mientras contoneaba sus caderas.

—Adrien, qué placer volver a verte —dijo con los labios rojos como cerezas. Se movía como una gata en celo, tal y como Millicent recordaba.

—Lo siento pero no puedo decir lo mismo, Audrey. Y ahora, si me disculpas, debo hablar con Alfred —respondió Adrien sin miramientos.

Millicent se sintió orgullosa de ser la esposa de aquel hombre de principios, alguien que había sufrido una terrible venganza en carne propia y que había sabido renacer de sus cenizas, perdonar y continuar con su vida. Se aferró bien a su brazo y se recreó en la expresión de sorpresa de la mujer, que ardía de furia. Esbozó la mejor de sus sonrisas y siguió a Alfred y a su esposo hasta la habitación contigua.

El fotógrafo les indicó con la mano que se movieran un poco hacia la izquierda. Allí, frente a la casa, junto al coche familiar, los rostros mostraban toda la felicidad que eran capaces de mostrar para la posteridad.

—Muy bien. Ahora quietos, por favor —dijo, colocándose tras su cámara. Disparó y les aconsejó hacer una fotografía del matrimonio.

Adrien y Millicent se dieron un beso justo antes de que el hombre inmortalizara la escena. Justo antes de que él susurrara al oído de su esposa que la amaba. Nunca se cansaría de decírselo. La quería con toda su alma, pues ella y solo ella había sabido comprender las oscuras porciones de su alma, amándolo y cuidando de él con devoción. Le había brindado a sus maravillosas hijitas, y le había demostrado que todo era posible con amor.

Brasil, finales de agosto de 2016

Nora dobló las dos últimas camisetas y las introdujo en la maleta con aire pensativo. Metió también la bolsita de tela con las zapatillas y el chubasquero que había tenido que comprarse tras conocer el clima de la zona. Annie se lo había advertido, pero ella no le había hecho caso. Si hubiera sabido que le iba a hacer tanta falta para las excursiones, se lo habría traído de Washington.

Las excursiones.

Suspiró y pensó en Bruno y en todos los buenos momentos que habían pasado juntos. Se sentía feliz por haberlo conocido, aunque una extraña sensación se había instalado en la boca de su estómago al conocer la noticia de su marcha. Iba a extrañar mucho sus besos, sus conversaciones sobre cualquier tema, su encantadora sonrisa de niño bueno.

En ese momento fue ella quien sonrió como una niña. Observó su reflejo en el espejo del baño y por un instante deseó ser como Bridget. Ella disfrutaba al máximo de sus relaciones con los hombres sin preocuparse de nada más. Odiaba el compromiso, y su estrategia le había funcionado siempre de maravilla. «Hoy estoy contigo, aprovecho cada segundo y me lo paso genial; comparto contigo y mañana se acabó. Pero no pasa nada, seguimos siendo amigos. Llámame cuando vuelvas por la ciudad».

Nora se dejó caer sobre la cama y pensó en ellos dos. ¿Qué eran exactamente? Suspiró, cerró los ojos y de inmediato las manos de Bruno sobre su cuerpo le arrancaron un gemido de placer.

—Céntrate, Nora —se reprendió, poniéndose de nuevo de pie. Tomó la maleta y la dejó junto a la pared, sin entender sus sentimientos.

Su cabeza era un auténtico caos. Por un lado pensaba en Richard y en lo que le diría al verlo. ¿Realmente quería ese puesto? ¿Todavía lo quería? Lo que sí tenía claro es que aquello ya no era su prioridad.

Alguien llamó a la puerta y cortó sus divagaciones.

—Adelante —invitó.

Bruno asomó la cabeza por la rendija.

—¿Puedo pasar?

Ella asintió, y él entró y cerró la puerta. Se quedó apoyado contra ella, observándola.

—Claro. Estaba preparando el equipaje. Tengo la sensación de que han

pasado años desde que embarqué rumbo a São Paulo —reveló Nora.

—Ven conmigo.

Nora le miró sin parpadear.

—Ven conmigo a Canadá —repitió él, con mil planes en la cabeza. La miró con esos ojos azules que parecían traspasarla y que decían más que todas las palabras que quería decirle. Dio unos pasos hacia ella y la besó.

Nora se abandonó a aquel beso, a todo lo que Bruno le hacía sentir.

—*Amo-te*^[17]—musitó junto a su oído, abrazándola como si su vida entera se desmoronase ante la sola idea de la separación.

Nora se deleitó unos momentos en su calor, en la sensación de paz que la envolvía cuando él estaba cerca. Sí, su corazón también latía con fuerza cuando estaba en sus brazos. Pero no estaba preparada para nada más. Esa era la cruda realidad. Se separó ligeramente de él y le miró a los ojos.

—No puedo.

Bruno la miró con tristeza. Tragó saliva y se separó un poco de ella. Su solo contacto dolía, como si fuese el anticipo de la separación. Asintió y la soltó poco a poco.

—Pero me gustaría aprovechar el tiempo que nos queda. No quisiera recordar el momento en que nos dijimos adiós, sino todos los demás momentos —añadió Nora—. Espero que puedas entenderlo, debo regresar para que todo vuelva a su lugar en mi cabeza. Volver a la rutina es cuanto necesito.

—Lo comprendo. Espero que encuentres cuanto necesitas en Washington —respondió Bruno con pesar, intentando esbozar una sonrisa. Los celos le arañaban por dentro, torturándole. ¿Se referiría a David cuando decía que todo regresara a su lugar?

—Gracias —dijo ella. Depositó un beso sobre sus labios y le sonrió—. ¿Podemos ir a la cascada? Es lo que me gustaría en mi último día en este lugar.

Él asintió.

—Iré a mi dormitorio a por las llaves del coche.

—De acuerdo. Te esperaré aquí.

—Bien.

Christa levantó su copa para hacer un brindis.

—Por que esta cena no sea la última que disfrutamos todas reunidas. Por nuestra querida Nora y nuestro estimado Bruno, para que su futuro esté lleno de felicidad.

Todos secundaron el brindis con sus vasos. El ambiente estaba ciertamente enrarecido, por las cercanas despedidas, por tantos recuerdos agridulces entre aquellas paredes.

—En fin, tendré que acostumbrarme a esta enorme casa vacía y solitaria de nuevo —dijo Christa entre suspiros, con la tristeza reflejada

en su rostro—. Con Geraldo como única compañía.

—Anda, Christa, no seas quejica. Te he dicho hasta la saciedad que te vengas a pasar una temporada a mi casa —soltó Ruby con el ceño fruncido.

—Y yo también —intervino Annie—. Puede pasar el otoño conmigo en Washington y el invierno contigo en Carolina.

Christa las miró con los labios entrecerrados.

—Pues no es mala idea.

—Claro que sí, es estupendo que estéis pensando en pasar más tiempo juntas. Si la abuela continuara entre nosotros seguro que se uniría a esa idea —opinó Nora con las manos sobre su regazo. No tenía apetito aquella noche, y un extraño malestar le había impedido disfrutar de la cena con normalidad.

—También podéis ir a visitarme a Calgary —intervino Bruno, risueño—. Voy a estar allí una buena temporada, de modo que ya sabéis.

Nora le miró. Ella no. Ella le había dicho que no iría con él, y una visita le parecía totalmente fuera de lugar. Sintió la punzada del dolor aguijoneándole el alma, como si estuviera apartando de su vida lo único que tenía sentido.

—Tú también, Nora —dijo él, como si hubiera adivinado sus pensamientos—. Me encantaría que me visitaras alguna vez, cuando tu vida vuelva a estar en orden y la rutina comience a pesar sobre tus hombros.

—Lo haré —respondió ella, consciente de la indirecta. Todo se estaba volviendo más difícil de lo que parecía en su cabeza.

—Bien, pues entonces brindemos de nuevo por todos nosotros. Para que la vida nos sonría de aquí en adelante —repuso Christa con su copa levantada de nuevo. Cualquiera diría que era una bebedora habitual, cuando la verdad era que nunca probaba el alcohol.

—Creo que nos queda un solo detalle que revelarles a Nora —recordó Ruby de repente. Se recostó en su silla y cruzó las manos sobre el pecho—. Y dado que se va mañana creo que sería recomendable decírselo ahora.

Nora las miró con atención, dejando de darle vueltas por un momento a lo suyo con Bruno.

—¿Hay algo más? Pensé que ya era suficiente para una sola historia.

—Bueno, lo que nos queda por contarte no le atañe a nuestros padres, sino a Christa y a Annie —reveló Ruby—. ¿No es así?

Ellas asintieron con pesar, y fue Annie la que tomó la palabra.

—Christa se casó con el amor de mi vida —soltó sin rodeos. A su edad los rodeos sobraban, a su juicio—. Es por ello que yo nunca llegué a casarme.

Christa comenzó a darle vueltas a su alianza de forma maquinal.

—Es así —reconoció con una mueca—. Annie se enamoró de Alfred Crawford, de mi Alfred. Solo que él me quería a mí.

Nora abrió los ojos como platos y bebió un trago de su copa. La historia de su familia desde luego era más intrincada de lo que jamás pudo haber imaginado.

—¿Por eso... te fuiste? —preguntó, temerosa de su respuesta.

Annie asintió.

—Me sentí traicionada, y solo quería alejarme de todo y de todos. Karen decidió acompañarme, pues le sabía mal dejarme sola, de modo que nos fuimos juntas a Estados Unidos. Nos habían aceptado en la Universidad de Washington, de modo que fue fácil establecernos allí.

—Estuvimos años sin dirigirnos la palabra —confesó Christa, mientras depositaba su servilleta con suavidad sobre el mantel—. Cuántos años perdidos a causa del estúpido orgullo.

—Sí —añadió Annie con pesadumbre—. Años después, cuando Karen murió y yo me convertí en casi una madre para sus hijos Jack, Albert y Frank y en casi una abuela de sus nietos, recapacité. Me di cuenta de que no tenía sentido continuar con aquella absurda situación. Tú siempre serías mi hermana, y eso nada ni nadie podría cambiarlo. Alfred te había elegido a ti, y debía respetarlo.

—Sí, pero nunca te atreviste a regresar mientras Alfred vivía —musitó Christa—. A él le hubiera gustado, lo sabes tan bien como yo. Sentía un gran cariño por ti, por todas nosotras. Nuestro padre lo acogió con los brazos abiertos cuando llegó aquí y le ayudó a tomar las riendas de su negocio, y eso jamás lo olvidó.

Annie movió la cabeza a un lado y a otro con la mirada perdida, sumergida en sus viejos recuerdos.

—Debería haber venido.

—Claro que sí, vieja tozuda —soltó Christa, justo antes de levantarse para abrazar a su hermana—. Te quiero, Annie, y a ti, Ruby.

Nora las miró mientras se abrazaban. No había nada como la familia. Pensó en su madre y en Stella, y se prometió a sí misma que iría a visitarlas una vez se estableciera de nuevo en Washington.

—Sabía que podría encontrarte aquí —dijo Bruno entrando en la biblioteca.

Nora le miró y asintió, sentada junto a la caja de música de su bisabuela. Abrió la tapa con lentitud y la música comenzó a llenar el aire. Había ido allí después de la cena para intentar reflexionar, pero su cabeza era un ovillo enredado de ideas descabelladas. No podía concentrarse.

—Quería despedirme de ellos —respondió ella mientras señalaba la fotografía de Adrien y Millicent—. Ahora siento que los conozco mucho mejor. En realidad, hay muchas cosas que han cambiado desde mi llegada.

Bruno se acercó hasta la caja y aguardó de pie frente a ella.

—Es cierto. Todo cambió también en mi vida la noche en que te descubrí en el vestíbulo.

Nora se puso de pie y le besó. Dejó que la tomara en sus brazos y la subiera a su dormitorio para regalarle su última noche.

El sol todavía no había salido cuando Nora acompañó a Bruno hasta el todoterreno de la universidad. Un resplandor anaranjado era todo cuanto se podía vislumbrar de la ardiente esfera que los calentaría con fuerza horas después.

—Cuídate, ¿vale? —pidió Bruno mientras cargaba su equipaje en el amplio maletero. Allí estaban también sus carpetas y su maletín con el informe que debía entregar. Cerró el portón y se volvió hacia ella.

—Sí. Cuídate tú también.

Nora se puso de puntillas y le besó en los labios mientras él abarcaba su cintura con las manos para acercarla a su cuerpo.

—Piensa en lo del viaje. Aquella zona de Canadá es muy hermosa, y yo podría mostrártela —añadió Bruno, separándose de ella con el corazón roto. Marcharse de allí sabiendo que no volvería a verla era el peor de los castigos que podía recibir. Pero estaba seguro de que no volvería a verla.

—Lo haré —respondió Nora con una débil sonrisa—. Buen viaje.

Soltó su mano con lentitud y se sintió huérfana, como si todo su mundo se resquebrajase. Pero sabía que todo volvería a su lugar en cuanto regresara a Washington. Solo debía tener paciencia.

—Buen viaje.

Bruno arrancó el motor y le dijo adiós con la mano. Después tomó el camino de la entrada y se alejó despacio hasta perderse tras la masa verde del jardín. Nora sintió las lágrimas aflorando contra sus pestañas, pero respiró hondo y regresó a su cuarto. Su decisión era la correcta.

El Aeropuerto Internacional de São Paulo recibió a Annie y a Nora dos días después.

—¿Tienes los billetes? —preguntó Nora de repente, palpando los bolsillos de su pantalón con inquietud.

—Sí, cariño. Te dije que los había guardado en mi bolso.

—¡Uf, qué susto! —exclamó Nora, dejando caer los brazos a los lados del cuerpo. Después tomó el carrito con el equipaje y tiró de él.

—¿Te ocurre algo? No parece que regreses de un viaje de placer.

—No es nada. Bueno —rectificó con una mueca—, es solo que tengo que ir a visitar a David para recoger mis cosas, ir a Wilkins and Co. para hablar con Richard, buscarme nueva casa, y...

—Nora, por favor, todo eso se hará. Pero deja de atormentarte con las cosas que debes hacer o volverás al punto en el que te encontrabas al

venir aquí —la reprendió, con el ceño fruncido—. Pensé que unos días en la casa familiar te harían bien, pero no sé si me equivocaba. ¿Vas a volver a las andadas?

—Sí. No. No lo sé —reconoció con un resoplido. Se detuvo y aparcó el carrito del equipaje junto a una papelera de acero pulido—. Me siento un poco confusa. Eso es todo.

—¿Confusa? ¿Por el puesto que Richard te ha ofrecido? —preguntó Annie, a la vez que la invitaba a sentarse a su lado con un gesto.

Nora se encogió de hombros con los labios apretados. Se desinfló sobre el asiento de plástico azul y miró hacia el suelo.

—No lo sé. Creo que aceptar el puesto es lo mejor que puedo hacer, pero no puedo evitar pensar en que tal vez ahora no sea el momento. Mi cabeza es un lío —reconoció, cubriéndose los ojos con las manos.

—Cariño, muchas veces las soluciones a nuestros problemas vienen solas, sin dar demasiados rodeos. Relájate y deja que el tiempo fluya, quizás lo veas todo más claro en unos días. No quiero que te presiones con eso del trabajo, lo que tenga que ser será —recitó Annie con convicción, tras ajustar sus gafas redondas—. Y tampoco quiero que te presiones con todo lo demás.

Nora la miró. ¿Lo sabía? ¿Annie lo sabía?

—Quiero decir con la conversación que debes mantener con David —aclaró al descubrir el sofoco de su sobrina nieta.

—Gracias, Annie, por tus sabios consejos.

—No tienes que dármelas. Sabes que tú y tu hermana Stella sois muy especiales para mí. No deseo otra cosa en esta vida que veros felices —aseguró con la cabeza alta—. Sí, señor.

Nora sonrió y respiró hondo para intentar recobrar la calma.

—Vamos, tomemos un café. Aún es pronto para nuestro vuelo.

[17] Te quiero.

23

Brasil, otoño de 1951

Christa se subió a la escalera y aun así hubo de ponerse de puntillas para alcanzar el libro que buscaba. Al colocar los pies de nuevo sobre el peldaño uno de ellos se deslizó y a punto estuvo de perder el equilibrio. Se aferró al estante y no pudo evitar emitir un grito mientras su corazón latía acelerado.

—Señorita Everett, ¿se encuentra usted bien?

Ella volvió la cara hacia el recién llegado a la biblioteca y enrojeció hasta la raíz del pelo.

—Oh, sí, gracias, señor Crawford —respondió de forma atropellada. Bajó los peldaños con decisión y se reunió con él.

—Me ha asustado —reconoció Alfred con el sombrero entre los dedos. Observó su rubor y sonrió—. Está muy bonita cuando se sonroja.

Christa le dedicó la mejor de sus sonrisas y cubrió sus labios con el libro en señal de timidez.

—*Norte y sur*, de Elizabeth Gaskell —leyó Alfred, con la cabeza ladeada—. Buena elección.

Ella le miró con mayor interés, si cabe.

—¿Conoce usted la obra de la señora Gaskell? —preguntó con interés.

—Tengo entendido que a mi bisabuela le gustaba mucho, y compraba puntualmente la revista *Household Words*.

—A mi madre también le gusta su obra —admitió Christa con satisfacción.

—Y yo admiro a su madre. Mis hermanas esperan con fervor su nueva novela, y debo confesar que yo también —dijo Alfred con media sonrisa.

El reloj del vestíbulo dio las cinco, y los dos se quedaron en silencio durante unos instantes.

—Pues, por si se lo pregunta, yo nunca me dedicaré a escribir. No tengo tal don, me temo —añadió ella con una mueca—. Me considero únicamente lectora, eso sí, ávida. Madre dice que Annie sí que apunta maneras, aunque de momento solo escribe historias cortas.

—Desde luego.

Annie, que los espiaba desde muy cerca, apretó los puños y resopló.

«¿Pequeña? ¡Pero si estaba a punto de cumplir catorce años!». Le demostraría a Alfred y a la coqueta de su hermana que ya era una mujer hecha y derecha.

Se marchó a toda velocidad justo cuando la risa musical de Christa llegaba hasta ella, resuelta a conseguir sus fines. Alfred aún no lo sabía, pero ella estaba convencida de que ellos dos estaban hechos el uno para el otro, aunque por el momento solo tuviera ojos para su hermana, su rival.

Christa repasó una vez más su aspecto en el espejo de su dormitorio. Tenía las mejillas encendidas, y eso que tan solo debía prepararse para la cena.

Pero él estaba invitado.

Su corazón comenzó a latir con fuerza cuando abandonó el dormitorio para bajar las amplias escaleras. Podía escuchar voces masculinas procedentes del despacho. Tal vez la puerta estuviese entreabierta.

—El señor Crawford —musitó al reconocer su voz aterciopelada.

Hablaba con su padre de algún tema relativo al negocio. Se detuvo a escasa distancia del cuarto y esbozó una sonrisa.

—¡Padre, Christa estaba espiando la conversación! —chilló Annie, que acababa de aparecer como por encanto en el pasillo.

Christa dio un respingo.

—¡No es cierto! —se defendió, frunciendo los ojos—. Me dirigía hacia el comedor para la cena.

Los hombres abrieron la puerta al escuchar el alboroto.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Adrien al descubrir a su primogénita con el rostro del color de la grana. Alisó su elegante chaleco claro y se cruzó de brazos, expectante.

—¡Christa espiaba la conversación! —repitió Annie a voz en grito, con los brazos en jarras.

—Annie miente al afirmar tal cosa —protestó Christa con impotencia. El comportamiento de su hermana distaba mucho últimamente de lo que debía ser.

—En primer lugar, buenas tardes —repuso Adrien, conciliador—. En segundo lugar, deberíais saludar a nuestro invitado en lugar de pelear como dos animalillos.

—Buenas tardes, señor Crawford —dijeron ambas a coro, y después enmudecieron avergonzadas.

—Buenas tardes, señoritas —respondió Alfred, observando divertido la discusión.

—Señor Crawford —intervino Christa—, disculpe a mi hermana. No es más que una niña.

Annie se enfureció y le lanzó una mirada cargada de odio. Estaba a punto de contestarle cuando su padre dijo: —Vayamos al comedor. La cena ha de estar dispuesta —afirmó consultando su reloj de bolsillo.

Las dos damitas asintieron y se dirigieron al comedor lo más lejos posible la una de la otra. Allí se unieron a su madre y sus dos hermanas.

—De modo que va a celebrar un baile en su casa, señor Crawford —dijo Millicent mientras colocaba la servilleta con elegancia sobre su regazo.

—Así es —respondió Alfred, que estaba sonriendo a Christa como si no hubiera nadie más a su alrededor—. Y por supuesto su familia al completo está invitada. El negocio marcha francamente bien, gracias a Dios y al buen consejo de su esposo, y quiero celebrarlo rodeado de amigos.

Los empleados sirvieron el *rosbif* y el vino y se retiraron en silencio, según la costumbre.

—Señor Crawford —intervino Christa, que no era ajena a las miradas del invitado de sus padres—, ¿sería tan amable de acercarme la salsa?

Alfred asintió y le acercó solícito la salsa de porcelana con un gesto de la cabeza. Pero justo cuando Christa tocó el asa con la punta de los dedos recibió un fuerte codazo de Annie. El líquido pardo se derramó

sobre el cuerpo de gasa blanca del vestido, arruinando por completo su atuendo.

—Disculpe mi torpeza —pidió Alfred poniéndose de pie de inmediato, escandalizado por lo que acababa de suceder.

—¡Annie! —exclamó Millicent con gran disgusto—. He visto lo que has hecho. Ten más cuidado, mira qué estropicio has causado. Discúlpela usted, señor Crawford, se lo ruego.

Christa se levantó a toda prisa, abochornada, y cubrió la enorme mancha con la servilleta.

—Ruego me disculpéis —balbució, con las mejillas encendidas, justo antes de abandonar el comedor para escapar a su dormitorio a toda velocidad.

Millicent le envió a Annie una mirada de reproche, aunque no añadió nada más. Hablarían más tarde, cuando su invitado se hubiese ido.

Christa no regresó al comedor después de lo ocurrido. Aguardó a que sus hermanas se retirasen a sus respectivos cuartos y despachó a su madre cuando esta se acercó para comprobar que estaba bien con el pretexto de un dolor de cabeza. Cuando verificó que toda la casa se encontraba en silencio bajó silenciosamente al piso inferior y salió al jardín.

Caminó entre los jacarandás y los rosales mientras se deleitaba en el delicado perfume que flotaba a su alrededor.

—¿Señorita Everett?

Christa se volvió y se encontró cara a cara con Alfred. Su corazón comenzó a latir con fuerza, como cada vez que lo tenía delante.

—Señor Crawford, imaginé que ya se habría marchado —repuso ella, todavía avergonzada tras la escena que Annie y ella habían protagonizado.

—Su padre quería mostrarme algo antes de irme —aclaró él con un gesto—. Por desgracia, ha surgido un imprevisto con los empleados que le ha obligado a ausentarse. De modo que me marchó.

—Entiendo —respondió ella, e hizo el amago de continuar con su paseo.

—Espere.

La joven volvió la cara y le miró.

—No se sienta mal por lo ocurrido, se lo ruego. Yo también tengo dos hermanas pequeñas y sé la paciencia que es necesaria para manejarlas en ocasiones —aclaró Alfred con una sonrisa.

—Le agradezco sobremanera sus palabras. Debo reconocer que Annie está insufrible últimamente, no sé qué es lo que le ocurre conmigo.

—Supongo que en ocasiones todos lo estamos.

—Eso es cierto —dijo Christa con un suspiro—. Trataré de hablar con ella.

—Me parece una decisión acertada —opinó él con una amplia sonrisa—. ¿Me permite acompañarla?

Ella asintió y los dos se dirigieron hacia la casona, donde esperaba el coche de Alfred.

—Hace una noche preciosa —admitió Christa. Su corazón casi volaba dentro del pecho. Si él supiera que le hacía sentir tantas cosas con su sola presencia.

—En esta tierra todas lo son —repuso Alfred dando vueltas a su sombrero entre las manos—. No recuerdo noches así en mi querida Inglaterra.

Christa sonrió.

—Aunque tal vez se deba a su compañía —añadió él, volviéndose hacia la mujer—. Cuando estoy con usted detesto el momento de marcharme.

Ella le miró sin aliento, y continuó escuchando sus palabras sin apenas dar crédito. Después desvió la vista, azorada.

—Desearía poder llevarla conmigo para no verme obligado a despedirme. Me gustaría que su bello rostro fuera lo último que veo cada noche al acostarme y lo primero al despertar.

Alfred tomó la barbilla de la joven, obligándola a mirarle. La besó y sintió cómo se estremecía ante su contacto, cómo se abría solo para él.

Cuando sus labios se separaron no articularon palabra alguna, no era necesario. Y tampoco lo fue en su despedida, bajo la cálida lluvia que había comenzado a caer.

El coche de los Crawford se deslizó por el camino hasta perderse en la lejanía con Christa mirándolo desde el porche con el corazón todavía acelerado.

Mientras, en una de las ventanas del piso superior, Annie lloraba y maldecía a su hermana una y mil veces.

Washington D.C. Septiembre de 2016

La lluvia caía con fuerza cuando Nora llegó al edificio donde había residido con David. Miró hacia arriba, bajo la cortina de pequeñas gotas, y sus recuerdos volvieron de forma inevitable al primer día que pasaron allí. Todavía no tenían muebles, y pidieron comida al restaurante chino de la esquina para comerla sobre una caja de cartón y sentados en el carísimo suelo de parqué. Se querían, y no necesitaban nada material para ser felices.

Introdujo la llave en la cerradura y entró en el portal. Revisó el buzón por pura inercia y tomó el ascensor hasta su planta. Ya frente a su puerta, se quedó mirando hacia la mirilla en silencio. Se sentía extraña, como si de algún modo aquella ya no fuera su casa. Todavía lo era, eso estaba claro, pero la familiaridad había desaparecido.

La puerta se abrió con suavidad y Nora dio un paso hacia el interior. Todo estaba en silencio. Abandonó su bolso y sus llaves sobre el mueble minimalista del vestíbulo y se quitó la chaqueta, que estaba empapada. El salón y la cocina estaban desiertos. Había pensado que al ser sábado por la tarde sería más fácil encontrar a David en casa, pero al parecer se había equivocado.

De repente, hasta sus oídos llegaron unos ruidos provenientes del piso superior, donde únicamente estaba su dormitorio. Subió los peldaños de dos en dos y al instante se arrepintió de su decisión. La ausencia de paredes en la habitación le mostró una imagen explícita: David le mostraba su trasero en todo su esplendor, moviéndose rítmicamente sobre una mujer igualmente desnuda.

—Siento la interrupción —musitó avergonzada. Se dio la vuelta y se lanzó escaleras abajo.

—¿Nora? —soltó David, perplejo, mientras se levantaba a toda prisa. Se puso los calzoncillos y bajó tras ella con el pelo alborotado y la respiración agitada—. Deja que te explique...

—Tranquilo —le cortó Nora con un gesto de la mano. Presionó el botón de encendido de la cafetera y aguardó a que el aroma del café inundara la estancia—. No tienes que darme ninguna explicación. Ahora no estamos juntos, ¿recuerdas?

Esbozó la mejor de sus sonrisas, consciente del apuro que estaba pasando David. Aspiró el delicioso aroma y de inmediato se transportó a casa de Abraão, a las sobremesas en la casa Everett, donde había

disfrutado de un café extraordinario. Colocó la taza sobre la encimera y le añadió dos cucharaditas de azúcar mientras se sentaba en uno de los taburetes tapizados en piel blanca.

—No hay problema. Es tu vida. Y dile a ella que no pasa nada, que la pobre estará pensando cualquier cosa —añadió, mientras David se rascaba la cabeza con indecisión.

—¿Seguro?

—Seguro. Quería recoger algunas cosas, pero puedo esperar a que ella se vista. Yo tengo la culpa de esto, debí llamarte antes de venir —afirmó Nora, mientras daba vueltas con la cuchara en la taza.

—¿No estás... enfadada ni nada?

—¿Por qué habría de estarlo? —repuso ella encogiéndose de hombros—. Por cierto, deberías probar el café que toma Christa. Eso sí que es una verdadera delicia.

—Bien, pero quiero que sepas que no estaba con ella antes de... antes de decirte que debíamos tomarnos un tiempo.

Nora asintió.

—Yo ya me voy —dijeron desde el pie de la escalera.

David y Nora miraron hacia allí.

—No te vayas —pidió Nora, haciéndole un gesto invitador con la mano—. ¿Te apetece café?

La joven asintió, sin poder dar crédito a sus palabras.

—Te presento a Carrie Pitt, hace poco que trabaja en el bufete —dijo David con una mueca—. Carrie, esta es Nora Ashford, mi ex.

—Un placer, Carrie —aseguró Nora, mientras se levantaba y cogía otra taza—. ¿Café?

—Sí, por favor —respondió la mujer, dando unos pasos hacia la cocina. Miró sorprendida hacia David pero no dijo nada más.

—¿Podríamos quedar el lunes con nuestro casero para modificar el contrato de arrendamiento? —dijo Nora de espaldas, accionando de nuevo la cafetera.

David se sentó en otro de los taburetes de la barra.

—Sí, desde luego. Y debería devolvarte la mitad del alquiler de estos dos últimos meses. No es justo que lo hayas pagado sin disfrutarlo.

—Eso no me importa. Podemos dejarlo así. Pero me gustaría arreglar lo demás con el casero. Debo comenzar a buscar un apartamento —reveló Nora con una extraña sensación en la boca del estómago. El lunes hablaría también con Richard, y le comunicaría su decisión en cuanto al puesto.

—Comprendo.

—Y ahora, disfrutemos del café. Después recogeré mis cosas.

Carrie se tomó el café y se marchó, todavía avergonzada por la escena que acababa de protagonizar con David. Nora entró en el vestidor y comenzó a llenar una de sus maletas.

—Siento todo esto —dijo David, observándola apoyado sobre el

marco de la puerta. Resopló y se mesó el cabello con expresión atribulada.

—Y yo. Nunca pensé que lo nuestro se deterioraría sin que llegáramos a darnos cuenta —respondió ella mientras lo miraba con un par de zapatos en las manos.

—Pero es mejor así, ¿no crees? Aunque siento habértelo dicho por teléfono en lugar de a tu vuelta. Me habría gustado poder hablarlo cara a cara contigo, pero estabas tan lejos que pensé que el teléfono era la única opción. En el momento en que Carrie llegó al bufete y me sentí atraído por ella supe que lo nuestro había terminado —reveló sin moverse de su posición. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón y se encogió de hombros.

—Yo también conocí a alguien en Brasil —repuso ella con una mueca mientras David la miraba con incredulidad—. Me sentí atraída por él desde el primer momento, pero traté de engañarme a mí misma pensando que nuestra relación era férrea. Pensaba que el distanciamiento entre nosotros sería tan solo pasajero. Me equivoqué. Creo que Annie lo sabía, por eso me instó a acompañarla a Brasil. Sabía que la distancia sería la mejor consejera. Y sí, creo que me enamoré.

David se acercó a ella y la abrazó, dejándola boquiabierta.

—Me alegro mucho por ti. Espero que te vaya bien al lado de ese tipo, te mereces ser feliz. —Se separó un poco de ella y la tomó por los hombros—. Siento no haberlo logrado yo.

—Gracias. Lo mismo digo —balbució Nora todavía con el par de zapatos en la mano. Se separó de él y dejó las sandalias junto a la maleta—. Pero no sigo con él.

—¿Cómo que no sigues con él? Por cierto, ¿cómo se llama?

David se sentó en el asiento acolchado que había en el centro del vestidor y la observó con curiosidad mientras Nora se encogía de hombros.

—Se llama Bruno. Bruno Oliveira.

La sola idea de su nombre le arrancó un estremecimiento, y de inmediato sus besos volvieron con fuerza a su memoria. Intentó deshacerse de aquella sensación, pero no lo logró.

—Él estaba viviendo en casa de Annie mientras llevaba a cabo un trabajo para la universidad. Ahora estará preparando las maletas para trasladarse a Canadá. Le han ofrecido un puesto en Calgary —explicó al comprobar que David no comprendía nada.

—¿Y?

—¿Y, qué?

—Que no entiendo por qué no estáis juntos entonces —remató David con una mueca.

—Pues porque lo nuestro fue algo pasajero, porque mi vida está aquí y la suya está hoy en Canadá y mañana, ¿quién sabe? —relató de forma atropellada mientras cerraba la maleta repleta con dificultad.

—Eso es una estupidez y lo sabes.

Nora le miró con enojo.

—Bueno, ¿ahora eres mi terapeuta? ¿Qué hay de Carrie? ¿Lo vuestro es serio? ¿Para cuándo la boda? ¡Por el amor de Dios, David!—soltó con los brazos en jarras, en una pose muy cómica.

—De momento estamos empezando, veremos qué nos depara el futuro —respondió él sin mostrar preocupación alguna—. Es lo mejor de estar al principio de la relación, no hay presión. Solamente se trata de hacer cosas juntos, de pasarlo bien mientras conoces mejor a la otra persona.

—Mi cabeza es un caos en estos momentos, creo que no estoy preparada para comenzar nada ahora. Te felicito, David. Ojalá pudiera ser como tú, hacer borrón y cuenta nueva y listo. Pero no. No soy así —dijo mientras llevaba su maleta al dormitorio—. No funciono de forma automática, mira tú por dónde.

—De acuerdo, me callo. Pero con lo difícil que es conectar con alguien, me resisto a pensar que hayas dejado escapar a ese tío. Es lo único que digo. No me odies por ello, Nora.

Nora suspiró con fuerza y salió hacia la escalera con su equipaje.

—Deja que te ayude, cabezota —pidió David con una sonrisa. Bajó la maleta y la dejó en el vestíbulo.

—Hablaré con el casero. Te llamaré en cuanto concierte una cita con él para informarte de la hora —se despidió Nora.

—Bien. Adiós. Y dale recuerdos a Annie de mi parte.

—¿Eres tú, Nora? —preguntó Annie desde el dormitorio.

—Sí, soy yo —respondió Nora mientras arrastraba sus maletas hasta poder cerrar la puerta del apartamento. Dejó todas sus cosas en el vestíbulo y se dejó caer en el sofá. Estaba agotada.

Annie no tardó en reunirse con ella en el salón. La miró con expresión de preocupación y después se sentó a su lado.

—¿No han ido bien las cosas con David, cariño? —preguntó mientras acariciaba su cabeza como cuando era niña.

—No es eso. Todo ha ido estupendamente bien con David, incluso mejor de lo que esperaba. Cuando llegué al apartamento estaba en la cama con una mujer.

Annie abrió los ojos como platos, y su mano se quedó quieta de repente.

—Al parecer es su nueva pareja —continuó Nora con una tranquilidad pasmosa—. Por cierto, debo decir que parecía agradable. Es abogada.

—¿Agradable? —repitió Annie, sin comprender nada. Cada vez entendía menos a la juventud.

—Tomamos un café los tres juntos, hablé con David y recogí mis cosas. Fin del asunto.

—¿Y ya está?

Nora asintió.

—¿Eso es todo?

—También me dio recuerdos para ti —recordó Nora, con los brazos colocados a lo largo del cuerpo.

—Bien. Qué amable por su parte —repuso Annie con una mueca.

—Estoy contenta porque creo que tengo un gran amigo en David. Jamás pensé que podría decir algo así de mi ex, pero es lo que siento. Me ha deseado toda la felicidad del mundo.

—Bien por él.

—Sin embargo, me siento perdida. Es como si no hubiera tenido tiempo de asimilar todos los acontecimientos que han tenido lugar en mi vida en los últimos tiempos, como si hubieran sucedido demasiados cambios a la vez. No sé si me explico —se quejó Nora, que cruzó los brazos frente a su pecho.

—Es perfectamente comprensible, Nora. Has perdido tu empleo, terminado una relación de pareja de varios años, viajado a un lugar que te ha mostrado otra realidad distinta a la tuya. Y también has conocido a una persona que, durante una temporada al menos, ha sido importante para ti —dijo Annie tomando una de las manos de su sobrina nieta entre las suyas. Le clavó sus ojos claros con expresión interrogante.

—¿Lo sabes?

Annie asintió.

—Las tres fantaseamos semanas antes de nuestra partida con la idea de emparejarte con Bruno. Pero ninguna de nosotras pensó que nuestra fantasía fuese a convertirse en realidad. —Tragó saliva y añadió—: Ruby os vio besándoos en el jardín.

—Bruno es un hombre maravilloso. No le merezco —rezongó Nora con tristeza.

—¿Por qué dices eso? Eres una mujer excepcional en todos los sentidos: buena, inteligente, bonita.

Nora se levantó del sofá y se paseó frente a las estanterías repletas de libros de Annie.

—Ojalá tuviera las ideas tan claras como la protagonista de una de las historias de tu madre. Pero no las tengo. Ya no sé lo que quiero. Lo que sí sé con seguridad es que no quiero hacerle daño. Bruno merece a alguien que le entregue su corazón sin dudas, y yo no puedo hacer eso. Aún no —reveló con los hombros hundidos y la cabeza ligeramente inclinada hacia delante.

—Tómate tiempo si es lo que necesitas. Pero no dejes escapar al amor verdadero, te aseguro que hay ocasiones en que no vuelve a presentarse ante tu puerta.

—¿Lo dices por Alfred? —dijo Nora con los ojos empañados, sin darse la vuelta para mirar a Annie directamente.

—Lo digo por Alfred, sí. Lo digo por Christa, que luchó para sacar

adelante su vida junto al hombre al que amaba. Lo digo por mis padres, que pelearon por lo suyo con uñas y dientes frente a todas las adversidades que los amenazaron por el tortuoso camino. Lo digo por tu madre, que peleó duramente contra el cáncer que se llevó a tu padre y que nunca dejará de amarlo por mucho que pasen los años y otros hombres por su vida —soltó Annie, harta de ver a Nora tirando toda su vida a la basura—. Deja de vivir con miedo. ¡Sé valiente por una vez! Abre los ojos y dedícate a lo verdaderamente importante, lucha por aquellas pequeñas cosas que te hagan feliz.

Nora pensó en las luciérnagas. Pensó en las cascadas, en los maravillosos paisajes de los que había empapado su mirada en Brasil. Pensó en los bailes, en las charlas bajo la luna. En las carreras bajo la lluvia. Corrió hacia la puerta, la abrió y salió del apartamento como una exhalación, dejando perpleja a Annie.

Nora miró hacia el edificio en el que se ubicaba Wilkins and Co. y respiró hondo. Llevaba horas dándole vueltas a la decisión adecuada.

—Si al menos Bridget hubiera estado en la ciudad —musitó con pesar, pensando en voz alta.

Observó su imagen en la cristalera de la entrada y se cercioró de que las ojeras hubieran quedado bien cubiertas con el corrector. Así era. Nadie podría siquiera sospechar que había pasado la noche en vela. Subió en el ascensor y salió de lleno en la empresa a la que tantas horas había dedicado. Recorrió con la mirada el trabajo frenético que parecía llevarse a cabo allí y sujetó su maletín mientras se dirigía al despacho de Richard con paso firme. Pronto divisó a su secretaria, sentada tras su mesa escrupulosamente ordenada, como siempre.

—Señorita Ashford, qué alegría verla de nuevo por aquí —dijo nada más percatarse de la presencia de la recién llegada. Esbozó la mejor de sus sonrisas y pulsó el botón para comunicarse de inmediato con su jefe—. Sí, señor Grant, la señorita Ashford está aquí. Ajá. De acuerdo. —Presionó de nuevo la tecla y miró hacia Nora, sin poder evitar recordar los malos ratos que había pasado su jefe intentando comunicarse con ella y lo difícil que había sido encontrar el número de la casa familiar en Brasil—. En unos momentos la recibirá, en cuanto termine de repasar unos asuntos.

—Gracias, Sylvia —respondió Nora, mientras se acercaba a los ventanales que daban hacia la calle. Se recreó con las estupendas vistas y se recordó mentalmente que debía llamar a Bridget para verse esa misma tarde. Al parecer tenía un amigo que trabajaba en una inmobiliaria y las ayudaría en la búsqueda de un nuevo apartamento.

La puerta del director general de Wilkins and Co. se abrió y al instante Miranda Atwood salió arreglándose el cabello. Sus mejillas todavía estaban encendidas, y ella hizo un esfuerzo por disimular su

acaloramiento.

—Nora Ashford, qué alegría verte por aquí —repuso al verla allí, quieta como una estatua. Caminó hacia ella con su característico contoneo de caderas, subida a sus tacones de vértigo, y le dio un beso en la mejilla. Al instante el caro perfume de Richard, impregnado en la piel y la ropa de Miranda, colonizó las fosas nasales de Nora.

—También yo me alegro de verte, Miranda —dijo Nora con una amplia sonrisa, divertida por la escena que Sylvia y ella estaban presenciando. Claro que Sylvia estaba acostumbrada a los escarceos amorosos de su jefe, y ni siquiera prestó atención.

Richard salió hasta donde ellas se encontraban y le estrechó la mano a Nora.

—No imaginas cuánto he ansiado este momento. Por fin estás aquí, en tu lugar, y espero que no vuelvas a tener la descabellada idea de irte —afirmó con ganas. Después señaló hacia su despacho y la invitó a entrar con un gesto—. Hablemos.

Nora asintió y se despidió de las dos mujeres antes de entrar en la oficina y cerrar la puerta tras ella. El corazón le latía con fuerza. Había tomado su decisión, y estaba ansiosa por comunicársela a Richard, que la miraba directamente desde su asiento de cuero negro.

—He decidido aceptar tu propuesta —soltó ella sin más, y él abrió los ojos con júbilo.

—Bien, bien, bien —dijo Richard cabeceando, satisfecho—. Te aseguro que no te arrepentirás, y yo tampoco. Fue un error convertir a Caleb Martin en director financiero, un auténtico desacierto.

—Supongo que lo fue. La verdad es que ya no me importa —repuso Nora encogiéndose de hombros. Cruzó las piernas en la silla y suspiró—. Han sido unas semanas muy productivas para mí. Creo que necesitaba desconectar de todo para poder ver las cosas con claridad de nuevo.

—Me alegra oír eso. Porque no podrás regresar a Brasil hasta tus vacaciones —bromeó él con una mueca—. Si lo deseas puedes tomar posesión de tu nuevo despacho hoy mismo. Le diré a Sylvia que te envíe los informes del semestre para que te pongas cuanto antes manos a la obra. Y llévate esta carpeta con los datos de las últimas semanas.

Nora cogió la carpeta y se puso de pie.

—Por cierto, ¿cómo está David?

—Bien. Ya no estamos juntos —reveló ella arrugando la nariz—. Pero todo va bien igualmente. Gracias por contar conmigo de nuevo, Richard.

—Oh, no, gracias a ti por regresar —repuso él mientras la acompañaba hasta la puerta.

—No, Richard. Después de mi precipitada marcha habría comprendido que ya no quisieras trabajar conmigo. Fue una pataleta en toda regla.

—Olvidemos todo eso y pongámonos manos a la obra. Esta empresa está en su mejor momento, y no hay nadie mejor que tú para tomar las

riendas del departamento financiero.

Brasil, primavera de 1954

Millicent subió al dormitorio de su primogénita con una amplia sonrisa en los labios. Atravesó el pasillo con paso decidido y abrió la puerta. En el interior aguardaba Christa con un hermoso vestido de novia. Tragó saliva y luchó contra el nudo de su garganta.

—Hija mía, estás bellísima —musitó a la vez que limpiaba las lágrimas de sus ojos con la esquina de su fino pañuelo bordado—. Me recuerdas al día en que me casé con tu padre —añadió después, colocando el velo con suavidad junto a su rostro.

Christa sonrió y abrazó a su madre. Estaba exultante. Tras casi tres años de noviazgo, al fin había llegado el día que tanto había soñado.

—Gracias, madre. Gracias por tanto —dijo con la voz temblorosa—. Me siento muy feliz porque esto es lo que deseo más que nada, pero también estoy triste porque nunca más dormiré en esta cama, bajo este techo.

Millicent la miró con ternura y le acarició la mejilla con suavidad.

—Quién sabe, tal vez en el futuro regreses a esta casa. Nunca sabemos lo que nos depara el destino. Mírame a mí, por ejemplo. Nunca imaginé que haría mi vida lejos de Charleston y aquí estoy —afirmó con un suspiro.

—Es cierto. Usted ni siquiera regresó allá cuando la abuela murió, ni tampoco cuando lo hizo el abuelo —recordó Christa.

Millicent negó con la cabeza.

—¿Para qué? Padre nunca me quiso. No, hija mía, mi lugar está aquí, junto a tu padre. No queda nada para mí en Charleston, tan solo un hermano que me detesta —repuso la dama.

Las dos se abrazaron con calor hasta que alguien llamó suavemente a la puerta.

—Adelante —invitó Christa.

Karen y Ruby entraron en el dormitorio y se unieron al abrazo.

—Gracias por ayudarme a vestirme y peinarme.

—Lo hemos hecho con gusto —repuso Ruby sin dejar de sonreír—. Tu felicidad es la nuestra.

—Es una lástima que Annie no haya entrado en razón —añadió Karen con pesar—. He intentado hablar con ella pero ha sido en vano. Sigue con su plan de estudios en Estados Unidos. Quiere irse lejos de aquí, lejos de Alfred y de ti.

Millicent suspiró de nuevo. Aquel absurdo enamoramiento les había acarreado problemas a todos, pero sobre todo a su hija. Annie no había sido feliz desde que Alfred y Christa habían comenzado su noviazgo y, conociendo su carácter, temía que no volviese a serlo. Era terca como una mula.

—Tendremos que respetar su opinión —dijo al fin Millicent, observando a sus hijas con expresión triste.

—He decidido irme con ella —confesó Karen de repente con una mueca—. No puedo dejarla sola.

Su madre la miró sin parpadear. Se lo temía.

—Habla mañana de eso. Hoy hay una boda que celebrar, y nada debe empañar la felicidad de Alfred y Christa.

—Tiene razón, madre —repuso Ruby—. Bajemos, pues. El novio ha de estar esperando.

Karen abrió la puerta y Christa bajó las escaleras con porte regio, su corazón rebosante de dicha.

Annie se escabulló mientras los novios se daban el sí, quiero. Subió a su cuarto, sacó su maleta e introdujo en ella lo necesario para el viaje.

Su padre hacía días que le había brindado su bendición. Le agradó la idea de que su hija completase sus estudios en Estados Unidos, de modo que ella iría a la universidad a estudiar literatura, su gran pasión.

La joven miró por la ventana y observó el jardín engalanado con la sensación de que ya no había nada para ella en aquella tierra. Ni siquiera pensaba regresar. Para ella no existían ni Christa ni Alfred, e imaginaría no haberlos conocido nunca.

Limpio la lágrima que se deslizó silenciosa por su mejilla, furiosa consigo misma por seguir sufriendo por un imposible, y se juró que haría lo posible por olvidar su dolor. Muy lejos de allí.

Curiosamente, había hallado su válvula de escape en una acción tan simple como la de escribir. En sus novelas canalizaba su rabia, su tristeza y los sentimientos encontrados. De no ser por el papel y la pluma haría tiempo que habría enloquecido.

Cuando se marchó por la puerta trasera y se montó en la camioneta de Roberto junto al menor de sus seis hijos, Gerald, ni siquiera miró hacia atrás. Se acomodó en el asiento y se dejó llevar hacia tierra extraña.

Quizás Karen se reuniera con ella en Washington como le había prometido, o tal vez no. En cualquier caso, poner distancia de por medio era el único remedio que se le había ocurrido para su mal, sola o en compañía.

Rezó para que padre y madre no se enfurecieran mucho con ella al conocer su inesperada marcha. Al fin y al cabo, era un hecho que se marcharía para el próximo curso. Simplemente había adelantado la fecha de su viaje.

La vida de sus padres estaba en Brasil.
La suya estaba muy lejos de aquella selva.

Washington. Noviembre de 2016

Bridget descorchó la botella de vino y el ¡plop! arrancó los aplausos de Stella, que estaba terminando de poner la mesa para la cena de Acción de Gracias. Suzanne se levantó del sofá tapizado en rayas beis y blancas y se acercó de inmediato, provista de varias copas para hacer un brindis.

—No todos los días cenamos juntas, por desgracia, y eso merece un brindis —aseguró con una sonrisa.

Annie tomó la primera de ellas y observó el líquido púrpura plagado de pequeñas burbujas. Le acercó otra copa a Christa y las dos aguardaron a que las demás también se hicieran con una.

Nora levantó su copa y dijo:

—Por todas vosotras, que sois la mejor familia que me podía haber tocado en esta vida.

Suzanne levantó la suya y asintió con los ojos empañados. Vivía en San Francisco con Stella, y por ello no podía visitar a su hija mayor tanto como le gustaría. En momentos como aquel era cuando más extrañaba a su difunto esposo, pues a él siempre le habían gustado las reuniones familiares. Lo recordaba probando las diferentes salsas y preparaciones mientras ella le reprendía o le daba un cachete en el dorso de la mano por toquetear todas sus deliciosas recetas. Qué tiempos.

Todas bebieron y después terminaron de disponer las viandas sobre la mesa. El dorado pavo, cocinado con esmero por Suzanne, protagonizaba la sucesión de delicias.

—A comer —ordenó Nora mientras su madre tomaba el cuchillo para trincar la carne. Depositó sobre el mantel el cuenco con salsa de arándanos y el recipiente con puré de patatas y después se sentó.

—Me encanta tu nuevo apartamento —dijo Stella, mientras acercaba la cesta con el pan a las demás—. Hace tiempo que mamá y yo deberíamos mudarnos también. El lugar donde vivimos es una lata de sardinas.

Suzanne frunció el ceño.

—El apartamento es estupendo, no digas estupideces. Me gusta mucho la ubicación de nuestra casa, y no pienso mudarme a otro barrio.

—Pues busquemos uno en el mismo barrio —repuso Stella con los ojos en blanco—. Se lo he dicho mil veces.

—¿Por qué voy a buscar otro si estoy encantada con el que tenemos?

—Mamá, eres imposible —resopló Stella con desgana.

Nora acudió en ayuda de su hermana.

—Quizás Stella tenga razón. Cada vez que voy a visitaros tengo que dormir en aquel rincón del salón. Estaría bien que tuvieseis un poco más de espacio —opinó, mientras le guiñaba un ojo a Stella.

—No vais a conseguir nada entre las dos, por mucho que os aliéis —respondió Suzanne mientras le servía una generosa porción de pavo a Christa—. Estoy bien como estoy y no hay más que hablar.

El timbre de la puerta las sobresaltó.

—¿Esperas a alguien más? —preguntó Bridget, mirando hacia el vestíbulo.

Nora negó con la cabeza.

—No, pero nunca se sabe —dijo mientras hacía una graciosa mueca. Pensó en David, pero no era posible que fuera él, pues le había dicho que viajaría hasta Baltimore para pasar la velada junto a su familia—. Tal vez sea uno de tus amantes, Bridget, que no puede esperar para verte de nuevo —soltó mientras todas estallaban en carcajadas.

—Buenas noches —saludó el mensajero que Nora encontró al abrir la puerta. Portaba un paquetito entre las manos, y enseguida se lo alargó—. Nora Ashford, ¿verdad?

Ella asintió y firmó en el formulario.

—Siento si las he molestado, pero el envío debía llegar para la cena de Acción de Gracias.

—Gracias.

Nora cerró la puerta, pensativa, y regresó con las demás con el paquete entre las manos.

—¿Qué es? —preguntó Annie, observando con curiosidad el pequeño paquete.

—No lo sé.

Nora buscó una tarjeta pero no la encontró. Desgarró la cinta que sujetaba la caja de cartón y extrajo una preciosa cajita blanca anudada con un lazo azul. El corazón se detuvo dentro de su pecho.

—Parece una caja de bombones —intervino Bridget—. Quizás nuestra Nora tenga un admirador secreto.

Nora tiró del lazo con los labios apretados y la caja se desplegó mostrando unas bolitas blancas que olían de forma deliciosa.

—¡Son *beijinhos de coco*! —exclamó Christa con admiración.

—Besitos de coco —tradujo Annie con un suspiro. Ella sabía perfectamente lo que significaba aquel detalle.

Nora palideció mientras observaba los dulces colocados sobre las cápsulas de cuadritos azules y blancos.

—¿Quién los envía? —preguntó Stella con curiosidad.

—Bruno —respondió Nora solamente, justo antes de irse a su dormitorio para tratar de recobrar la calma.

—¿Estás bien? —musitó Bridget, asomándose al cuarto de Nora. La miró con expresión atribulada desde su posición.

Nora asintió, con la libreta que sus tías le habían regalado entre las manos. Bridget entró en la habitación y cerró la puerta.

—¿Qué es eso? —dijo mientras señalaba el librito decorado con arabescos rosas.

—Es una libreta. Annie, Ruby y Christa me la regalaron en Brasil. Querían averiguar si yo también tenía un don para la escritura como mi bisabuela y Annie —balbució con tristeza.

—Un regalo muy original, desde luego. Aunque nada que ver con tu vida actual. ¿Qué descubriste?

—Que no tengo el don. Garabateé algunas cosas que me sucedieron en Brasil, como una especie de diario de viaje, pero nada más —dijo Nora entre suspiros.

—¿Puedo verlo? —pidió Bridget con una débil sonrisa.

—Claro. No hay nada secreto ni nada por el estilo —repuso Nora alargándose.

—*Cachoeira* de Santo Antônio. Laranjal do Jari. Parque Nacional *Montanhas de Tumucumaque* —leyó Bridget. Después, levantó la vista del papel y dijo—: ¿Qué son? ¿Lugares?

—Lugares que Bruno me enseñó. Lugares especiales para nosotros —susurró recordando aquellos momentos.

—¿Los dulces que te envió también tienen un significado?

Nora asintió.

—Empiezo a pensar que me he equivocado.

—¿Equivocado? ¿En qué? —preguntó Bridget. Durante sus conversaciones desde Brasil le había repetido hasta la saciedad que Bruno había sido tan solo algo pasajero en su vida. Y aunque ella sabía que su amiga no era proclive a ese tipo de relaciones, finalmente la había creído porque, al fin y al cabo, a nadie le amarga un dulce.

—En todo.

Nora apagó el ordenador y recogió sus cosas. Se puso su abrigo y apagó la luz de su despacho al salir. Su secretaria hacía rato que se había marchado, era viernes y le había comentado algo relativo a una cena familiar. Observó el despacho que hacía pocas semanas que ocupaba, fiel reflejo de su puesto en la empresa. Cerró la puerta y echó a andar hacia la oficina de Richard, atravesando el pasillo desierto a esa hora.

¿Cuántas veces se había quedado ella a trabajar hasta tarde un viernes? Incontables. Y todo para escalar hasta donde se encontraba ahora. Sonrió recordándose en su miserable cubículo, tratando de alcanzar los objetivos del mes, tratando de resaltar entre los demás para que su jefe se fijara de una vez por todas en su talento.

Al parecer, la secretaria de Richard también se había marchado ya. Su

mesa estaba vacía, impoluta y ordenada al milímetro. Nora llamó dos veces a la puerta de su jefe y aguardó. Él siempre se quedaba hasta tarde, de lunes a viernes. Quizás no le interesara llegar pronto a casa.

—Adelante —invitaron desde el interior.

—Buenas tardes, Richard. Tengo que hablar contigo.

—Hola, Nora. Pasa, por favor. Pensé que ya te habrías marchado —acertó a decir él, sorprendido—. ¿Y bien?

—Me marchó.

—¿Adónde? —repuso él mientras enarcaba una ceja y dejaba sobre su mesa el bolígrafo negro con el que había estado repasando un informe.

—En realidad, no importa. Me voy. Eso es todo.

—No entiendo. ¿Te vas? ¿Ahora? ¿Después de todo? ¿Me dejas en la estacada? —recitó Richard de forma atropellada, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas. Se apoyó sobre su mesa y la miró con furia.

—Lo siento de veras. Pero no puedo permanecer ni un segundo más en Washington —dijo Nora poniéndose de pie—. Gracias por todo.

—¿Quieres hacer el favor de decirme qué demonios ha pasado para que te vayas? Es Murphy, ¿verdad? Te ha ofrecido mejores condiciones para que te vayas con ellos a hacernos la competencia, el muy cabrón. Hace años que sé que andan detrás de ti —escupió Richard, de pie frente a ella.

—Estoy enamorada —repuso ella simplemente.

Richard se quedó perplejo. La miró como si hubiera enloquecido y no fue capaz de articular palabra.

—Y debo irme. No sé si seré capaz de arreglar las cosas con él, pero sí sé que debo intentarlo. Eso es todo.

Richard se dejó caer sobre su sillón y se aflojó el nudo de la corbata. Después, dejó los brazos a ambos lados del cuerpo y la miró.

—¿Y se puede saber dónde está ese tipo?

—En Calgary. Bruno está en Calgary.

—¡Ah, bueno! Entonces no tienes por qué abandonar Wilkins and Co., pedazo de cabezota irritante —apuntó Richard con una amplia sonrisa.

—¿Cómo...? —comenzó Nora, sin comprender nada. Ahora era ella quien se había perdido en la conversación.

—Hace tiempo que queremos establecer una división en Canadá, y Calgary podría ser una opción —remató levantando los hombros—. Sabes cuánto confío en ti, de modo que no sería problema dejarlo todo en tus manos.

Nora enmudeció. No contaba con nada de lo que Richard le estaba ofreciendo. Paseó la vista por la pared donde su jefe tenía colgados sus títulos de Stanford, además de las acreditaciones posteriores de algunas de las mejores escuelas del país.

—Bien, ¿qué me dices? —la apremió Richard, con el brillo de emoción en la mirada.

—Suena bien, muy bien —dijo ella al fin—. Me lo voy a pensar

detenidamente, te lo prometo.

—De acuerdo. Hablaremos en los próximos días, ¿te parece bien?

Nora asintió.

—Y ahora, si me disculpas, Richard, tengo que preparar la maleta. Mañana tengo un vuelo temprano —reveló ella mientras se ponía de pie para acercarse a la puerta.

—Buen viaje.

—Gracias.

Annie abrió la puerta del apartamento y Nora entró como una exhalación. Christa la miró desde el salón y no pudo evitar ponerse de pie ante la incertidumbre.

Olía a galletas, sin duda las dos hermanas se habían dedicado a matar el tiempo cocinando deliciosos dulces para deleite de Nora.

—¿Lo has hecho? —dijo Annie, con los ojos muy abiertos y los brazos en jarras sobre su blusa floreada.

Nora asintió.

—¡Esa es mi chica! —exclamó Annie justo antes de abrazarla como una loca. Christa también la encerró entre sus brazos, y las dos bailaron a su alrededor con júbilo. Habían pasado la tarde sumidas en la preocupación, aunque su sobrina nieta les había comunicado su decisión en firme. Pero otra cosa muy distinta era contarle sus intenciones a Richard Grant.

—Me marcho a Calgary —musitó Nora con expresión soñadora.

—¿Ya sabes dónde encontrarlo? —intervino Christa, cuya sonrisa delataba su gran alegría. Desde que Ruby los había visto besándose en el jardín había fantaseado muchas veces con la idea de que terminaran juntos. Lo había hablado hasta la saciedad con sus hermanas, y todas coincidían en que sería maravilloso que Nora y Bruno decidieran comenzar una vida en común.

—La universidad me ha facilitado una dirección, pero no estaban muy seguros de que fuese su alojamiento actual, sino el que ocupó a su llegada. Espero tener suerte.

—La tendrás, querida —repuso Annie con las manos de Nora bien sujetas entre las suyas—. Es el destino quien te guía.

Calgary, Canadá. Diciembre de 2016

El avión había aterrizado puntualmente en el Aeropuerto Internacional de Calgary, el taxi la había trasladado sin incidencias al centro de la ciudad y había llegado al hotel a la hora prevista. Y sin embargo Nora continuaba nerviosa, con un nudo en el estómago que le había impedido probar bocado desde hacía horas.

Había deshecho su maleta con cierta premura y se había dado una ducha rápida. Ya eran las cuatro de la tarde y no quería agotar las horas del día sin haber comprobado que la dirección que le había proporcionado la universidad era la correcta. De modo que había abandonado el hotel y otro taxi la había llevado al lugar indicado.

—Que tenga un buen día, señora —dijo el taxista con una sonrisa. El nerviosismo de su cliente había sido patente durante todo el trayecto.

—Gracias. Igualmente.

Nora cerró la puerta del vehículo con sus botas sobre la nieve inmaculada y miró a su alrededor. El barrio de Tuscany, situado en el cuadrante noroeste de la ciudad, estaba cubierto por un hermoso manto blanco. Las casas unifamiliares construidas en madera pintada de azul claro mostraban los tejados de algodón, con la nieve brillando bajo la intensa luz solar. Frunció los ojos mientras rebuscaba su teléfono móvil, en el que había anotado la dirección exacta. Después verificó el número de la casa que tenía frente a ella, de dos pisos, con tejado a dos aguas y una enorme puerta en la cochera. Dos abetos se erguían orgullosos en el jardín delantero.

Nora se fijó en las rodadas que salían del garaje. Al parecer alguien había sacado un coche de allí después de la nevada. Caminó sobre la crujiente capa blanca y subió la media docena de escalones que conducían hasta el porche de entrada. Su corazón latió con fuerza cuando presionó el timbre. Alguien pareció curiosear tras los visillos del ventanal que había a su izquierda.

Al final, una mujer joven con un bebé en los brazos abrió la puerta. Apartó un mechón de su cabello pelirrojo y la miró con sus expresivos ojos azules.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarla?

El bebé comenzó a gorjear mientras su madre lo acunaba, y Nora se quedó petrificada. ¿Sería aquella la dirección?

—Estoy buscando a Bruno Oliveira. Me han proporcionado esta

dirección, aunque por lo visto no es correcta, y...

—Mi marido y yo nos hemos mudado hace apenas tres semanas. Quizás viviese antes aquí —repuso ella encogiéndose de hombros—. Tal vez el asesor inmobiliario disponga de alguna información más. Espere, buscaré su tarjeta.

La mujer entró de nuevo en la casa y dejó al bebé en un moisés junto al sofá. Nora escondió la barbilla dentro de su abrigo y aguardó sin demasiadas esperanzas. Tal vez los de la universidad hubieran confundido la información. Empezaba a creer que buscar a Bruno allí era como buscar una aguja en un pajar.

—Tenga —dijo la muchacha mientras le acercaba el rectángulo de cartulina negra—. Se llama John Miller. Quizás él tenga alguna información.

—Gracias —respondió Nora mientras deslizaba la tarjeta en el bolsillo con sus dedos enguantados. Se dio la vuelta y bajó hasta la calle. Sacó su teléfono móvil y llamó al número indicado mientras una ráfaga de viento helado le revolvía el cabello.

—Oficina de John Miller. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo una voz femenina al otro lado.

—Querría averiguar el anterior inquilino de una propiedad, si es posible.

—Un momento, por favor.

La música de espera incomodó a Nora, que estaba impaciente por obtener alguna noticia.

—Soy John Miller, ¿en qué puedo ayudarla?

—Hola, soy Nora Ashford. Estoy en Calgary porque busco a una persona. Me habían proporcionado una dirección de Tuscany, pero al parecer hay otros inquilinos en la propiedad. Simplemente quería saber si usted podría darme alguna pista sobre el paradero de esa persona —informó de forma atropellada mientras gesticulaba con la otra mano.

—Un segundo, por favor —pidió con amabilidad el hombre—. Dígame la dirección.

Nora le indicó de carrerilla el lugar donde se encontraba y aguardó mientras el agente inmobiliario tecleaba la información en su ordenador. Tardó unos instantes en decir:

—Ha hablado usted con los Blunt, entiendo —dijo al fin. Hace tres semanas que alquilaron la propiedad. ¿Quién es la persona a la que busca, señorita Ashford?

—Su nombre es Bruno, Bruno Oliveira. Viajó desde Brasil hace unos dos meses —recordó ella con pesar.

Si hubiese tenido valor para irse con él en aquel momento no se encontraría ahora en una encrucijada. El teléfono móvil que Bruno había utilizado en Brasil ya no estaba operativo, pues pertenecía a la universidad. ¿Cómo demonios iba a encontrarlo? Sacudió la cabeza y apretó los labios con amargura.

—¡Oh, desde luego, el señor Oliveira! Solo vivió en ese inmueble durante dos semanas. Me pidió que le buscara otra casa más cerca de las montañas, algo más acorde a su ocupación.

Nora sintió el alivio recorrerle el cuerpo de abajo a arriba. Resopló y sonrió sin darse cuenta.

—Anote su nueva dirección —pidió el señor Miller. No tardó en darle los datos, se despidió de forma cordial no sin antes ofrecerle sus servicios inmobiliarios y colgó.

Un coche pasó por la calle a poca velocidad, y Nora lo miró con aire pensativo. ¿Qué debía hacer? ¿Regresar al hotel para buscar la nueva dirección al día siguiente? ¿Buscar sin más dilación la nueva casa? Se decidió por lo segundo y no tardó en llamar a un taxi. Curioseó en sus correos mientras esperaba su llegada y entró con nerviosismo en el vehículo nada más se detuvo junto a la acera. Le indicó la dirección al taxista y miró por la ventanilla.

Bruno había estado en esa vivienda dos semanas. Casi pudo imaginarlo llegando después del trabajo, con su sonrisa de niño bueno. Casi pudo verlo preparando el aromático café que a buen seguro habría traído desde Brasil.

La música alta de la radio del taxi la distrajo de sus pensamientos. Paseó la vista por el salpicadero del automóvil y se detuvo durante unos segundos en los amuletos que el hombre portaba junto a los relojes indicadores de velocidad y del nivel del depósito. Una fotografía de una bella mujer presidía un pequeño altar junto a la palanca de cambios.

—¿Está de visita en Calgary?

Nora le miró sin pestañear.

—Ajá —respondió con aire distraído.

—¿De dónde es? —continuó él, mirándola por el espejo retrovisor con una sonrisa.

—Soy de Washington —respondió Nora con las manos cruzadas sobre su regazo. Miró de nuevo a través de la ventanilla y se maravilló con el hermoso paisaje que se mostraba ante sus ojos.

—¡Oh! Mi hermana vive en Washington. También es taxista, quizás la haya llevado alguna vez a alguna parte.

—Quizá —repuso Nora consultando su reloj.

—¿Viaje de negocios o de placer?

—Placer.

—Eso es estupendo. Hay que dejar de trabajar de vez en cuando, es bueno para nuestra salud —relató él con energía.

—Supongo que sí.

—Y tengo otro hermano taxista en Nueva York. Es el que más años lleva en este oficio —añadió él, que parecía tener ganas de conversar. No le dio importancia al escaso interés demostrado por su cliente y añadió —: El pobre descubrió a un hombre que había muerto al volante de su automóvil, delante de un semáforo. Se quedó conmocionado durante

días.

Nora le miró con los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—Una terrible experiencia, sin duda. Pobre —repitió sin más, sorprendida por la coincidencia.

El taxista se detuvo en el lugar indicado y Nora se bajó enseguida y le pidió que aguardase. Era tarde y no quería quedarse allí sola sin transporte. Se acercó a la puerta de la cabaña y llamó con la mano temblorosa. Resopló con nerviosismo y una nubecilla de vapor se escapó de sus labios.

Alguien giró la llave en el interior y abrió la puerta.

—¿Nora?

—¿Abraão? —dijo ella, emocionada. Al instante le dio un abrazo que él correspondió con una amplia sonrisa en los labios.

—¡Qué alegría volver a verte! —repuso él con expresión de sorpresa—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Encantada de verte.

—Pasa, por favor —invitó con un gesto.

—Le diré al taxista que puede irse.

Abraão asintió y la observó mientras caminaba hacia el taxi. Después se apartó para que la mujer entrase en la casa.

Nora agradeció el calor reinante. Se despojó del abrigo y agradeció la taza de café humeante que Abraão le ofreció, sentada ya en el pequeño sofá.

—Imagino que has venido a buscar a Bruno —musitó él tras dar un sorbo de su taza, con su espeso y oscuro bigote sobre el vapor del aromático líquido.

Ella asintió, y por un momento se sintió ridícula. Había recorrido miles de millas para buscar a Bruno, y solo ahora pensaba que aquello podía ser una estupidez. ¿Y si él ya tenía otra pareja? ¿Y si no se alegraba de verla? Sujetó entre los dedos la taza de loza y dejó que sus dedos se contagiaran de su tibieza. Respiró hondo y dijo:

—Debo hablar con él.

Abraão movió la cabeza en señal afirmativa.

—Se alegrará de verte.

Esa afirmación tan simple en apariencia le brindó a Nora la confianza que necesitaba. Sonrió levemente y tomó un sorbo de la deliciosa bebida.

—Eso espero. Porque he venido para quedarme —soltó con espontaneidad, lo que arrancó una carcajada en su interlocutor.

—Eso ya son palabras mayores. Pero espero que todo suceda tal y como tú deseas.

—¿Dónde está? —preguntó Nora con temor. Se removió en el asiento, incómoda, y miró a su alrededor en busca de alguna pista de su paradero.

—Tenía que reunirse con unos compañeros en Canmore. Volverá en cuatro semanas.

—¿Cuatro semanas? —repitió ella con patente decepción en su rostro.

Dejó su taza sobre la mesita y miró por la ventana. Ya había oscurecido —. Regresaré al hotel y volveré para entonces.

Estaba a punto de levantarse cuando Abraão colocó la mano sobre la suya.

—Yo puedo llevarte.

—¿De verdad? —exclamó Nora con un brillo especial en los ojos.

Abraão asintió.

—Te aprecio, Nora. Y a Bruno lo quiero como a un *filho*^[18]. No hay nada que me pudiera satisfacer más que su felicidad. Mañana saldremos temprano en su busca.

—Gracias —susurró Nora justo antes de sacar su teléfono móvil para llamar a un taxi. Las cosas parecían estar mejorando.

Abraão llegó al día siguiente al hotel donde Nora se alojaba a la hora prevista. Aguardó en el coche a que la joven bajase y la saludó con una sonrisa.

—Buenos días, Nora. ¿Preparada?

Ella asintió con una sonrisa nerviosa.

—¿Crees que se alegrará de verme? —preguntó mientras se ajustaba el cinturón de seguridad con la vista fija en el salpicadero.

Abraão sonrió por toda respuesta. Arrancó el motor y se incorporó a la carretera.

Apenas tardaron una hora en llegar a su destino, tras recorrer un itinerario de postal. Bosques de coníferas cubiertas de nieve, montañas que emergían en el horizonte como picos arañando el cielo blanquecino y paisajes bucólicos allá donde dirigieras la mirada.

—Pararemos aquí —informó Abraão mientras aparcaba el coche frente a un hotel—. Preguntaré por Bruno y los demás.

Nora asintió y le siguió hasta el interior del establecimiento. La agradable empleada les indicó el despacho del director, y este enseguida les atendió. Les informó de que Bruno y otros dos compañeros habían salido temprano hacia Banff, de modo que continuaron su viaje en coche tras disfrutar de un refrigerio.

Ya era media mañana cuando llegaron al lugar indicado, tras una larga charla sobre sus estudios en Laranjal do Jari. Al parecer Abraão era un amante incondicional del lugar y un defensor acérrimo de la selva, cosa que Nora ya había adivinado durante su estancia en Brasil. Lo que ella no sabía era que Abraão iba a casarse con Lucimar tras su corta estancia en Canadá para visitar a su amigo Bruno. Nora la recordaba bien, pues no se había separado de Abraão durante el baile de aquella tarde inolvidable.

—Te deseo toda la felicidad del mundo junto a tu esposa —dijo Nora, feliz tras conocer la noticia.

—*Obrigado*^[19]. Pero no pararé hasta convencer a Bruno para que me acompañe. Dice que su trabajo le impide viajar conmigo a Brasil. ¡Y un

cuerno! —exclamó Abraão, golpeando el volante con la mano—. No me creo una palabra de ese cabezota. Lo que pasa es que hay demasiados recuerdos en Laranjal do Jari y en la casa Everett para que pueda soportarlo —añadió entre susurros.

Nora suspiró y deseó que sus palabras fueran ciertas. Su corazón palpitó con fuerza con la simple idea de verlo.

El lugar quitaba el aliento, lo cual restó importancia a la caminata que emprendieron bien pertrechados con botas gruesas y abrigo. El viento era gélido, y soplaba contra sus rostros con fuerza. Las colinas tapizadas de coníferas parecían suaves bajadas desde la lejanía, y tras ellas se colocaban con orgullo las cimas cubiertas por el manto blanco. El silencio que los envolvía les hacía creerse los únicos humanos del lugar.

Ya cerca de la cima divisaron varias cazadoras de colores. Parecían mirar a través de sus prismáticos, de espaldas a ellos.

—¿Bruno? —dijo Abraão con alegría. Estaba cansado, y se alegraba de haber alcanzado la cima.

El hombre de la cazadora azul se dio la vuelta y observó a los recién llegados desde detrás de sus gafas de sol. El corazón de Nora se aceleró.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —dijo, con expresión de incredulidad. Dio unos pasos hacia ellos y se detuvo poco antes de llegar a su lado.

—A Nora le apetecía conocer Banff —explicó Abraão con ironía mientras se encogía de hombros—. Y yo la he acompañado.

Bruno sonrió por primera vez desde su llegada, y Nora se deleitó en aquella expresión que tanto le gustaba de él.

—Hola, Nora. Bienvenida a Canadá.

—Gracias.

Abraão echó a andar hacia los compañeros de Bruno, que charlaban animadamente más allá.

—Os dejo que habléis —repuso solamente.

Bruno y Nora lo observaron mientras se alejaba con lentitud, y después se miraron sin saber qué decir.

—¿Recibiste mi regalo? —dijo él, con las manos en los bolsillos de su cazadora acolchada.

—Sí. Estaban deliciosos —respondió ella, con el corazón galopando dentro del pecho. Estaba segura de que él podría oírlo desde su posición.

Bruno asintió con lentitud.

—Me alegra que te gustaran. —La miró sin aliento y dijo—: Y me alegra que estés aquí.

—Yo también me alegro de estar aquí —añadió ella con un suspiro—. No pienso marcharme de Calgary.

—¿Ah, no?

Ella negó de forma categórica.

—Una vez me dijiste que me amabas, ¿lo recuerdas? —dijo Nora con temor.

—Sí, lo recuerdo. Y tú no contestaste.

—En aquel momento no podía. Tenía la cabeza hecha un lío.

Bruno inclinó la cabeza a un lado.

—Pero ahora sí puedo. Te quiero, Bruno. Y no quiero volver a separarme de ti. No podría vivir si tú estás lejos de mí.

Bruno la miró sin poder dar crédito a sus palabras. Dio un paso y tomó su rostro entre las manos para besarla. Y, tras hacerlo, susurró:

—Yo también te quiero.

[18] Hijo.

[19] Gracias.

Epílogo

Calgary. Diciembre de 2019

—¡Están a punto de llegar y no he terminado de preparar la salsa! —se quejó Nora, a la vez que apartaba el cazo del fuego. Probó un poco del jugo y lo paladeó con fruición, deteniendo sus presurosos movimientos por un instante—. La verdad es que la receta de tu madre es buenísima.

Bruno sonrió mientras terminaba de poner la mesa en el comedor. Miró hacia Nora y no pudo evitar pensar en lo bonita que estaba con aquel delantal granate.

—Más te vale que te haya quedado perfecta, o mi madre no te dará mi bendición —bromeó con una mueca. Descorchó una botella de vino y vertió un poco en dos copas. Se acercó a la cocina y le alargó una a Nora, que le miraba con cara de pocos amigos.

—¿Acaso dudas de mis capacidades en la cocina? —protestó ella con el ceño fruncido a la vez que cogía la copa.

Bruno se encogió de hombros.

—Si no recuerdo mal, cuando llegaste a Calgary tu especialidad era encargar pizza o comida china —repuso él mientras subía su copa—. Por mi estupenda chef.

Nora chocó su copa con la de él y bebió un sorbo.

—Gracias por recordarme mi ineptitud entre fogones —rezongó Nora fingiendo enojo, mientras Bruno degustaba el vino de sus labios en un beso largo.

El sonido del timbre les hizo olvidar por un momento la salsa y todo lo demás.

—¡Ya están aquí! —exclamó Nora a la vez que se deshacía del delantal y daba un gracioso saltito. Se dirigió a la puerta a toda prisa y abrió con la mejor de sus sonrisas.

—¡Feliz Navidad!

—¡Christa, Annie, Ruby! Bienvenidas a Calgary —dijo justo antes de echarse en sus brazos.

—Nora, por el amor de Dios —se quejó Christa tras el abrazo y los sonoros besos—. Estos viejos huesos ya no aguantan tanta efusividad. Y acto seguido corrió para abrazar a Bruno—. Bueno, un achuchón más no le hará daño a mi precaria salud.

Bruno sonrió y rodeó a la mujer entre sus brazos. Siempre se quejaba de su salud, pero terminaría enterrándolos a todos.

—Es un placer recibirlos al fin en nuestra casa. Pensábamos que

tendríamos que enviar a alguien a raptaros para traerlos aquí —dijo tras saludar también a las demás—. ¿Vino?

Todas asintieron, y Ruby afirmó con una pícara sonrisa:

—Un día es un día.

Estaban a punto de brindar cuando el timbre de la puerta sonó de nuevo. Esta vez fue Bruno quien se acercó a abrir.

Nora se volvió hacia la entrada con el corazón palpitante. Llevaba meses preocupada por aquel encuentro con sus futuros suegros y, aunque había repasado hasta el más mínimo detalle para que toda la velada fuera perfecta, no podía evitar sentir cierta inquietud.

—Papá, mamá, feliz Navidad.

—Hijo mío, qué alegría verte —dijo el hombre a la vez que abrazaba a Bruno y le propinaba unas palmaditas en la espalda.

Su madre también le abrazó y le propinó un sonoro beso en la mejilla. Después miró hacia el salón y su mirada se iluminó.

—¡Christa! —exclamó con una amplia sonrisa.

Las dos mujeres se fundieron en un abrazo y se miraron con afecto. Después Christa le presentó a sus hermanas.

—Y esta es Nora —intervino Bruno tras el resto de presentaciones. Observó a la mujer que amaba, que permanecía de pie con las manos juntas dentro de aquel vestido oscuro y ajustado que despertaba sus más bajos instintos.

—Un placer, Nora —dijo Marcelo a la vez que le daba un abrazo también a ella.

Sin duda era un hombre encantador, y Nora comprendió en ese momento de quién había heredado Bruno su sonrisa de niño bueno.

—Tenía muchas ganas de conocerte —repuso la madre de Bruno, acercándose también—. Sé lo feliz que es Bruno a tu lado.

—Yo también tenía ganas de conocerte, Ingrid. También yo soy muy feliz al lado de Bruno —reveló Nora dirigiendo una mirada de complicidad a su brasileño—. Jamás pensé que mi viaje a Brasil me deparase algo tan maravilloso.

Christa carraspeó.

—Nosotras ya lo habíamos vaticinado...

—Cuando hablas así pareces una vieja bruja —soltó Annie con una graciosa mueca—. Van a pensar que nos pasamos aquel verano haciendo pociones y conjuros.

Todos se echaron a reír ante su ocurrencia, y no tardaron en entablar una conversación sobre el estado del país.

Bruno entró en la cocina poco después y sorprendió a Nora abrazándola por la espalda. Acarició su vientre sobre el ceñido vestido y susurró en su oído:

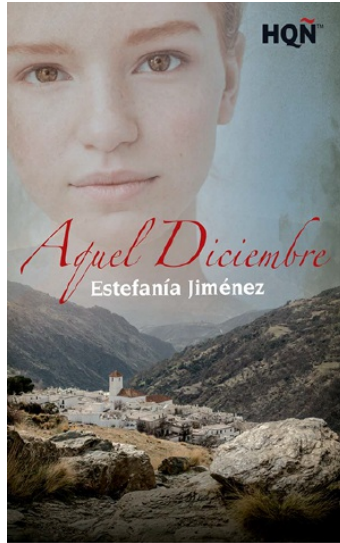
—¿Cómo crees que se tomarán la noticia?

—¿La de la boda o la del embarazo?

—Ambas.

Nora sonrió y se dio la vuelta para besarle mientras rodeaba su cuello con los brazos. Lo tenía todo para ser feliz, y no pensaba dejarlo escapar por nada del mundo.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com